LA
LLAVE
DE
ESCOCIA
GUARDIANAS DE ESCOCIA IV
MIRANDA BOUZO

LA LLAVE DE ESCOCIA

Guardianas de Escocia IV

MIRANDA BOUZO

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2023 *Miranda Bouzo*

Título: *La llave de escocia. Guardianas de Escocia IV*

Edición publicada en marzo de 2023

Diseño de cubierta: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*
Corrección: *LLYC Correcciones*

LA LLAVE DE ESCOCIA

GUARDIANAS DE ESCOCIA IV

MIRANDA BOUZO

«El valor no se mide por las veces que te derriban,
sino por las veces que te has levantado
y sigues adelante».

ÍNDICE

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
EPÍLOGO
Nota de la autora
Otras obras de la autora

CAPÍTULO I

Año 1326. Escocia.

Alec MacLeod contempló la escasa extensión de agua que aún lo separaba de su hogar, de su isla, del castillo de los Leod. El viento alborotó su cabello negro, demasiado largo, con un ademán brusco lo apartó de los ojos, del mismo color que la noche de las Highlands. Movió el timón del *birlinn* con maestría esquivando las rocas, ya quedaba a la vista, bajo la luz de la luna llena, el embarcadero del castillo. Como si fuera un presagio de su llegada, la tormenta estalló en ese momento con un rayo que pareció partir el mismo cielo nocturno. Gotas gruesas cayeron sobre su rostro mientras intentaba brear con las olas y mantener el barco a flote. Las rocas, que para el resto de marineros podían resultar amenazadoras, para él eran tan conocidas como la piel sobre sus huesos, amaba cada risco, cada filo cortante y roca resbaladiza en las que había jugado desde niño. Volvía como vuelven los exiliados, lleno de esperanza y deseoso de encontrarse con su familia, con su hermano Blake y su esposa Mairi. Los dos lo habían criado en la fortaleza de los MacLeod como si fuese su hijo, le debía a Mairi, antes una Donald, el haber conocido el cariño y la sensación de que, por mucho tiempo que pasara, aquel sería su hogar siempre.

Hacía ya dos años que había partido hacia Irlanda, con las tropas del hermano del rey de Escocia, Robert Bruce, para conquistar la otra isla, y había vuelto como muchos, resignado a saber que Eire jamás formaría un reino con Escocia. Había luchado con fiereza, por dinero, había matado a muchos hombres y muchos intentaron acabar con él, pero siempre intentó batallar con honor. Ahora que Robert Bruce había instaurado la paz, una parte de esa Escocia, de héroes y clanes, se iba con él. Alec, cansado de la vida militar, de dormir al raso, de añorar su hogar, pensó, sentado en un remoto risco de Irlanda, que era hora de volver a Dunvegan. Su hermano debía haberlo perdonado, o eso afirmaba en sus misivas, Alec pensó en su mayor culpa, la única vez que había desobedecido a su hermano al no tomar por esposa a una chiquilla que nunca había visto.

Alec suspiró, con el rostro empapado por la lluvia, agazapado en el *birlinn*, Duncan, su mejor amigo, lo miraba como si estuviera loco mientras con destreza la pequeña embarcación breaba con las fuertes

olas. Las torres cuadradas sobre el macizo de rocas ocultaron el resplandor de los rayos y los escasos vestigios de luz de la luna, el antiguo portón que conducía al patio del castillo estaba abierto. Dejaron el *birlinn* bien atado en las rocas del embarcadero y saltaron a la arena, sintiendo Alec, bajo sus pies, la misma sensación que un hombre sediento al encontrar agua. Ascendió los pocos metros que lo separaban del patio, seguido de su amigo, y saludó a los dos atónitos guardias que enseguida reaccionaron con una sonrisa al reconocerlo. Alec se detuvo en mitad del desierto cuadrado y miró a su alrededor, la muralla por la que los hombres hacían guardia, las altas torres, acabadas en almenas simétricas, los carros llenos de paja, la herrería de la que salía el humo de una forja que jamás se apagaba. Apenas se oía algún relincho desde los establos, cerrados a esas horas, como la gran puerta de madera de acceso al castillo Leod. Alec caminó, empapándose de su vuelta a Dunvegan entre la tormenta, como si hubieran pasado siglos sin pisar aquellas piedras, deleitándose con el sonido de sus propias botas sobre el suelo, los ruidos nocturnos provenientes de las cocinas y el vozarrón de algún guardia. Se detuvo en la entrada ahora cerrada a los salones, bajo el estandarte de los Leod «Hold fast», «Mantente firme», algo que a su hermano le encantaba siempre recordarle cuando lo vapuleaba con la espada cuando era apenas un niño. No en vano Blake era el mejor y más fiero guerrero de las Highlands, y él, Alec Leod, su hermano pequeño, estuvo a punto de serlo, de tener su fama y su coraje, de ser un digno hijo de la casa Leod, hasta que todo se vino abajo y se negó a casarse con la mujer que su hermano había designado para él y que se suponía que los emparentaría logrando la paz y una importante fama y dote para los Leod.

—¿Alec?

La puerta del salón se había abierto sin que Alec, sumido en sus recuerdos de gritos y reproches, se hubiera percatado de ello, al oír aquella voz sintió el calor que emanaba de dentro, la luz de cientos de velas que iluminaron todo a su alrededor, y allí, frente a él, estaba su cuñada, Mairi, la mujer que lo había criado y querido como a uno de sus propios hijos.

—¿De verdad eres tú, Alec?

—Mairi Donald, deja que te abrace.

Alec sonrió al ver como Mairi no podía evitar correr a abrazarse a él, sacaba al menos dos cabezas a la mujer, aspiró el olor de su pelo, olía a hogar y humo de chimenea. Alec se sorprendió al ver algunos cabellos veteados al darle un beso en la cabeza.

—No puedo creerlo, ¿por qué no avisaste, Alec? Hubiéramos hecho una fiesta, Mildred te hubiera hecho tu pastel preferido, ¡y tu hermana! Anna estuvo aquí hace unos días. ¡Duncan, también has

vuelto!

Alec sonrió al ver los brillantes ojos azules casi llorosos de la mujer que lo había criado, sí, estaba en casa, Mairi seguía igual de pesada, y, en realidad, se alegraba de que Anna, su hermana mayor, no estuviera allí, lo hubiera acosado con sus mimos, hacía dos años que no se veían, desde su partida hacia Irlanda. Siguió a Mairi mientras lo aturullaba con preguntas, le palpaba los brazos y el rostro para comprobar que estaba entero. Entraron los tres en el gran salón, las dos enormes chimeneas estaban encendidas y Alec sintió el calor en su rostro helado. Blake, su hermano mayor y *laird* de los Leod, tenía a su hijo menor Rob en brazos. Al ver entrar a Alec, dejó al pequeño en el suelo entre protestas, y, sin prestar atención a sus quejas, se acercó a él. Miró a su esposa, para cerciorarse de que no veía visiones, y delante de él estaba su hermano exiliado.

—¿Alec?

Alec sonrió al ver la atónita mirada del temible guerrero que era Blake, su hermano tenía una expresión entre la alegría y el enfado. Ganó el sentimiento que desde niños habían forjado entre ambos ante la severidad de sus progenitores y Alec fue el primero en abrir los brazos, Blake no pudo resistirse a ese gesto ni a los ojos suplicantes de su esposa. La paz debía volver a Dunvegan igual que su hermano desterrado a Irlanda. El hermano de Blake Leod había regresado al fin a su hogar.

CAPÍTULO II

Amy Ruari fue llamada de nuevo al gran salón, desde la partida de su madre, Cristina Ruari, o Cristina de las Islas, como apodaban a la dama desde su gran gesta por el rey Robert Bruce, y no en vano, cuando toda Escocia había dado la espalda al rey proscrito, solo ella le dio armas, lo protegió y dio soldados para su gran guerra contra el monarca inglés. Y desde su partida con el rey a Edimburgo, Amy no había dormido una sola noche sin ser torturada por su tío Lachlan. Los planes de su tío quedaron al descubierto, quería apoderarse del castillo de Tioram, el hogar de Amy, enseguida encarceló a Ruadi, su hermano mayor. Amy se había protegido de las palizas, de los empujones de los hombres de su tío, de las humillaciones que la mitad de las veces acababan en burlas para ella de la forma más honrosa posible, a la espera de poder escapar y encontrar una solución para su hermano y ella misma. Hasta que apareció el niño. Habían traído al pequeño, en mitad de la noche, con un saco en la cabeza, sollozando tan fuerte que Amy se atrevió a salir de sus aposentos en mitad del día e ir a socorrerlo. Desde ese instante en que Amy lo cogió en sus brazos y vio su asustada mirada, se había creado entre ambos un vínculo para sobrevivir a Lachlan y sus secuaces.

—¡Amy! —Los gritos de su tío llegaron hasta ella con claridad a pesar de estar todavía bajando las escaleras de la torre. A propósito, Amy ralentizó su paso, había dejado a Rob en su habitación, libre de la amenaza de Lachlan, y sentía cierta satisfacción en sacar de quicio a su horrible tío. ¿Cómo su madre nunca había visto la oscura naturaleza de él? Otro grito la sobresaltó y mientras descendía se ató con un lazo el pelo suelto. El ruedo de su vestido estaba raído a fuerza de usar el mismo todos los días, el único que la tapaba por completo, con el que menos llamaba la atención de los hombres de Lachlan. Vestida de un marrón desvaído, el pelo sujeto bajo paños, el rostro sucio a propósito. Amy había olvidado lo que era sentirse hermosa, odiaba sus ojos verdes porque no podían esconderse como el resto de su persona, como su pelo castaño que, aunque ensuciara, se esforzaba en escapar de sus recogidos. Amy hubiera preferido vestirse con pantalones, recuperar su espada, la daga y el arco, si hubiera sabido que en poco tiempo su vida iba a cambiar tanto, hubiera estado preparada, ella y su hermano mayor. Apenas permitían que Amy

visitara a Ruadi, encerrado en las celdas del sótano, vigilado día y noche. Pensó en el pequeño, a sus seis años, Rob, como le había confesado que se llamaba, la seguía a todas partes con el rostro mudado de miedo, con él siempre tras ella, no podía escabullirse en ningún momento a ver a Ruadi sin que los guardias sospecharan.

Las escaleras se acabaron, Amy tensó los hombros y apretó los dientes tanto que el rostro dolió. El gran salón del clan Ruari estaba destrozado, los tapices de las gestas de sus antepasados estaban en el suelo, y los que se mantenían colgados estaban agujereados por las flechas y cuchillos de aquellos animales. La mesa estaba repleta de comida y bebida, los bancos descolocados y allí, en su particular trono, estaba Lachlan, su tío. A su lado, Eoghan y Ragnald, sus eternos secuaces. Los dos sonrieron al verla, taimados y groseros, con la grasa goteando de sus labios e impregnando sus pobladas barbas. Tenían un verdadero banquete sobre los platos mientras los aldeanos morían de hambre, Lachlan acosaba a su gente con impuestos sobre la caza, las cosechas, los animales, cualquier cosa que lo hiciera más rico.

—¿Y el crío?

Lachland señaló a Amy con la daga, un trozo de carne estaba pinchado aún en la punta. Amy sintió como se ponía nerviosa, se situó frente a la mesa donde comían, más elevada que el resto de los bancos.

—Du… du… duerme aún, tío —respondió bajando la mirada, sabía que no podía decir más de tres palabras seguidas sin tartamudear y, aun así, Amy lo intentó con todas sus fuerzas—, e… e… ese niño debería volver con su familia. ¿Por qué lo habéis traído aquí? Dice que… que… es un Leod, el hijo del *laird*.

Lachlan Ruari echó la silla atrás y a su alrededor todos callaron, su tío era conocido por su fuerte temperamento y sus ataques de ira. Durante ellos, en más de una ocasión, Amy había sentido el dolor de sus golpes. La aparición del pequeño solo había empeorado las cosas, ahora no podía escapar sola y no dejaría al niño solo en manos de esos bestias. Su tío se tambaleó, de nuevo ebrio, a su lado un sirviente rellenó su jarra una vez más. La cerveza cayó por las comisuras de sus labios sin poder atinar a acercar el recipiente a su boca. El oscuro líquido se vertió en la mesa. Las risas de Eoghan hicieron que Amy se sonrojara de vergüenza por su lamentable tío.

—¡No pronuncies ese nombre en esta sala! Los Leod son cerdos. ¡No hables con el crío o te lo quitaré! —Su tío se tambaleó, como si pensase en algo, volvió a posar su atención en ella—. Ese perro de Alec Leod mató a mi hijo, al futuro heredero de nuestro clan, en Irlanda. Cuando acabe con ellos, suplicarán la muerte, todos los clanes a su alrededor se unirán a mí, me entregarán su castillo, sus tierras, y, si no es así, aplastaré a sus hombres uno a uno. —Lachlan dio un trago

largo a su jarra, cargado de amargura bajó el rostro—. El rey Bruce me niega la venganza, me niega el reconocimiento de ser el jefe del clan en favor de Cristina, ¡se niega a castigar a los Leod! Tomaré la vida de cada Leod, controlaré Skye y a tu madre, ¡todos!, tendrán que rendirse a la evidencia de que soy el más adecuado para ser el *laird* de los Ruari. Somos los señores de las islas. Derrotaré a los Leod, vengaré nuestras ofensas y ondearé esa maldita bandera suya en lo más alto de este castillo.

Amy bajó el rostro ante los gritos sin sentido de Lachlan, frente al estrado se sentía muy pequeña, a merced de la mirada de él y sus horribles amigos. No entendía cómo podía derrotar a los Leod, cuál era su plan, los Leod y los Ruari siempre habían luchado por las aguas de Escocia, a veces, comerciantes, otras, piratas, los Leod eligieron el bando del rey Bruce, y los Ruari, el de los ingleses, todos excepto su madre, que debió huir por su fidelidad al rey escocés. Por supuesto, lo sentía por su primo, el hijo de Lachlan, morir en un país extraño y a manos de un Leod, pero eso era la guerra, al fin y al cabo, conociendo al hombre que fue su primo, él habría buscado a Alec Leod antes para matarlo. Jamás fue demasiado despierto y sí un hombre demasiado brutal.

—¿Me oyes, tonta? ¡Pues levanta la mirada!

—Sí…sí, tío —asintió, cuando lo único que Amy deseaba era quitar esa daga de manos de Lachlan y clavarla en la mesa frente a sus ojos. Frustrada, deseaba gritar, dar su merecido a esos animales por sus risas abiertas, para Amy era una tortura, ser hija de la poderosa Cristina y tartamudear de esa forma. No poder librar su castillo y a su hermano de la tiranía de su tío. Sentirse atada a cada piedra de Tioram y deambular por los pasillos agachando el rostro. Fundirse con las sombras y escabullirse de cualquier sala en su propio hogar.

Como si la falsa docilidad de Amy lo hubiera complacido, su tío volvió a sentarse, de forma premeditada tuvo a Amy esperando para contarle más de por qué había mandado llamarla, solo con la finalidad de mantener su nerviosismo. Amy intentó tomar aire, cuando conseguía dominar sus nervios, el tartamudeo desaparecía.

—Te he encontrado un marido, uno adecuado, tienes veintidós años, deberías estar ya casada. Tu madre debió ocuparse de encamarte con un hombre antes de marchar tras el rey, cerrar una dote, engañar a algún tonto.

—De todos modos, ¿quién querría a la chica como esposa? —gritó Ragnald, el más corpulento de los amigos de su tío y sentado a su izquierda.

Amy no levantó la vista, antes moriría que aceptar un matrimonio concertado por su tío.

—¿Y con… con quién se supone que debo casarme?

Amy levantó la mirada y las palabras escaparon de su boca como un torrente, ¡no era dócil, maldita sea! Deseaba enfrentarse a ellos, y si no fuera por su hermano Ruadi, lo haría aunque le costase la vida misma.

—Eoghan te hará ese favor, pequeña descarada.

Los miró atónitos, desde su tío a los dos hombres a sus lados, de ellos, Eoghan mantenía una sonrisa perversa. Eoghan tenía el rostro de un ángel rubio de penetrantes ojos azules que dejaban ver la maldad que se escondía en su alma. Amy reprimió una arcada cuando él se relamió los labios e hizo un gesto obsceno al tocarse bajo la mesa.

—No puedo casarme con él —consiguió decir Amy sin repetir ni una sola de sus palabras.

Su tío se levantó, esta vez para rodear la mesa e ir hasta ella, sus ojos verdes eran tan parecidos a los de Amy que su rostro le repugnó aún más. ¿Cómo un hombre de su misma sangre podía hacerle aquello?

Sin mediar palabra, Lachlan golpeó su rostro, la fuerza con que lo hizo arrojó al suelo a Amy. La mejilla comenzó a palpitar al instante, pero estaba harta, demasiado cansada para permitir que ese bruto volviera a darle una paliza. Levantó la mirada desde el suelo, desafió a su tío, puede que esta vez la matara, al menos no tendría que soportar nunca más las obscenidades de sus secuaces.

Entonces lo vio en sus ojos, podía ser una muchachilla, como él decía, tonta, y, sin embargo, cuando miraba a Lachlan, veía el miedo en sus ojos, muchas veces se habían desafiado y su tío tenía claro que, si Amy no se revelaba, era por su hermano.

—Te casarás con Eoghan Kinnon, así me aseguraré la alianza con él y la fuerza de sus ejércitos. Pensábamos cambiar al chico por Alec Leod, pero son tan estúpidos que creen que ha muerto.

—Si no fueras tan idiota, Eoghan, habrías dejado una nota o algo que dijera a los Leod que el crío estaba vivo y lo teníamos, no hay cambio posible si creen que está muerto —lo azuzó el otro, Ragnald—. Ahora, los Leod, pasadas semanas, no creerán que el chico está aquí.

—¡No fue culpa mía! Los traidores que envié a hacer el recado tuvieron que salir huyendo del castillo, el niño estaba muy vigilado —se disculpó Eoghan ante sus amigos—. Ahora, Lachlan, firma nuestro acuerdo, quiero a la chica.

—N… no me casaré con él— repitió Amy señalando a Eoghan.

—¿Crees que alguien más aceptaría casarse con una muchacha lerda como tú?

—N… no… no soy tonta —gritó Amy, provocando la hilaridad de cuantos caballeros había en el salón con ruidosas carcajadas. Al escuchar las chanzas de sus hombres, su tío golpeó con más fuerza su rostro. Cayó al suelo otra vez sin remisión. Amy se había mortificado

durante años, dominando su tartamudez con la ayuda de su madre, que siempre le decía que debía pensar, tomar aire y después hablar. Como si la partida de su progenitora hubiera revelado su lado más débil, Amy no dejaba de hacerlo ante su tío y sus hombres, lo que aumentaba su nerviosismo día tras día. Sintió los golpes y en su interior los recibió con resignación, tal vez todos tuvieran razón y no fuera más que una estúpida que se creía lista.

Lachlan tomó su brazo y rasgó la tela del vestido hasta el codo, Amy mantuvo erguidos los hombros, hasta que vio como su tío clavaba la daga en su brazo. La piel se rasgó como un lienzo a medida que él presionaba y la sangre brotaba del interior de la herida. Amy se obligó a no gritar, lo miró desafiante, era una Ruari, una guerrera de las islas, descendía de la noble estirpe de los reyes del mar, los Somerled, nada podía hacerle aquel monstruo que le quitara su herencia noruega y fuerte como una roca. Iba a desmayarse de dolor si no se acababa pronto. Lachlan sujetó con más fuerza su muñeca y dibujó con el filo de la hoja una perfecta «L», la inicial de su nombre.

—Ahora, Amy Ruari, llevarás la marca de tu desobediencia. Cada vez que mires tu brazo, verás mi nombre, a quien debes tu vida, a quien perteneces. Nunca más te atrevas a retarme, pequeña tonta.

Lachlan soltó su brazo ante la mirada de odio de Amy y golpeó su rostro una vez más.

—¡No, no! Por favor, no peguéis más a Amy.

Amy intentó detener a Rob, el pequeño entró corriendo en el salón y se interpuso con su cuerpo entre Lachlan y ella. Podía desafiar a esos hombres, afrontar la muerte, pero no podía poner en peligro la vida del niño. Rob era asustadizo, con frecuencia sus ojos negros se abrían de temor al oír pasos acercarse a la habitación, pero es que solo tenía seis años y era el pequeño más dulce y cariñoso que Amy había conocido.

—C… calla, Rob, ven —susurró Amy, cobijando entre sus brazos al niño, la sangre que brotaba de la herida de su antebrazo los manchó a los dos.

Enseguida el pequeño se dejó proteger, entre el suelo y el cuerpo de Amy, se ovilló como un pequeño cachorro y pronto Amy notó las patadas de su tío en la espalda.

—Obedecerás, Amy Ruari, obedecerás o juro que te mataré a golpes, a ti y a ese mocoso Leod. Te casarás con Eoghan, devastaré a los Leod, me quedaré con su castillo, recuperaré la gloria del clan Ruari y él pagará su ofensa. Alec Leod sufrirá la venganza, el deshonor, la mofa de toda Escocia por matar a mi heredero y cubrir de humillación nuestro nombre.

Amy escuchó la voz furiosa de su tío, ¿ofensa?, ¿qué ofensa había podido hacer un hombre del clan Leod a su tío, combatir en la lucha?

¿Humillación, qué humillación? Lachlan parecía estar obsesionado con ese guerrero, Alec Leod. Indefensa ante los golpes y sin arma alguna, Amy dejó el cuerpo laxo, había comprobado que así dolían menos los golpes, solo hacía fuerza con el brazo sano, cobijando a Rob como podía. Los golpes se sucedieron, Lachlan estaba encolerizado.

—Vas a matar a mi prometida, Lachlan, déjala ya o no servirá para darme herederos. Ya tengo bastante con que sea medio lela y cargar a mi clan con su presencia.

Eoghan intercedió por ella, Amy no se engañaba, su prometido nunca haría nada si no ganaba algo a cambio. Estaba a punto de desmayarse, pero no podía, no en ese momento, cuando Rob dependía de que se mantuviera consciente. Si su tío acababa con ella, descargaría su furia con el niño.

—Lleváosla. No quiero verla, en cuanto se recupere, traer al cura y cásate con ella, quiero a tus soldados a mis puertas en cuanto se celebre la boda. Espero, Eoghan, que puedas hacerte con mi sobrina. ¡Y por todos los cielos! ¡Mantenla callada para siempre!

Eoghan asintió satisfecho y señaló a Amy:

—¿No te resulta gracioso, Lachlan, que sea tu sobrina lerda quien acabe con los Leod al unirnos? Una vez se sepa de nuestra alianza, los Donald les darán la espalda, los Kinnon los arrasaremos, el rey quitará su protección a los Leod, cuando matemos a Alec Leod, ¿quién confiaría en un clan que pierde a su mejor guerrero? Entonces se fijará en la mayor fuerza del norte, los Ruari y los Kinnon volveremos a tener el favor del rey.

Lachlan no contestó, su cabeza yacía hacia atrás, ebrio, farfullaba maldiciones con la boca abierta. Eoghan negó con la cabeza y se llevó una fruta a la boca, Amy sintió la mirada que dirigía hacia ella. Con todo el valor que pudo reunir, levantó la cabeza. Eoghan, en efecto, tenía sus ojos puestos en ella, recorriendo su cuerpo de arriba abajo, una mirada lasciva y odiosa.

Se llevaron casi a rastras a Amy, fingió no poder caminar y derrumbarse, el guardia la cogió en sus brazos asqueado por la sangre que manaba de su brazo. El otro soldado agarró a Rob de los hombros y fueron tras ella. Los guardias, en vez de llevarlos a sus aposentos, los llevaron escaleras abajo, a una antigua mazmorra que no había sido usada en años y los arrojaron entre la paja sucia del suelo y las carreras de animales que no se dejaban ver. Oyó como la reja se cerraba de un portazo y los pasos de los guardias se alejaban, pero Amy no abrió la mano hasta estar segura de que nadie había visto cómo robaba la llave. Había conseguido arrebatársela al soldado al cargar con ella y esa era su única salvación.

—¡Hermana, dime que no ha vuelto a pegarte!

Amy sonrió hacia la oscuridad de la pared, se arrastró entre la paja

y los desechos, Ruadi y ella se habían criado en Tioram y conocían los secretos de cada muro del castillo. En aquella pared había un pequeño hueco, por el que apenas cabía una mano, pero podía hablar con Ruadi. Oír su voz hizo que Amy aguantara un poco más los dolores. Apenas rozó la mano de su hermano con los dedos, entre las aristas de la piedra que arañaban la piel de los dos.

Rob corrió hasta ella y se acurrucó entre Amy y la pared.

—¿Quién está ahí, Amy?

—Tranquilo, Rob, es mi hermano Ruadi.

—¿Es el niño, el que trajeron hace unas semanas? —preguntó Ruadi —. Dime, Amy, ¿qué te ha hecho Lachlan? Noto tu voz extraña.

Amy hizo una señal al pequeño para que no dijera nada de sus heridas y sonrió brevemente, el labio partido le dolía horrores. Era una suerte que Ruadi no pudiera ver su estado, se hubiera vuelto loco en esa prisión sin poder ayudarla.

—Se llama Rob, es el hijo del *laird* Leod.

La voz de su hermano se oyó amortiguada entre las rocas al saludar al pequeño.

—Te sacaré de aquí, Ruadi, te lo prometo.

—Debería ser yo quien te liberara, Amy, soy el mayor.

—Eso no será posible, Ruadi. Lachlan ha concertado mi matrimonio con Eoghan MacKinnon.

—¡Ese cerdo! Mátalo en la noche de bodas, Amy.

Amy miró el rostro asustado de Rob y negó con la cabeza al pequeño para que no dijera nada.

—Voy a huir con Rob, esta noche, Ruadi. No quisiera dejarte, pero jamás me casaré con ese cerdo, tengo que sacar al niño, ahora ya no les sirve, sabes lo que eso significa… Me he hecho con la llave, quizá pueda asaltar al guardia y sacarte…

—Olvídalo, Amy, tienes que dejarme aquí. Saca al niño del castillo. Jamás podrías sola y desarmada con los guardias, los dos solos podéis salir por el pasadizo del final del corredor. No os verán si lo hacéis antes del amanecer, cuando todos duermen.

—No puedo dejarte aquí, Ruadi, Lachlan te matará.

—No se atreverá, Amy.

Ambos quedaron en silencio unos instantes y Ruadi acarició los dedos de Amy. Rob se había apoyado en su regazo y no se movía.

—El niño, ¿está dormido?

—Sí. Es pequeño, apenas duerme por la noche y grita asustado. Supongo que intuye que de nada les sirve a Lachlan y a sus secuaces, el plan salió mal y los Leod lo creen muerto.

Escuchó el suspiro de su hermano, ¿tendría él algún lecho donde dormir? ¿Le llevarían comida?

—Amy —susurró Ruadi—. Tengo una idea, lleva al niño a los Leod.

—¿Estás loco? Me matarán en cuanto atraviese sus fronteras. Podría buscar a madre.

—Nuestra madre está con el rey en la Corte, nos ha abandonado por su fidelidad a él, Amy, nunca llegarías con ese crío hasta el sur.

Su hermano tenía razón, era un viaje demasiado largo perseguida por Lachlan, porque no dudaba de que iría tras ella en cuanto supiera que había escapado de la fortaleza.

—Entonces llevaré a Rob con los Leod.

—Y ellos te deberán algo.

Amy sonrió ante la astucia de su hermano, ¿pero sería ella capaz?

—Quieres que entregue al niño a cambio de que te liberen. ¿De verdad crees que lo harían? ¿Qué impedirá a los Leod meterme en sus calabozos y quedarse con Rob? Llevaré al niño con ellos y después veré cómo liberarte, tiene que haber una forma.

—Pídeselo, Amy, por una vez hazme caso. Los Leod no son de mi agrado, pero si una cosa tengo clara, es que querrán vengarse de Lachlan. No les digas a qué clan perteneces hasta que sus ejércitos se pongan en marcha, si no saben a quién deben liberar, será más fácil. Al fin y al cabo, nuestra madre te nombró su sucesora para liderar al clan, y no a mí, un pobre bastardo. Sé que lo conseguirás, Amy.

En realidad, Ruadi y ella eran medio hermanos, la madre de ambos tuvo un romance con un guerrero del sur del que nació Ruadi. Siempre se le consideró bastardo y sin opción a convertirse en *laird*. Bastante tenían con las guerras internas entre Cristina y su tío como para reclamar el título de *laird* para Ruadi, su madre había sido siempre clara en ese asunto. Para Amy, Ruadi siempre había sido su hermano legítimo, su sangre, y, aunque respetaba la decisión de su madre de que fuera ella la que heredera el poder en su clan, hubiera preferido que fuera Ruadi, el cual siempre tuvo el apoyo de la mitad del clan y más carácter que ella. No es que Amy se creyera poca cosa, es que a fuerza de golpes le habían quitado una parte importante de su alma que dudaba fuera a recobrar algún día.

—No digas eso, Ruadi, eres mi hermano. —Amy suspiró pensando en el plan de Ruadi, pero todo se basaba en cosas como el honor, la venganza, el deber… Tan invisibles que Amy dudaba que funcionase —. Confías demasiado en los Leod.

—En su honor, más bien. Cualquier hombre de las Highlands buscaría resarcirse matando a sus enemigos. Descansa, Amy, tienes que dormir algo antes del amanecer. No tengo la menor duda de que los Leod te tratarán bien, no han visto a una muchacha tan hermosa en toda su vida.

Amy sonrió, Ruadi veía en ella cualidades guiadas por el cariño. Se apoyó contra el muro, sin apartar la mano de la de su hermano, a

través del estrecho hueco. Sintió como a poco la mano de Ruadi se relajaba a medida que el sueño los atrapaba a ambos, acunados por la respiración del pequeño Rob. Pasó el tiempo y el silencio inundó las mazmorras de Tioram.

—¡Amy, Amy! ¡No puedes dormirte, me llevarán! —Rob tenía otra pesadilla que sacudió su cuerpo al ver que cerraba los ojos, como si al mantenerse despierta, pudiera velar por él.

—Ssshh. Tranquilo, pequeño, estoy bien, saldremos de esta.

El pequeño giró el rostro de Amy y la miró como si estuviera loca, sus ojos negros estaban húmedos, pero al menos no lloraba.

—No estás bien —gritó—. Te ha pegado, y mucho, y estás horrible, Amy. ¿Por qué no se lo has dicho a tu hermano?

Amy estuvo a punto de reír, tenía el labio roto y una punzada de dolor se lo impidió.

—Estaré bien, Rob. Te prometí que te llevaría con tu familia, una Ruari nunca rompe una promesa.

—Pero Amy, eres solo una chica. Esos tontos se rieron de ti, cuando estás conmigo no tartamudeas.

Amy se sentó como pudo e indicó al niño que mantuviera silencio, no oía a su hermano a través del muro, estaría dormido sin duda. Acarició la cabecita de Rob, aún recordaba lo mucho que asustaban los guerreros a un niño pequeño, a ella siendo niña, la aterraban. Después tendría que hablar con Rob acerca de las cosas que podía lograr «solo una chica».

—Bueno, puede que sí, que solo sea una chica, Rob, pero ¿acaso tu madre no es fuerte y te protege cuando es necesario? Yo puedo hacerlo, te doy mi palabra. Además, ¿has notado que cuando estoy contigo, estoy tan contenta que no tartamudeo?

Rob se giró para mirarla muy serio y asintió.

—Mamá me llama Robby. Es porque me quiere mucho, tú puedes quererme igual.

Ese pequeño era encantador, Amy quiso abrazarlo, pero Rob se resistía, decía que no era un bebé, eso era para los bebés, era una de las pocas cosas que había conseguido sacarle en días. El niño se encerraba en su mundo y pasaba horas callado, abrazado a ella.

—Claro que te quiere, yo también, pequeñajo, ¿y cómo consiguieron secuestrarte? Aún no me lo has contado, Eoghan dijo que tu familia cree que has muerto. ¿Qué pasó, Rob?

—Estaba con mis amigos, jugando en la pradera junto a Dunvegan, desobedecí a mi padre y salimos solos, seguro que estará muy enfadado. Fuimos hasta los acantilados y me cogieron solo, junto a la playa. Me pusieron un saco en la cabeza, y olían muy bien, como mamá, eso me resultó raro porque pensé que los malos olerían a caballo... Amy, mi padre es el *laird* Leod, ¿a que te da miedo?

Otra vez el pequeño se perdía en su relato. Amy no conocía a ese hombre, el líder de los Leod, en persona, pero cualquier padre o madre estaría asustadísimo al desaparecer su hijo por muy fuerte que fuera, Eoghan y su tío eran estúpidos, ahora los Leod pensarían que Robby estaba muerto. Esperó con paciencia a que el pequeño siguiera hablando.

—No sé qué pasó, no sé por qué me secuestraron ni cómo, pero los oí hablar en el camino, estuve muy quieto, fingiendo que dormía. Dijeron que mi padre entregaría al tío Alec a cambio de mi vida, pero como no sabían quién me había llevado, culparía a otro clan de mi desaparición y habría guerra. Entonces los Leod volverían a pelearse con los Campbell y con los Donald, y así todos se matarían entre sí. Tío Alec vendría a buscarme y de ese modo, Lachlan lo mataría, creo que tío Alec hizo algo malo a su hijo en Irlanda. Son tontos, no saben que mi padre esconde en su baúl especial la *bandera de las hadas* que protege a todos los Leod, nadie puede hacer daño a nuestro clan.

Amy sonrió, conocía aquella ridícula leyenda acerca de la *bandera de las hadas* que, según los rumores, protegía a los Leod desde tiempos ancestrales. Muchos decían que un hada enamorada se la entregó al primer Leod, y otros, que el mismo hijo del rey de Noruega se la entregó en pago por sus servicios leales. Robby se removió entre sus brazos para no quedarse dormido.

—Amy, ¿tú conoces la historia de la bandera de los Leod?

Temía decir al niño que solo eran cuentos, que quizá los Leod habían inventado su propia historia, Robby la miró atento bajo la luz de la luna y Amy no fue capaz.

—Bueno, creo que alguna vez mi madre me la contó de niña…, veamos… —Tomó aire, intentó concentrarse en la historia—. Un apuesto Leod, de cabellos negros…

—¿Como mi padre y tío Alec, o mis hermanos? —El pequeño frunció el ceño—. ¿Pero podía ser rubio? Yo soy rubio como mi madre.

—Está bien, un apuesto Leod, de cabellos negros o rubios…

—Y valiente, Amy, no le tenía miedo a nada.

Amy sonrió.

—Está bien, Rob, pero déjame contar la historia.

El niño asintió con los ojos pendientes de ella.

—Un apuesto Leod, rubio o moreno, conocido por su valentía y su carácter hosco, cazaba en los bosques cercanos al hogar de su clan. Una joven hada que habitaba allí quedó prendada de él.

—¿Prendada?

—Enamorada, Rob… Déjame seguir. El hada se mostró con su forma humana ante él, ambos sintieron que el amor los atrapaba y nunca podrían ser separados. El joven Leod llevó al hada a su castillo,

colmó de felicidad sus días y una mañana de primavera se casó con ella, rodeados de cascadas de flores y sonrisas de su clan. Pasaron los días y meses, y la feliz pareja esperaba un hijo. El rey de las hadas, que era el padre de la muchacha, se enteró de la boda, del nacimiento del niño y obligó al hada a volver con los suyos, un matrimonio de humano y hadas estaba muy pero que muy mal visto. El hada, obligada por su padre el rey, volvió con su gente, pero dejó al niño con su padre porque era humano, solo puso como condición que jamás lo dejaran llorar o se sentiría muy desdichada.

»El tiempo pasó, y una noche en que los Leod celebraban una fiesta en el castillo, la muchacha que cuidaba del pequeño se distrajo, el bebé lloró y lloró, hasta que su madre hada escuchó su llanto y acudió a él. Arropó a su pequeño hijo con su propio manto y se lo dejó para que jamás la olvidara y todos supieran que protegería a todos los Leod y sus descendientes. Ese manto es la *bandera de las hadas* de los Leod, de tu clan.

—¿Y no volvió nunca más con su hijo?

—Rompió la promesa hecha a su padre, y nunca pudo volver a dejarse ver por los humanos, pero dicen que siempre ha cuidado de los Leod. Si el clan se halla en problemas, solo un Leod puede agitar la bandera para que sean ayudados… Solo pueden hacerlo tres veces.

—Padre dice que ya han utilizado la bandera dos veces.

Amy levantó la barbilla de Rob, para mirarlo atónita.

—Rob, si te sabes la historia, ¿por qué haces que te la vuelva a contar?

—Porque eso no es un cuento, yo soy mayor para los cuentos, es solo una historia.

Apretó al pequeño entre sus brazos, ¡cómo desearía ser libre e inocente como Rob!

—No te preocupes, Rob, te llevaré con tu madre y ella volverá a contarte la historia como es debido.

—Siempre me la cuenta tío Alec y no dice nada de «prendado».

—Está bien, pues pediremos a tu tío Alec que nos la cuente.

—Ya, pero no podemos decir dónde está él. Cogerían al tío Alec, el rey inglés ha dado una fortuna por su cabeza, pero no podemos hablar de eso. —El niño pareció enfadarse mucho al hablar de los ingleses—. No tienen ni idea de lo fuerte que es el tío Alec, con un soplido los derribaría a todos.

Amy sonrió ante lo impresionado que estaba Rob por su tío y lo fácil que era para él olvidar el hilo de la conversación. Rob pareció quedarse dormido y Amy lo colocó en su regazo. El plan de Lachlan, Amy pensó en lo estúpido que era, o tal vez no, ¿cuánto tardarían los clanes del norte en enfrentarse al desaparecer el hijo de uno de sus *laird*? Ella podía obligar a los Leod a salvar a Ruadi, si no querían

ayudarla, quizá podría obligarlos robando la bandera. Ruadi confiaba demasiado en el ansia de venganza de los Leod, pero si existía la más mínima posibilidad de salvar a su hermano, lo haría.

—Tu tío no tendrá que derribar a nadie, nada de eso va a pasar, Rob, te voy a sacar de aquí y evitar una guerra.

Pensaba que el niño dormía cuando se incorporó.

—Puedes llamarme Robby, ya te lo he dicho, si tú quieres, Amy. Además, te prometo que no le diré a mi padre lo que quiere tu hermano que hagas. Le diré a tío Alec que necesitas ayuda y él será tu protector.

El pequeño se refugió en su pecho y, a pesar del dolor que sentía Amy al mantenerse sentada, lo dejó apoyarse, al fin y al cabo, y a pesar de que a veces hablaba como un mayor, solo era un niño perdido y asustado. Solo descansarían un rato, les esperaba un largo camino, Amy no pudo evitar hacer la pregunta que llevaba un rato rondando su cabeza, no porque fuera a traicionar a la familia de Robby, solo por si algo salía mal.

—Robby, ¿puedes contarme dónde tiene ese baúl especial tu padre?

CAPÍTULO III

Amy suspiró cuando vieron que habían recorrido tanta distancia en apenas unas horas. Las torres de Tioram se veían en la lejanía y el sonido de los perros se había alejado en la otra dirección, habían perdido su rastro. La lluvia los había ayudado a escapar, Robby había corrido sin quejarse todo el tiempo, tal vez consciente, a pesar de su corta edad, de que sus vidas dependían de ello. Amy habría querido esperar al día siguiente para poder recuperarse un poco, pero no podían correr ese riesgo, en cuanto el guardia se diera cuenta de que no encontraba la llave de su celda, volverían a llevarla ante Lachlan y esta vez no tendrían tanta suerte. No podía permitir que Robby se quedara con esos hombres horribles, no tardarían en encontrar la diversión torturando al niño.

Volvió una vez más la vista atrás, en pocas horas amanecería, bajaría la marea en la isla que habitaba su castillo. Tioram y su gente vivían a merced de las aguas, aislados por la roca y la arena, solo cuando el mar descendía se podía acceder andando y los caballos podrían salir y perseguirlos. Tenían que avanzar, y Amy desprenderse de la tristeza y el dolor por abandonar su hogar y a su hermano. «*Semper in unum*», «Siempre juntos», la frase en latín con la que siempre su hermano y ella se despedían. El viejo sacerdote de su madre se lo había enseñado de niños y ambos, desde entonces, se decían adiós con esa consigna que era, además, el lema antiguo de su clan.

Robby apretó su mano, sacando a Amy de sus recuerdos, y ambos volvieron a caminar, internándose en el bosque.

—Tengo hambre, Amy.

—Lo sé, Robby, se han acabado las bayas.

—¿Cuánto tardaremos?

—Bueno, creo que nos queda poco, no sé orientarme muy bien y las tierras Leod están muy lejos. Tenemos que llegar más al norte y coger un barco hasta Skye. Unos dos días hasta allí.

—No, hasta Dunvegan.

—Ya, Robby, Dunvegan está en el norte de Skye.

—No lo sé, me taparon la cabeza, ¿te acuerdas? Te dije que no podríamos llegar solos, eres solo una chica.

Amy resopló, tendría una conversación muy seria con el padre de

ese niño. ¿Cómo era posible que tuviera tan pobre concepto de las mujeres? ¿Y su madre, cómo lo consentía? O tal vez fuera que todos los niños de seis años hablaban igual, Amy no había tenido mucho contacto con los niños de la aldea.

Cuando pasaron dos noches de camino, llegaron a la aldea de Morar. Al otro lado se podía ver la isla de Skye si no había bruma y las tormentas daban un respiro al cielo. Buscaron entre los *birlinn* de los pescadores alguien que pudiera llevarlos a la isla, ya quedaba menos para llegar al hogar de Robby y Amy cada vez estaba más angustiada, la gente miraba su rostro surcado de golpes y al niño que iba con ella. Todo el mundo debía de estar terriblemente preocupado buscando al pequeño. Le había explicado a Robby que debían ser cautos, Lachlan y sus hombres estarían persiguiéndolos y tendrían que hacerse pasar por madre e hijo.

De entre los pescadores que había en Morar, un anciano llamado Neill accedió a llevarlos a cambio del broche de Amy, se lo había regalado su madre, así que el pago suponía más de lo que el buen hombre pensaba. Surcaron las aguas al amanecer, después de pasar la noche en la caseta desvencijada de las barcas, entre redes y canastos de pescado. Amaneció con nubes en el horizonte y Neill preparó el barco para partir. Amy temía que los fuertes vientos y la amenaza de lluvia echara atrás al hombre y tuvieran que esperar un día más para surcar las aguas hasta Skye.

—Señora, no se preocupe, son solo unas nubes, agarre bien al niño y llegaremos enseguida. Me preocupan mucho más los *birlinn* de los Leod.

Amy miró hacia el horizonte, plagado de olas cada vez más embravecidas, ningún otro barco se había aventurado más allá de la costa, miró al cielo gris, en espera de que en cualquier momento empezara a llover. Temió decirle al buen anciano que ella misma podía gobernar la embarcación, un Ruari, fuera hombre o mujer, crecía conociendo el mar y sus secretos.

—¿Los Leod? —preguntó Amy mientras veía como el anciano daba algunas órdenes al muchacho que lo acompañaba manejando la vela corta.

—Son demonios, señora, su *laird* es Blake Leod, no me gustaría encontrarme con él en estas aguas.

Amy miró a Robby, ya le había advertido en más de una ocasión que su padre era temido en toda la isla. El niño estaba adormilado, había dado toda la noche vueltas entre los brazos de Amy, nervioso al estar tan cerca de volver a su hogar.

—Pero es su hermano quien me preocupa, Alec MacLeod, dicen que su *birlinn* es el más rápido del estrecho, no tiene piedad. Muchos dicen que fue mercenario del rey Robert Bruce en Irlanda, y otros, que el

mismo rey ha puesto precio a su cabeza.

—¡Qué familia más agradable! —murmuró Amy pensando en lo que la esperaría al entregar a Robby a ese clan sanguinario. ¿Y si pensaban que ella había estado detrás del secuestro de Robby? O decidían matarla por ser la sobrina del secuestrador. ¿Y si no consideraban en agradecer que le hubiera devuelto a su hijo? Tal vez ni se plantearan ayudar a Amy.

El oleaje se hizo más intenso, y cuando al fin llegaron al otro lado del estrecho, Amy respiró aliviada. Robby apenas se podía mover, sospechó entonces que el pequeño se había mareado y no había dicho nada. Sería, algún día, una madre terrible, ni se había dado cuenta de que Robby tenía el rostro pálido.

—Ahora, señora, debéis andar todo el tiempo hacia el oeste de la isla, hasta llegar a tierras Leod. Tened cuidado, por favor, pisáis territorio Donald y MacKinnon, y, aunque ahora no hay guerra, yo no me aventuraría sola con un niño en tierras de ambos clanes.

El anciano los miró con sus ojos claros entornados, poblados de arrugas al igual que su rostro. Amy sabía que se debía al aire de las playas, como las gentes de los Ruari, era un hombre de mar valiente. El anciano se había arriesgado por ellos, estaba segura de que sabía quién era Robby.

—Llevad a ese crío con sus padres antes de que los Leod destruyan la isla, lo están buscando, no se resignan a creer que ha muerto, y el primero que lo encuentre puede utilizarlo contra su clan. Los Donald y los Leod lo acogerían, pero los MacKinnon no dudarían en…

Amy asintió comprendiendo, el hijo de un enemigo era un arma muy poderosa, aunque solo fuera por venganza, ninguno dudaría en secuestrar de nuevo a Robby como había hecho su tío Lachlan.

—No te preocupes, Amy, tío Alec saldrá a buscarnos, nunca creerá que estoy muerto. Debes tener cuidado con él, tiene mal genio y no habla mucho con las mujeres, pero tú no eres una mujer, Amy, eres mi amiga. Tío Alec puede cuidar de ti.

Robby había cogido su mano y Amy le sonrió, empezaba a entender la manera de hablar del pequeño, en más de una ocasión le hablaba de su tío Alec, al que todos parecían temer como al diablo y que para Robby era una especie de héroe que medía dos metros y de un bramido podía acabar con los otros clanes.

El anciano no acababa de marcharse y Amy no sabía si esperaba un pago mayor por el trayecto en barco, azorada, pensó en qué podía ofrecerle, habían huido sin nada de Tioram.

—He pensado, señora, que podéis esconderos en un establo cerca de aquí, yo mismo iré en busca de los Leod.

—Gracias. P… pero nadie más debe saber que estamos aquí, es importante —suplicó Amy cogiendo el brazo del anciano.

El buen hombre asintió, una vez más la miró con infinita lástima, su rostro surcado de golpes amoratados desfiguraba el rostro de Amy. Y ella pensó que era su tartamudez la que provocaba aquella mirada del anciano.

—Señora, no tenéis de qué temer, mi mujer es una Leod, llevaré el mensaje a algún hombre del clan, sin decirle quién lo espera, después será cosa vuestra convencer a un demonio de que no nos mate a todos.

—S… se lo agradezco, Neill, tal vez cuando el niño esté con su familia, pueda recompensaros.

—No tenéis por qué, señora, cualquiera de este clan —dijo levantando el broche de Amy con el barco de los Ruari y su emblema grabado en él— sería bienvenido y ayudado en toda Escocia. Cristina Ruari hizo posible que el rey Bruce ganara a los sucios ingleses. Por si acaso, no le diré quién es el niño para no poneros en peligro.

Amy asintió, ¿qué pensaría ese hombre si le dijera que ella era la hija de Cristina, la hermana de Ruadi MacRuari? Pensaría que estaba loca con toda seguridad. ¿Qué hacía la hija de una heroína escocesa vagando sola con un niño por las islas? Neill se asombraría todavía más al saber que su *laird*, Eoghan MacKinnon, estaba involucrado en el secuestro de Robby.

Amy miró a Robby y, entonces, tuvo una loca y estúpida idea.

—Neill, di al Leod que encuentres que soy la prometida de Alec MacLeod, no podrá negarse a acudir en nuestra ayuda...

El anciano sonrió, la muchacha era inteligente, Alec Leod no podría aguantar la curiosidad, y después, cuando viera a Amy, se la quedaría, estaba seguro. Era sin duda, y a pesar de los golpes, la mujer más bella que jamás había visto.

Amy suspiró. Robby estaba cada vez más inquieto, daba vueltas por el establo como si alguien lo persiguiera, habían pasado horas desde que Neill los había dejado allí solos y había partido junto a su sobrino en busca de los Leod.

—Recuerda, Robby, en cuanto venga alguien, debes esconderte hasta que estemos seguros de que no hay peligro.

El niño la miró y un extraño bufido salió de sus labios.

—El tío Alec vendrá, y en cuanto se entere de quién me ha secuestrado, los quemará a todos, les sacará los ojos…

—¡Robby! —lo regañó Amy, para ser un niño pequeño decía cosas tremendamente violentas—. Prometiste no decir nada hasta que yo hable con tus padres, ahora escóndete donde te he dicho.

CAPÍTULO IV

Alec no entendía nada, sus dos sobrinos, Eric y Torquil, hablaban a la vez, preguntando a aquel extraño marinero que los había interceptado de caza demasiado al sur de las tierras Leod.

—No puedo contaros más, ella solo me dijo que era cosa de vida o muerte, que es vuestra prometida y trae con ella a su hijo.

Alec se rio, a pesar de las quejas de sus sobrinos, el hombre no soltó ni una palabra más. Eran aún dos muchachos, con demasiadas ansias de guerra y peleas.

—No puede ser, Alec no está prometido —se rio con ganas Eric—. Oiríamos los gritos de la muchacha por todo Dunvegan.

—¿Qué mujer podría soportar su humor tanto como para que le hiciera un hijo? —sugirió Duncan.

Duncan solía ser más callado que los gemelos, pero en cuestión de azuzar a Alec, siempre parecía dispuesto.

Empezaba a enfadarse, Alec notó como la vena sobre su ojo comenzaba a temblar. Hacía dos años, por ser un tonto, una espada le había rozado la frente, dejándole una cicatriz sobre la ceja. Le importaba una mierda qué apariencia tuviera, tenía cuantas mujeres pretendiera, pero odiaba cuando le sacaban de quicio y la cicatriz empezaba a pulsar su vena y el ojo. Era una debilidad que sus sobrinos gemelos, los hijos de Blake y Mairi, aprovechaban para enfadarlo más. Por fortuna el tercero de sus cuatro sobrinos, Tormod, estaba muy lejos, adiestrándose en tierras de los Dougall, sino las carcajadas serían más altas que el bramido de los truenos sobre sobre sus cabezas. Duncan no ayudaba con esa sonrisa, a la espera de qué pensaba hacer con respecto a su supuesta «prometida».

—Eric, que el anciano monte contigo. Guíanos hasta «mi prometida», anciano.

Alec lo dijo en un tono que el anciano Neill subió enseguida a la montura de Eric con la duda de si la muchacha y el niño seguirían allí, en el establo donde los había dejado guarecidos. No pensaba romper la promesa hecha a la muchacha y decirle a Alec Leod que era su sobrino pequeño el que estaba en el establo. Neill sabía que toda la isla estaba buscando al niño y lo que no acababa de comprender era qué hacía una mujer Ruari con el niño, viniendo desde tierra firme con él. La señora, además de hermosa, era amable, debían haberla

golpeado mucho en la cabeza, puesto que incluso a veces tartamudeaba, quizá hubiera debido decirle eso también a Alec Leod.

Amy había decidido que si Neill no se presentaba con los Leod en una hora, se marcharía con Robby, había esperado demasiado y ambos corrían peligro. Amy sintió el suelo temblar antes que oír el pifiar de los caballos, buscó alrededor a Robby, junto a unos montones de paja, el niño la miró aterrorizado.

—Recuerda el plan, Robby, no debes salir hasta que yo te lo diga. No podemos confiar en nadie.

—Ni siquiera en Neill.

—No podemos, cariño, no sabemos quién pudo llevarte con mi tío Lachlan y traicionar a los Leod.

—Está bien, Amy, me voy a esconder, pero estoy seguro de que el tío Alec vendrá por mí, aunque no sé cómo le harás venir diciendo que eres su prometida, tío Alec no se queda con ninguna mujer mucho tiempo, no te creerá nadie. Tenías que haber mandado llamar a mi padre.

Amy suspiró hondo y le señaló a Robby el fondo del establo, donde debía estar escondido. Justo a tiempo, se dio la vuelta para ver como las puertas del establo se abrían con violencia, restallaron contra las paredes, un caballo acababa de golpear ambas con las patas delanteras. Amy creyó perder la respiración, ante ella, un enorme caballo de guerra, negro, le mostró sus amenazadoras herraduras.

El jinete lo tranquilizó con una orden firme y con una caricia en las crines. Entonces al menos cinco jinetes más entraron en el establo que, de repente, parecía demasiado pequeño y asfixiante. Quien montaba el caballo miró a Amy directamente. Sus ojos negros parecían traspasar su piel y sus huesos, su enorme envergadura se movió con rapidez, envainando su *claymore*, la espada *highlander*, al ver que no había amenaza alguna en el establo.

—¿E… eres Alec MacLeod?

El *highlander* arqueó las cejas con escepticismo, su pelo castaño se agitó cuando descendió del caballo y Amy no pudo dejar de apreciar su vestimenta, el tartán de los Leod, con sus tonos apagados, la camisa abierta y la gruesa tela cruzada sobre los hombros. Tenía que ser el tío de Robby por sus temibles descripciones.

—¿Dices ser mi mujer y no me conoces?

—N… no me quedó más remedio que mentir, señor, temía que no acudierais ante la llamada de una desconocida. D… dije, prometida.

Alec observó a la muchacha, el anciano tenía razón, todo su rostro estaba surcado de golpes de todos los colores, desde el negro, pasando por el morado y el amarillo, incluso su cuello mostraba rojeces. Alguien había dado literalmente una paliza a esa muchacha demasiado delgada, quizá muy joven y sumamente desconfiada. Solo

los ojos, de un verde intenso, tan rasgados como insondables, parecían haberse salvado de tal brutalidad con ella, y ahora osaban mirarlo desafiante, preguntándose si él era de fiar, si era quien afirmaba. Nunca, a pesar de las heridas, había visto una muchacha tan hermosa, ¿cómo sería cuando su rostro se curase?, ¿el de un ángel?

Amy empezaba a retorcer las manos delante de su falda, ¿por qué ese gigante bárbaro no decía nada? Sabía que su aspecto era horrible, y estaba tan nerviosa que no podría hablar con él sin ponerse en evidencia. ¿Estaría enfadado? La cicatriz sobre su ojo derecho palpitaba con fuerza, el guerrero pareció tomar aire y la miró con picardía.

—Tienes razón, muchacha, no hubiera acudido, ¿sabes que estamos en territorio de los Donald y muy cerca de la frontera con los MacKinnon? Dime tu nombre.

—Amy —susurró, con miedo a que él notara su tartamudeo.

No necesitaban saber a qué clan pertenecía ni quién era su madre, solo necesitaba dejar al niño a salvo, suplicar por la vida de su hermano y volver a Tioram para salvar a Ruadi. Encontraría la manera de liberar a su hermano sin tener que traicionar a nadie.

Alec había hecho caso a aquel anciano por curiosidad, ¿quién con su fama osaría proclamarse su prometida? ¿Y quién se atrevería a golpear a la que se suponía que era su mujer? Un loco sin duda. Su fama de mercenario en Irlanda había traspasado la frontera, cuando había salido de Escocia dos años atrás, solo era el hermano del *laird* Leod, ahora no era aquel muchacho, la mayoría lo tachaba de pendenciero, brutal con sus enemigos, despiadado con los prisioneros, y sobre las mujeres…, a pesar de su fama…, insistían en perseguirlo.

Un ruido, al fondo del establo, hizo que todos sus hombres volvieran a coger sus espadas. Enseguida, una sombra pequeña, envuelta en una raída capa, corrió hasta situarse tras las faldas de la muchacha.

—Alec, ¿no es ese Robby Leod, nuestro hermanito pequeño?

Uno de los gemelos pronunció bastante alto aquellas palabras, todos habían quedado mudos al ver el color de pelo rubio, inconfundible de Robby, igual al de su madre.

—No puede ser, Robby Leod no se escondería como un bebé tras las faldas de una muchacha —contestó Torquil a su gemelo.

—No es posible… —susurró Duncan, quien en más de una ocasión había aconsejado a Alec que comenzara a llorar la pérdida de su sobrino pequeño y dejar de conservar la esperanza.

Alec, más adulto, más consciente de lo preocupados que habían estado todos por el niño, ahogó una exclamación. Tenía que ser su pequeño sobrino, por Blake y Mairi, habían estado tremendamente preocupados por él, hundidos en la pena. Blake se había negado a

colgar el blasón de luto a la entrada de Dunvegan.

—Te dije que no salieras. —Alec observó a la muchacha, Amy, y a su pequeño sobrino. Ella le regañaba por descubrirse antes de tiempo —. Tenemos que asegurarnos de que es tu tío…

Entonces, Robby asomó la cabeza con miedo, entre las faldas del vestido de Amy, en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Alec, dio un grito de alegría, y sin que Amy pudiera impedirlo, corrió hasta él sin tener en cuenta como aquellos enormes guerreros desmontaban para acudir junto al chico. Amy se tranquilizó al ver como lo abrazaban y bromeaban con él, con sorpresa creyó ver como Alec Leod se frotaba los ojos, como si una traicionera lágrima de alegría y alivio hubiera osado escaparse, pero no, sería impensable que un guerrero como aquel, que todos describían a Amy, sintiera tal emoción cuando su rostro parecía esculpido en granito.

El niño fue pasando de brazos en brazos, lanzado por sus hermanos mayores al aire ante el horror de Amy, que creía que en cualquier momento caería al suelo. Estaba tan pendiente de Robby que no se dio cuenta de que Alec Leod la observaba tan cerca que pudo sentir su respiración.

—No me he muerto, tío —Robby gritó desde los brazos de su amigo Duncan.

Alec lo llamó y corrió a abrazarse a él, con tanta fuerza que temió haber aplastado a su sobrino.

Amy, azorada por sentirse una entrometida entre los familiares Leod, se dirigió a Alec.

—¿Y Neill? El anciano fue muy amable al ayudarnos e ir en vuestra busca.

Era la primera vez que ella no titubeaba al hablar y Alec pudo comprobar la dulzura de su voz y el tono de preocupación por el anciano. Sin saber por qué, Alec se sintió celoso del cariño que la muchacha tenía por el hombre, tal vez fuera algo suyo, ¿su verdadero esposo?

—Está fuera, le he ofrecido un caballo para llegar a la costa, pero ha preferido esperar para ver que estabais a salvo. —Alec no pudo evitar sacar su mal humor al ver a la chica tan concentrada—. Vivirá a pesar de su ofensa.

—¿Su ofensa? Neill no sería capaz de ofender a un *laird*.

—No soy un *laird*, y cualquier hombre que insinúe que no cuidaría de mi prometida como debo, estaría muerto antes de poner un pie delante del otro.

Amy pensó que, tal vez, a lo mejor, ese hombre no estaba en sus cabales, ella no era su prometida, ni debería ofenderse por que dudaran de que él la protegería.

—B… bueno, los dos sabemos que solo era un ardid para hacer que

vinierais en busca de Robby, n… no sabía en quién podía confiar.

Alec la miró pensativo, no demasiado, sentía hervir las venas al ver los golpes de su rostro, ¿quién podría haber hecho semejante salvajada con una muchacha?

—Insinúas que Robby no se perdió, ¿es que le habían secuestrado?

—Pensé que lo sabíais.

—Creímos que se había separado del resto, incluso que se había caído al mar, su padre llegó a pensar que había muerto, no sabíamos nada de un secuestro, nadie ha pedido ningún rescate por él. Nadie en el castillo vio cómo se lo llevaban.

—Pues alguien tuvo que hacerlo, conocían el castillo. Robby afirma que le taparon la cabeza y no pudo ver nada.

—¿Y dónde ha estado estas semanas? ¿Lo secuestrasteis vos?

Alec la cogió del brazo de forma brusca, necesitaba respuestas, aquella muchacha aseguraba que Robby había sido secuestrado por alguien de Dunvegan y entregado a enemigos. Amy reaccionó al agarre de aquellos dedos sacando su daga y amenazando al Leod con la punta en la piel de su cuello. Para su sorpresa, Alec Leod hizo un solo gesto y le arrebató el cuchillo a Amy, la hoja osciló solo un instante en el aire antes de que él agarrase la empuñadura.

Robby se acercó corriendo y se abrazó a las piernas de Amy, haciendo que gimiera, aún le dolía cada parte del cuerpo, sobre todo las costillas.

—¡Tío Alec, no debes enfadarte con Amy, ella resistió los golpes por mí. Me salvó de esos hombres! Me cuidó y me cantaba por la noche como mamá. Le he dejado que me llame Robby.

Alec suspiró y soltó el brazo de la muchacha, fuera lo que fuera por lo que había pasado su sobrino, estaba claro que Amy había cuidado de Robby y lo llevaba de vuelta a casa. Una joven y un niño solos atravesando territorios enemigos. Alec negó con la cabeza, sus preguntas deberían esperar, lo primero era llevar a su sobrino y a Amy a lugar seguro, los MacKinnon no tardarían en aparecer buscando camorra, y los Donald, no quería a Eric Donald metido en sus asuntos. Tendió el cuchillo a Amy por la empuñadura, con desconfianza, ella lo cogió para devolverlo a su cinturón.

—He llegado hasta aquí y no dejaré a Robby hasta que se lo entregue a sus padres —afirmó Amy mientras cruzaba los brazos de forma obstinada.

La muchacha rodeó con los brazos la cabecita de Robby y Alec no pudo evitar sentirse de nuevo ofendido. Amy tenía coraje, al desafiarlo abiertamente ante sus hombres, y él tenía infinidad de preguntas que hacer y que debían esperar, la chica estaba a punto de caer desfallecida, no había más que mirar sus ojos cansados.

—¿Nos vamos, Alec? —gritó uno de los gemelos, a veces era

tremendamente desesperante que sus sobrinos mayores tuvieran la misma voz e idéntico aspecto, a veces no sabía con quién de ellos hablaba.

—Puedo oler a los MacKinnon a millas de distancia, no tardarán en venir a husmear. Ya he mandado de vuelta al anciano con unas monedas y la promesa de que tiene la protección de los Leod —gritó Duncan desde la puerta del establo.

Duncan tenía razón, no estarían a salvo hasta que no dejaran atrás la frontera de los clanes, necesitaba mantener a salvo a Robby y a Amy. Asintió y fueron hasta sus caballos.

Amy se sintió aliviada al saber que el anciano Neill volvería a salvo a su hogar, aunque le hubiera gustado despedirse de él. Observó a los Leod montar, como una enorme fuerza a punto de entrar en combate, al unísono, la sensación de estar rodeada por aquellas columnas de hombres musculosos se deshizo para quedar ella sola, de pie, en el centro de aquella comitiva. Sentía como la oscuridad se adueñaba de su cabeza, no quería desmayarse ante ellos, una Ruari no caía como una dulce damisela al suelo. Robby se soltó de su mano, seguro entre sus familiares. Uno de los hermanos mayores de Robby lo subió a su caballo delante de él, cuando Amy pensó que iban a dejarla allí abandonada, una vez abiertas las puertas del establo de par en par, el enorme caballo negro de Alec Leod trotó hasta ella. Él se agachó y, con un solo brazo, asió su cintura, la elevó sobre la montura y, con extraña delicadeza, la acomodó delante de él. Amy se retorció, pero aquel enorme brazo que rodeaba por completo su cintura hizo que se mantuviera quieta. Sabía que acababa de ponerse roja del color de las bayas, al momento sintió el calor y la fuerza que emanaba de aquel torso cubierto con el *cotum* de cuero. Cuando hacía un instante que se había iniciado el galope, Amy cayó inconsciente al sentir el dolor lacerante de sus costillas. Su último pensamiento antes de caer desmadejada en los brazos de aquel *highlander* fue: «¿Cómo demonios podrían convencer a un hombre como Alec Leod de salvar a su hermano?».

CAPÍTULO V

Amy sintió una ligera sacudida en su hombro, se retorció al sentir el dolor del cuello e intentó erguirse. Aún seguía montada a caballo y abrió los ojos asustada. Una poderosa mano sujetaba su estómago para que no cayera del enorme animal. Sentía contra su espalda cada uno de los músculos del enorme guerrero y rodeando sus brazos la fuerza con la cual la sujetaba a ella y las riendas.

—Sssh, tranquila, Amy. Estás a salvo.

La penetrante voz de Alec Leod hizo que Amy temblara, levantó el rostro y se encontró con la barbilla de él. Recorrió con la mirada las líneas de su mandíbula donde comenzaba a adivinarse la barba, la nariz ligeramente torcida debida a algún golpe, en la mejilla una leve cicatriz, más pequeña que la que separaba su ceja en dos, hace tiempo debió ser una fea herida que casi le cuesta el ojo. Ahora sabía que cuando Alec Leod se enfadaba, esta palpitaba, como cuando creyó que era ella quien había secuestrado a Robby. Los ojos negros, más de lo que nunca había visto en ningún norteño, miraban al frente. Era hermoso, pensó Amy avergonzada, en lugar de estar pensando en cómo salir de ese embrollo, se fijaba en los rasgos de ese guerrero. Debería haber escapado de Tioram sola, y no con Robby, para así conducir a este hombre hacia allí. El problema era que no se fiaba de su tío y sus secuaces, de lo que podían hacerle al niño, y ahora se había comprometido a llevar al pequeño con sus padres, y tendría que poner a los Leod en la tesitura de salvar a su hermano como pago por el rescate de Robby. Su hermano estaba convencido de que los Leod clamarían venganza, que en cuanto Amy confesara los crímenes de Lachlan, el enorme ejército de Blake Leod se dirigiría a Tioram en busca de la cabeza de Lachlan. ¿Y si no era así? ¿Y si los Leod dejaban pasar la ofensa o no creían su historia? Amy pensó de nuevo en la *bandera de las hadas*, quizá robar la reliquia Leod sería su única salida, debía esperar para hablar con los padres de Robby.

—P… por favor, tenemos que parar —suplicó Amy. Su estómago estaba débil, Robby y ella apenas habían comido, y todo cuanto encontró era para el pequeño. Sentía un enorme vacío dentro de ella, provocado por el hambre y por las dudas.

¡Robby! Amy se irguió en cuanto Alec se lo permitió al ver como se retorcía en sus brazos, en la posición en la que estaba, miró a todos y

cada uno de los jinetes que los acompañaban. Vio a uno de los hermanos gemelos de Robby, pero no iba con él. Alarmada buscó con la mirada la montura del otro muchacho, al fin lo vio en sus brazos.

—Me ofendes si piensas que mi sobrino no está a salvo. Mira, cabalga con uno de sus hermanos, jamás dejarían que le pasara algo a Robby.

Amy respiró hondo y Alec sintió como se calmaba, era admirable la forma en que la muchacha protegía al pequeño.

—¿No los distingues, verdad? A los gemelos.

Alec alzó una ceja, perplejo, normalmente, nadie le hablaba de forma tan directa, y aún menos una muchacha con sus enormes ojos verdes pendientes de su cicatriz. Lo cierto es que tampoco nadie se había atrevido a poner un cuchillo en su cuello, ni a elevar la mano frente a su rostro al intentar hacer que callara. Debía perdonar a la muchacha, no sabía con quién estaba tratando, al menos por ahora, porque pronto se daría cuenta de su carácter hosco y su poca paciencia. Lo cierto es que la chica tenía valor y eso era digno de reconocer, incluso le hacía gracia su falta de miedo, algo poco habitual cuando hablaba con otras mujeres que temían su lengua afilada y su rostro serio.

—No —sonrió Alec al fin para deshacer el hechizo de esa mirada—. No descubras mi secreto, se sienten terriblemente ofendidos si yo en particular no sé con quién estoy hablando.

Amy sonrió a medias, lo cierto es que Alec no había visto reír a la chica aún y quedó deslumbrado al ver sus ojos entornarse con alegría y formar en sus mejillas unos delicados hoyuelos. Ella se encogió al instante, como si un dolor hubiera sacudido su pequeño cuerpo.

—Sigo necesitando que paremos —susurró en su oído, rozando con la mano su mejilla al hacer hueco para que nadie más los oyera.

Alec olió su aroma, Amy olía muy diferente a otras mujeres, que usaban esencias fuertes, ella olía a campo, a espacios abiertos, a la hierba fresca.

—No podemos, Amy, estamos muy lejos de las tierras de los Leod, es peligroso.

—¿M… muy lejos? ¿Y cómo tardasteis tan poco en acudir a mi llamada?

Sin querer, Amy estaba poniendo muy nervioso a Alec, cada vez que ella giraba el rostro, sus cabellos sueltos acariciaban su cuello y mejillas, su olor inundaba tanto sus sentidos que su caballo pifió molesto y encorvó un tanto la grupa. Por si fuera poco, Amy se pegó más a él y sintió su trasero, y Alec empezó a sentir un sudor frío por todo el cuerpo, frío porque todo el calor del resto de su piel se concentraba en su entrepierna.

—Estaba muy cerca, vigilando la frontera, el anciano lo sabía, nos

encontramos con él en su embarcadero hacía dos días y por eso supongo que Neill se ofreció a salir en mi busca. Han estado atacando los *birlinn* de nuestra gente cerca de la costa, mi hermano Blake me envió a vigilar nuestras fronteras de indeseables.

—¿Los malditos MacKinnon?

Alec rio de buena gana, lo que llamó la atención de sus compañeros de viaje, delante, Robby se giró a mirarlos con una sonrisa en su rostro pecoso tan parecido al de su tío y el de sus hermanos.

—Eso es. Los malditos MacKinnon —confirmó Alec aún sonriendo. La chica se dio por satisfecha y pareció no querer molestarle más. Se dio cuenta de que ni una sola vez ella había tartamudeado como en el establo. Solo un leve temblor de voz.

—Tengo que parar, Alec —esta vez lo dijo muy seria y sin que Alec pudiera retenerla, como un pez escurridizo se deslizó por la grupa del caballo, llevándose con ella el tartán que le servía de cómodo apoyo entre el caballo y la montura. Al ver lo que colgaba tras ella impidiendo su marcha, Amy, con un ágil movimiento, lo puso sobre sus hombros y echó a correr.

Alec desmontó con agilidad, menos mal que iban al trote para dejar descansar a los caballos, si no, esa loca se hubiera matado. Igual que él, cansados los hombres, desmontaron para aprovechar la parada. Alec no sabía si todos, como él mismo, se habían quedado lívidos, paralizados, cuando esa muchachita se echó sobre los hombros el tartán de los Leod, el de Alec, con el emblema de su familia, el broche del clan Leod recogido entre sus pliegues. Era el gesto que un Leod hacía ante el altar de la iglesia, cuando se desposaban de por vida con la mujer elegida.

—Ha sido una casualidad, nada más —susurró Eric o Torquil.

—¿No es tu prometida de verdad, no? —preguntó Torquil o Eric.

—Amy es una dama, dijo que nunca se casaría con un bruto. Le dije que necesitaba a alguien que la protegiera y se rio, tío Alec. Además, creo que no le gustas mucho.

Todos se volvieron a mirar a Robby, que, como si se tratara de un adulto, miraba el lugar exacto por el cual había desaparecido Amy con el ceño fruncido.

—Tengo la sospecha de que esa muchacha no necesita a nadie que la proteja —farfulló Duncan.

—Es demasiado cabezota —afirmó Eric o Torquil— pero es muy bonita. Si no te gusta, tío Alec, puedo quedármela yo.

—¡Nadie se va a quedar con la muchacha, no es una oveja! —gritó Alec intentando poner un poco de cordura.

Alec negó con la cabeza, ¿con quién viajaba, por todos los cielos, con un grupo de guerreros o un grupo de cotillas aburridos? No se quedó allí para oír las burlas de sus hombres, no lo hacían con

maldad, pero la camaradería entre ellos traspasaba la jerarquía de su patrulla, eran Leod todos, familia, y había que aguantar a la familia, ¿no?

Miró alrededor, buscando el punto exacto entre los arbustos por los que había desaparecido Amy. No pensaba separarse de ella un instante hasta que aclarara qué había sucedido con Robby. Alec se acercó haciendo ruido, distinguió el vestido de la muchacha tras los matorrales, y cuando se dio la vuelta, estuvo a punto de retroceder por la impresión. Nunca había visto tal herida en el brazo de una mujer, Amy se había levantado las mangas del vestido y estaba intentando vendarse ella sola el corte que descendía desde su codo hasta la muñeca. Alec apretó los puños, no había sido un accidente, aquella era la marca de una daga abriendo la piel, ¿quién podía tratar así a una mujer? Amy lo miró, sorprendida por su presencia allí, y se tapó con rapidez.

—N… no quería que Robby lo viera, sangra de nuevo. Dame un momento y enseguida podremos continuar.

—¿Quién te ha hecho eso, los mismos que han secuestrado a Robby?

—Por favor, ahora no, responderé a todas tus preguntas cuando lleguemos ante los padres de Robby.

Alec tomó aire, la paciencia no era una de sus cualidades ni por asomo, pero debía respeto a la mujer que había salvado a su sobrino, y por lo que veía, a quien había protegido su vida con coraje. Dio un paso más y, con suavidad, apartó su propio tartán, levantó la manga del vestido para ver la herida, alguien había rasgado con su daga el brazo de la muchacha. Alec apretó las mandíbulas, intentando serenarse al ver la blanca y tersa piel sesgada por el corte. El brazo no tenía buen aspecto, se arrancó un trozo de tela de la camisa y desechó el que Amy llevaba, sucio y manchado de sangre. No levantó ni una sola vez la mirada mientras vendaba la herida de la joven.

—¿Por qué me miras así, muchacha?

La intensidad con la que Amy lo observaba mientras era curada por él le quemaba.

—¿Por qué me miras tú de esa forma?

—No te miro de ninguna forma, muchacha.

—C… crees que soy una estúpida, ¿verdad? Por dejar que me hirieran así. Cuando un hombre encuentra diversión en esto —Amy mostró su brazo—, no tiene piedad ni siquiera con un niño.

Alec terminó su tarea e hizo un nudo con la tela. Ahora entendía por qué Amy se había arriesgado a huir con Robby, si lo dejaba allí, con esos enemigos invisibles todavía para él, el niño hubiera muerto.

—Lo que yo creo es que tienes el coraje de un león, Amy.

Simplemente, soltó su brazo y se alejó de ella, hizo una señal a Amy

para que lo siguiera de vuelta a los caballos. Esa mujer era capaz de llegar a una parte de Alec que creía tener bajo control, nunca deseó alma ni corazón. No deseaba atarse a nadie que pudiera rasgar la coraza con que se había criado, solo su familia y amigos eran dignos de tal confianza, y ahora debía admitir que también Amy.

Al llegar los dos, caminando en silencio, nadie preguntó ante la mirada asesina de Alec. Ayudó a Amy a colocarse en la montura, alzó a la muchacha de la forma más delicada posible al caballo y montó tras ella.

—¿Cuánto queda para llegar a las tierras de tu gente?

—No vamos a tierras de los Leod todavía, vamos a Fairy Glenn. Amy, estás herida. Me ocuparé de eso.

Amy frunció el ceño, a punto de protestar, Alec era parco en palabras y el apretón de sus brazos indicó que no pensaba dar más detalles.

Por fortuna, uno de los gemelos se acercó casi rozando con la grupa el caballo de Alec.

—¿A la curandera? Alec, nos dijo que si volvíamos a aparecer por allí…

Eric o Torquil calló al ver el rostro de su tío, no era el momento de protestar, aún menos cuando Robby empezó a aplaudir emocionado. Para el pequeño era una gran aventura con sus hermanos mayores y su tío, y para Amy un calvario. Cuanto más tiempo pasara al lado de Alec Leod, más difícil se le haría conducir a los Leod a la guerra.

CAPÍTULO VI

Amy no podía dejar de abrir la boca al recorrer las cañadas de la isla, en cada rincón, una exuberante alfombra verde adornaba los campos, cuajados de brezo y lavanda. Las lejanas colinas lucían azuladas por el poder de la niebla, aparecían y se desvanecían a su antojo ante los ojos de Amy, Fairy Glen, había dicho Alec, tierras de hadas, y eso era exactamente lo que parecía. Se giró para mirarlo, tal vez aquel paraje solo era fruto de su imaginación, Alec sonreía al ver su expresión de sorpresa y no pudo hacer más que corresponderle a pesar del dolor de sus heridas. Atardecía y, como por arte de magia, la luz tocó los picos de las montañas, las voces de los hombres, cansados de cabalgar, se habían ido apagando poco a poco en la última hora. A una orden de Alec, se internaron en un pequeño bosquecillo de árboles pequeños y comenzaron a desmontar.

—Pasaremos aquí la noche, Amy, la curandera no nos atenderá hasta mañana.

—No necesito una curandera.

—Aquí mando yo, Amy, deberías ir acostumbrándote.

Amy de nuevo se sintió impotente cuando Alec se bajó del caballo y, como si fuera una cría, la dejó en el suelo. Esperó un poco a que sus piernas volvieran a sostenerla, dejó allí plantada a Amy, sin más explicación. ¿Que se acostumbrará? ¡Oh, no! No le extrañaba en absoluto las tontas ideas que mostraba Robby, parecía todo el tiempo una damisela en apuros entre aquellos *highlanders*. Amy, ofendida, marchó hasta el centro del claro y se puso a recoger leña, ella no era débil ni una inútil, ¡era una Ruari, por todos los cielos! Podía mostrarse cansada, dolorida por los golpes, pero no era delicada ni una dama en apuros.

—Siéntate —ordenó Alec al ver como hacía muecas de dolor al agacharse a recoger ramitas para el fuego.

—No.

—He dicho que descanses, nosotros haremos eso.

—No.

Si una sola vez más la muchacha decía «no», ataría a Amy a un árbol, eso era, la ataría y amordazaría, tenía la maldita manía de mirarlo como si le perdonara la vida. Alec se acercó a ella y, ante el estupor de todos, la cogió en brazos, con las ramas sujetas y todo lo

que se había esforzado en recoger, y llevó a Amy debajo de un árbol. Sin muchos miramientos, sentó a la muchacha sobre la hierba y se alejó.

Amy soltó las ramas a su lado. No tenía sentido razonar con ese hombre, ¡ah!, ¡pero ya vería cuando pudiera moverse sin dolores!

Robby llegó corriendo hasta ella y, como se había acostumbrado a hacer, se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo. Amy sonrió, lo cubrió también con la tela del tartán mientras observaba la perfecta sincronía de los hombres de Alec Leod. Apenas sin hablar, los gemelos se ocuparon de la hoguera, los más mayores, Angus y Kenneth, se llevaron a los caballos a beber a un arroyo cercano, Duncan y Alec se alejaron para asegurar los alrededores. Amy suspiró un instante, se oían los trinos de algunos pájaros, el estridente sonido de alguna gaviota sobre las copas de los árboles. Skye era una isla peligrosa, sus clanes demasiado beligerantes, pero toda esa tierra tenía una belleza incomparable, muy diferente a los extensos paramos de los Ruari, más ariscos y pedregosos, tal vez como ellos, su clan. Amy pensó en su madre, estaría en algún lugar del sur, con el rey y su corte, y Ruadi, su pobre hermano, esperando la liberación, pudriéndose en aquellas mazmorras mugrientas. A veces Amy no podía dejar de sentirse resentida con su madre por abandonar a Ruadi y a ella en Tioram para seguir al rey.

Alec apareció en ese instante a su lado y Amy dio un respingo, ¡como si él fuera capaz de entrar en su mente o ver su oscuro corazón! ¿Debía cambiar a Alec por la vida de su hermano, desatar una nueva guerra? Era su hermano o él, pero ese hombre, Alec Leod, no era el malvado mercenario que decía la gente, Amy había atisbado el cuidado que tenía con Robby, la lealtad con que los gemelos y el resto de los hombres lo seguía. Y a ella, había curado sus heridas, no la había importunado ni una sola vez a pesar de que Amy sabía el aspecto que debía tener, llena de golpes, el rostro desfigurado. Negó con la cabeza, iría al infierno por pensar en tonterías semejantes, como recuperar su rostro, parecer bonita ante el Leod. Alec se quitó su propio tartán y lo echó sobre Robby y ella con una leve sonrisa. Ofreció a Amy una torta de avena y un pedacito de pan duro. Una vez ella lo hubo cogido, Alec cogió su barbilla y le hizo una señal con el índice en los labios. Robby se había quedado dormido en su regazo.

—¿Quieres que me lo lleve? Puede dormir conmigo.

—No, déjalo, por favor —susurró Amy.

Ambos se miraron un instante, uno que pareció un mundo entero, con la complicidad de dos seres que apenas se conocían, pero que, en cada gesto, parecían saber lo que pensaba el otro.

—Traeré una manta, para colocar algo sobre las ramas y que os proteja del frío de la noche.

Alec parecía un tanto nervioso desde hacía rato, como si quisiera escapar de ella, pero sin dejar de preocuparse por su bienestar y el del niño. Se marchó con paso firme hacia sus hombres.

—¡Alec!

Él se volvió extrañado al oír la premura en la voz de Amy.

—Gracias, por todo.

Alec sintió como se contraía su corazón, ese que solo usaba para impulsar su cuerpo con cada latido, hasta ahora, porque Amy hacía que se le encogiera por un extraño sentimiento de protección. Miró a la muchacha y a su pequeño sobrino, conmovido por la fuerza en que el pequeño asía las faldas de Amy, y Alec Leod, el descreído guerrero, despiadado con sus enemigos, desterrado hacía años por su propio hermano, juró a su propia alma que nunca permitiría que nadie hiciera daño a Amy, fuera quien fuera, si solo una vez más podía oír su nombre en los labios de ella.

Amy tenía pesadillas, de esas que aparecen cada noche, se repetían una y otra vez, y Lachlan, su tío, siempre estaba en ellas, amenazaba a su hermano y lo golpeaba hasta matarlo. Contuvo el aliento para no gritar, desde que Robby estaba a su lado, intentaba contenerse. Se despertó con la respiración jadeante, el dolor instalado sobre el brazo, Robby tenía la cabeza apoyada sobre su herida. Intentó darse la vuelta, la cabeza de ese pequeñajo pesaba una barbaridad, cosa que no era de extrañar con lo obstinados que parecían todos los Leod. Con cuidado, Amy se soltó, arropó a Robby con la manta hasta el cuello y se mordió el labio pensativa. Tenía que dormir para el otro lado si no quería quedar atrapada de nuevo. Se giró y estuvo a punto de gritar. Alec Leod dormía junto a ella, su respiración era pesada y profunda, cuando él movió el brazo y atrapó en sueños su cintura. Amy trató de mirar hacia un punto indefinido del bosque, todos los hombres dormían alrededor de la hoguera, y se fijó en que, a su vez, los rodeaban a ellos, como si estuvieran guardando su sueño. Robby era un niño afortunado, había un montón de enormes *highlanders* dispuestos a protegerlo con su vida.

Entonces lo miró a él, no debía juzgar a Alec por su descaro, estaba dormido. Él era muy diferente cuando dormía, la luz de la luna iluminaba su semblante, un perfil imperfecto a causa de su nariz rota en alguna batalla pasada, pero tan hermoso que Amy sintió como se cortaba su respiración. Cuando sus ojos negros del color de la turba no miraban con fiereza, era guapo, tanto como para quitar la respiración. Amy frunció el ceño, le intimidaban esos ojos brillantes, capaces de saber qué pensaba en cada momento o seguir sus pasos con el desconcierto que parecía sentir en su presencia. Su pelo estaba demasiado largo, ella misma podría cortárselo. ¡Pero qué decía! Amy apartó la mirada de Alec, avergonzada, ¿qué le ocurría con él? Volvió

a inclinarse hacia delante para seguir su escrutinio cuando vio que su cicatriz pulsaba. ¡Estaba despierto! ¡Sabía que Amy lo observaba! ¡Con descaro seguía manteniendo su brazo sobre las caderas de Amy! Colorada, avergonzada y enojada, todo a la vez, volvió a girarse hacia Robby. La culpa la tenía él, no ella por observarlo a hurtadillas. Era él quien estaba despierto y disfrutando de su vergüenza. De forma premeditada, Amy tiró de las mantas hacia Robby y ella, dejando al guerrero sin protección contra el frío de la noche.

Alec estuvo a punto de delatarse y echar a reír a carcajadas. La muchacha era una pequeña fiera, engañaba su aspecto angelical y su pequeña estatura, su débil tartamudeo, cualquiera podía pensar que Amy era frágil, pero Alec adivinaba un carácter fiero, un coraje sin igual bajo esa apariencia. En el establo, había demostrado que era hábil con las armas y valiente. A propósito, Alec tiró de las mantas y se giró, recibió otro tirón de Amy y se echó a reír. Se detuvo un instante. ¿Cuándo había sido la última vez que había reído tanto?

—¡Devuélveme las mantas!

—Tú has empezado esto, muchacha.

—Me has engañado, estabas despierto.

Alec se apoyó en el codo y se giró hacia ella, arrastrando toda la luz de los rayos de luna en sus ojos. Amy frunció el ceño. «No se podía ser más varonil, seguro de sí mismo y de su imponente apariencia», pensó al momento.

—¿Y tú qué hacías observándome, Amy?

—No te observaba, tenía una pesadilla.

—¿Con quien te ha hecho esto?

—Prometiste que no preguntarías.

—Pero no dije nada acerca de que no insistiría, eres libre de hablar o callar, te lo prometí, Amy, has salvado a Robby y no te obligaré a darme el nombre de esos bastardos hasta que estés preparada.

Amy permaneció tumbada, sentía el calor que emanaba del cuerpo de Alec a pesar de tener todas las mantas en su lado. Estaba casi echado sobre ella, nunca Amy había tenido a un hombre tan cerca y todo su cuerpo reaccionó traicionero ante él. ¡Ay, si fuera la mitad de hermosa que su madre! Los hombres la adoraban y, en secreto, Amy sabía que se preguntaban por qué su hija no se parecía en nada a su progenitora. Si fuera su madre, lo hubiera besado sin dudar, hubiera encantado con su mirada a Alec, si es que fuera bonita y deseable.

—¿Quién secuestró a Robby? Amy, insinuaste que fue alguien de mi clan.

—Alguien tuvo que sacar al niño de allí, él nunca se hubiera atrevido a ir a territorio Leod.

—¿Él?

Amy reconoció su error y negó con la cabeza, apretando los labios,

Alec no debía saber que su tío lo había planeado todo, aún no, debía cambiar a Robby por la liberación de Ruadi, era más vergonzoso de lo que Amy había pensado, y solo ante Blake Leod, el *laird*, suplicaría por la vida de su hermano.

—¿Quién eres realmente, Amy?

—Nadie i… importante.

Estaba acorralada, su rostro cada vez más cerca del de Alec. Entonces él, en vez de besar sus labios como Amy deseaba, acarició su rostro con sumo cuidado, recorriendo los moratones, sus dedos descendieron para tocar la sensible piel de sus labios. Era como si Alec intentara sanar cada una de sus heridas con su tacto, de manos ásperas y cálidas, cargadas de un cosquilleo que jamás Amy había sentido. Y suspiró hondo. Alec Leod se apartó con brusquedad al escuchar su gemido, cubrió sus tres cuerpos con las mantas y se giró en la otra dirección para dormir, como si nada hubiera pasado entre ellos. Amy dejó que una solitaria lágrima descendiera por su mejilla. Nunca, nadie, había hecho que se sintiera tan sola como Alec Leod en ese instante.

CAPÍTULO VII

La casa de Inai MacKinnon estaba rodeada de la niebla que corría por el valle, tenía un bonito techo que casi rozaba el suelo, hecho de paja, donde la hierba crecía libremente. La piedra oscura de las Highlands estaba salpicada de algunas florecillas, y las ventanas tenían un bonito alero. Amy contempló la deliciosa casita, rodeada de verdes cañadas y colinas, si pudiera cambiar sus circunstancias, elegiría vivir allí, lejos de intrigas, de su tío, de una madre que nunca estaba, de un hermano que quizá estuviera muriendo en las mazmorras de Tioram. Se encontraba mal, sabía que la fiebre estaba subiendo a causa de la herida en su brazo, y Alec Leod la aprisionaba contra su cuerpo como si no quisiera dejarla ir. Lo que más temía Amy era que se escapara de sus labios alguna tontería, como decirle a Alec que sus manos ásperas y llenas de cicatrices eran poderosas y cálidas, que su rostro se le antojaba hermoso, sí, sin duda tenía que morderse los labios y aguantar sobre el caballo.

Alec hacía rato que había notado el calor insano que desprendía la muchacha a pesar de su capa y el tartán con que la cubría del viento. A pesar del dolor que Amy debía sentir, escuchaba la cháchara sin sentido de Robby, que desde el caballo de Eric o Torquil le dedicaba a ella. Al ver la pequeña casa de Inai, suspiró, no sabía qué hacer con la muchacha, debían curar esa herida antes de que la fiebre fuera a más. Inai era una MacKinnon, pero sus dotes curativas se extendían a todos los clanes de los alrededores sin importar la procedencia o su riqueza. De forma libre, cada cual le traía aquello que tenía, ya fuera un cerdo o un manojo de brezo para una sopa, y ella jamás pedía nada a cambio. Hubo un tiempo, cuando era un muchacho, que se creyó enamorado de la curandera, Alec pronto comprendió que la lujuria no era excusa para casarse con una mujer, y aunque Inai no era inocente como ella afirmó para no comprometer a Alec, él jamás se sintió tentado a someterse a sus coqueteos más atrevidos.

Inai los oyó antes de que llegaran y abrió la puerta. Entornó los ojos para distinguirlos en la claridad del amanecer y sonrió al ver a los gemelos. Inai era la tercera de su nombre, hija y nieta de curanderas, una belleza pelirroja de ojos azules y curvas donde debían estar que a sus veintisiete años todavía estaba soltera.

—Ha de ser grave si Alec MacLeod se molesta en venir hasta este

rincón olvidado de las tierras MacKinnon —gritó ella con una sonrisa y las manos en las caderas.

Enseguida Eric y Torquil se apresuraron a llegar hasta la joven, bajar del caballo y hacer una reverencia con mucha gracia. Amy los observó un instante, ¿sabría Alec que los dos se intercambiaban los tartanes de lado y la ropa, a fin de volverlo loco? La risa de Inai hizo sonreír a Amy a su vez, ¿y ella sabría distinguir a los gemelos? Alec llegó hasta ellos con el resto del grupo, desmontó y agarró a Amy de la cintura. Cuando tocó el suelo, Amy sintió que no podría caminar sola, se tambaleó hasta sentir como Alec ponía el brazo sobre el suyo para guiarla. Amy se alegró, no quería conocer a la curandera siendo llevada en brazos de Alec ni de nadie, parecía agradable y de buen carácter, no quería que la considerase débil.

—Inai, necesitamos de tus conocimientos.

Alec había sonado demasiado serio e impaciente, y Amy quiso reprenderlo, esa no era manera de presentarse en casa de nadie. Inai la miró con fijeza y, sin ni siquiera saludar a Amy, tocó su frente. Tal vez esa mujer no era tan agradable como Amy pensaba. Alec hizo que entrara tras la curandera, cerró la puerta dejando a los gemelos y a sus hombres fuera, sin mediar palabra.

—¿Cuánto lleva así? —preguntó a Alec. Amy estuvo a punto de decir a la mujer que ella podía contestar sola.

—No lo sé, acabo de conocer a la chica.

—Pues dicen que es tu prometida, Alec.

Alec había olvidado que se podía tardar semanas en recorrer unas millas en las Highlands y, en cambio, un turbio rumor ni una tarde.

—Algo así.

Inai sonrió, negando con la cabeza, mientras Alec con sumo cuidado le quitaba la capa a Amy. Estaba ardiendo, Amy lo sabía, se dejó hacer por los dos mientras le quitaban la capa y después Inai le subía la manga del vestido.

—Pues deberías tenerlo claro, el jefe MacKinnon ha estado aquí, todos buscan a tu mujer, no tienes muchos amigos, Alec. ¿Es tu prometida?

—¿Por qué la buscarían?

Inai fue en busca de sus ungüentos, calentó la hoja de una daga al fuego y lo miró como si fuera estúpido.

—Porque todos quieren ver a la esposa o prometida de Alec Leod, y si pueden arrebatársela. Supongo que alguien ha ido a contárselo al jefe MacKinnon, Eoghan no tardará en volver. Sois todos unos necios, siempre buscando algo por lo que luchar, si no es por una oveja, es por una mujer. Ahora que el rey Bruce reina y la paz ha llegado hasta aquí, vosotros os esforzáis por guerrear.

Amy frunció el ceño mirando a ambos, debía de ser la fiebre porque

no entendía nada. ¿Eoghan había salido en su busca? Su prometido verdadero podía acabar con todo su plan antes de llegar a Dunvegan.

—No soy la prometida de Alec —se defendió Amy.

Inai la miró y se rio.

—Cariño, Alec Leod aún no lo ha negado.

Amy lo miró furiosa, ¿a qué esperaba para aclarar aquella confusión?

—Fue solo para que acudieras al establo, estoy segura de que todos comprenden que mentía, ¿no es cierto? Di la verdad, Alec.

En lugar de contestar, cogió la muñeca de Amy y agarró su hombro como si quisiera hundir su codo en la mesa. Amy estaba a punto de protestar cuando vio como Inai se acercaba con la daga que había calentado al fuego y empezó a escarbar en su herida. Quiso gritar, pero al momento sintió tal alivio, como se deshacía una presión que le provocaba dolor, que suspiró. Alec se acercó más a ella y dejó que apoyara la cabeza en su pecho mientras Inai continuaba limpiando la infección.

—Muchacha, puedo parar si es demasiado para ti —dijo Inai, sabedora del dolor que debía estar sufriendo Amy.

—Sigue —ordenó Alec—. Es la mujer más fuerte que he visto nunca.

Amy estuvo a punto de sentirse orgullosa de lo que Alec había dicho sobre ella, pero el sufrimiento era demasiado intenso.

—Es una Leod, aguantará.

Eric y Torquil observaban desde la puerta entreabierta, uno de los dos había dicho aquello con orgullo. Duncan asintió convencido. Amy estaba a punto de llorar o de reír, ¿todos se habían vuelto locos? Ella no era una Leod…, era solo una mentira…, porque estaba allí para llevar a todos a la guerra, a Alec. Quería gritar, intentó soltarse de Alec, él no cejaba en su empeño de mantener el brazo inmovilizado mientras Inai lo sanaba. Amy respiró hondo, no, no era una Leod, pero sí una Ruari, hija de Cristina de las Islas.

—Está a punto de desmayarse —escuchó decir a Duncan.

—No, no voy a caerme como una damita, sigue Inai, por favor.

Un respetuoso asentimiento recorrió los rostros a su alrededor y Amy asintió a la curandera para que continuara con su labor, la mujer sonrió ante su obstinado comportamiento.

—Sois una digna esposa para Alec Leod.

Inai no había entendido nada, ni ninguno de esos tontos hombretones, apenas tenía fuerzas, la chimenea frente a ella daba demasiado calor, sentía las gotas de sudor recorrer su cuello, Alec no ayudaba tan cerca, intentó apartar al Leod, pero no se movió ni un poco. Amy sentía el brazo en carne viva, no quería, no debía mirar, lo hizo y, para su propia vergüenza, cayó en la inconsciencia mientras

sentía como Alec acariciaba con el pulgar su muñeca.

—¿Quién la ha golpeado así?

Amy despertó en un jergón, abrió los ojos al sentir como alguien acariciaba su pelo, miró hacia arriba y vio a Robby. Sus ojos negros como los de Alec estaban llenos de preocupación.

—Fue ese hombre, el que nos metió en las mazmorras.

Amy cogió su manita con dulzura y negó con la cabeza para que Robby no siguiera hablando.

—Un desalmado, fuera quien fuera, si os hizo daño a un niño indefenso y a una mujer —replicó Inai indignada—. Amy debería descansar al menos unos días aquí.

Entonces cayó en la cuenta, Amy se incorporó para buscar alrededor, allí estaba él, Alec estaba sentado junto a la chimenea. Sus miradas se cruzaron. Por un instante, Amy pensó que la había abandonado allí, una tontería, porque él jamás volvería a dejar solo a Robby. Amy se preguntó si había estado preocupada por su marcha o por si Alec huía de ella y nunca podría llegar sola al castillo Leod.

Alec permaneció observando sus ojos, él lo sabía, sentía que Amy se había asustado al no verlo cerca. Ella se sonrojó y giró su mirada a las vigas de madera del techo. Ese hombre era capaz de ver su interior, tal vez percibía su maldad, pero ella no era así, solo se veía en la tesitura de elegir entre su hermano y él. Debía suplicar por la vida de su hermano y mandar a la guerra a Alec.

—No podemos esperar, Amy, los MacKinnon no tardarán en encontrarnos. Debemos partir ahora.

Asintió cuando Alec se acercó a los gemelos. Entre Eric y Torquil la ayudaron a levantarse. Sonrió al ver como Robby tiraba de sus faldas para que pudiera caminar más deprisa. Hubiera sido muy bonito ser una Leod de verdad y sentirse una más de todos aquellos leales hombres.

Se giró para despedirse de Inai, para su sorpresa vio que Eric ayudaba a la mujer a cerrar la puerta de la cabaña. La curandera esperó a que el gemelo la ayudara a subir a la montura.

Alec montó y Torquil ayudó a que él la acomodara en la grupa de su caballo, delante suyo. Robby esperó impaciente a que Torquil lo subiera con él para empezar con su charla. Amy observó como Eric sonreía como un bobo ante algo que Inai susurraba en su oído. Después de todo, Inai sí parecía distinguir a Eric con total claridad.

Alec llamó la atención de Amy al susurrar en su oído:

—Ahora que nos ha ayudado, Inai no puede quedarse aquí. Los MacKinnon no entenderían que hubiera ocultado a mi prometida.

—N… no soy tu prometida. ¿Queréis todos dejar de repetir lo mismo?

—¿Tan horrible te parece, *mo ghraidh*?

Se sonrojó al momento, Alec tenía que dejar de hacerse pasar por su prometido de verdad. Amy decidió que podía hacer como si él nunca la hubiera llamado «mi amor». Incluso negar su existencia, sí, eso mismo iba a hacer, negar que ese Leod la miraba de una forma extraña y dejar de hablar con él. Si Amy pudiera poner distancia entre ambos, lo haría, pero montada a caballo con él, era imposible.

—Podría montar mi propio caballo —sugirió Amy.

Alec llevaba un rato callado, Amy levantó la mirada para ver qué pensaba sobre su proposición.

—O no.

—Ya veo, no hay más caballos.

¿Alec se había reído? Volvió a mirarlo, pero su rostro era tan serio como siempre.

—No.

—Entiendo, entonces tendremos que compartir montura.

—Eso creo.

Amy se mordió el labio, en verdad que Alec no era muy dado a las conversaciones, ni a dar explicaciones, ni a sonreír, o tal vez sí, porque Amy había estado convencida de que él había reído hacía un momento. Alec, con suavidad, la empujó hacia un lado, para cobijar su cabeza entre su torso y el hombro, pronto Amy comenzó a quedarse dormida, una sonrisa escapó de sus labios. Amy pensó que debía contenerse, ese escocés testarudo tampoco iba a ganar siempre.

Los ungüentos de Inai eran casi milagrosos, descansaban cerca de un riachuelo y, al mirarse en las cristalinas aguas, vio que su rostro empezaba a tener un color normal y la hinchazón comenzaba a bajar. Con cuidado se tocó los moratones. Amy no era vanidosa, al menos no se pasaba el día peinando sus cabellos o probándose vestidos, en realidad, su madre siempre fue proclive a criticar a las jóvenes que lo hacían y no dejaba que Amy se comportara como el resto de las muchachas. Desde que Lachlan se había hecho con su hogar, apenas se cambiaba de ropa, deseosa de pasar inadvertida, o provocar el desprecio de sus secuaces. ¡Eoghan!¡Jamás podría casarse con ese hombre despreciable! Ahora estaba tras su rastro, estaría deseoso de cumplir los deseos de Lachlan. ¿Pero, si volvía a Tioram, cuál sería su destino si los Leod no luchaban por su hermano? Amy metió la mano en el agua y borró su propio reflejo angustiada, nunca abandonaría a su hermano en manos de esos salvajes. Si tenía que casarse con Eoghan como su tío ordenaba, lo haría sin dudar si con eso salvaba la vida de Ruadi.

—Eres bonita, Amy.

Inai se agachó a su lado, ni siquiera había oído como se acercaba, y

Amy dio un respingo. La curandera se sentó en la orilla, junto a ella.

—N… no lo sé, nunca nadie me lo había dicho antes. En mi hogar no acostumbramos…

—¿Y dónde está tu hogar?

Amy frunció el ceño.

—¿Te ha enviado Alec a interrogarme?

—¡No! Han sido los gemelos.

Sonrió ante la sinceridad de la curandera, en Tioram solían ser ancianas un poco extravagantes, y Amy pensó con pena que jamás había tenido una verdadera amiga entre las muchachas del castillo o del pueblo. Ser la hija de Cristina era muy difícil, sobre todo cuando su madre se oponía a dejar en manos de Lachlan la sucesión del clan. Amy desde niña había sido testigo de las guerras internas entre los hombres de su clan para convertirse en *laird*.

—Inai. Gracias por curarme la herida, siento que por culpa mía hayas tenido que abandonar tu casa. En un sitio precioso.

—No te lamentes, en cuanto mis parientes MacKinnon se olviden de ti, podré volver sin problemas. Tarde o temprano las disputas se olvidan, o roban algo de ganado y así satisfacen sus ansias de venganza. Los MacKinnon no son como los Leod, que tienen un alto sentido del honor.

—¿Y quieres volver? —preguntó Amy solo para cambiar de tema. No deseaba hablar de Eoghan MacKinnon—. Eric se prestó a protegerte sin temor a los Kinnon.

Inai resopló alejando un mechón pelirrojo de su rostro.

—Eric es un tonto, no ha demostrado el mínimo interés por mí. Tardó tanto en verlo que temo que, si pasa mucho más tiempo, me convierta en una anciana de cabellos veteados esperando a que él se decida a mostrarme sus sentimientos. Supongo que solo soy una diversión para él.

—No creo, he visto cómo te mira, Inai, quizá deberías ser tú quien hablara con él.

Inai miró asombrada hacia Amy.

—Creí que eras realmente tímida, ¿tú serías capaz de decirle a un hombre lo que sientes por él?

—Si hubieras vivido con mi madre, descubrirías que no es algo tan extraño. Ella aletea las pestañas y hace algo así con los labios —Amy se interrumpió al ver que Inai no aguantaba más la risa al ver sus labios fruncidos.

—Eres divertida, y no has tartamudeado.

Amy chascó la lengua contra los dientes, apreciaba sentirse a gusto con alguien y dejar de dudar al pronunciar cada palabra, pero en el momento que se lo hacían notar volvía a encerrarse en su nerviosismo.

—Lo siento, Amy, no debí decir eso. Deberías sentirte tranquila

junto a Alec, junto a todos los Leod, has salvado a Rob y el *laird* sin duda te colmará de recompensas.

—Tal vez. Aprecio de verdad a Robby, nadie debería ser alejado de sus padres, y si los Leod pueden ayudarme, no me negaré, es más, tengo la esperanza de que ayuden a alguien muy querido para mí.

—Quizá deberías haber negociado con Alec antes de entregar al niño. ¿Has arriesgado todo por devolver a Robby con su familia antes de saber que te prestarán su ayuda? Amy, es quizá lo más estúpido que he oído nunca.

Amy la miró fijamente, por un momento, los ojos de Inai, tan azules como el cielo, se habían teñido con una sombra de incredulidad.

—¿Tú no lo harías? En ningún momento se me pasó por la cabeza retener al pequeño conmigo a cambio de la promesa de ayuda de los Leod.

—Entonces no creo que esa persona que aguarda ayuda sea muy importante para ti. ¿Es tu amante?

Amy se levantó molesta.

—Esa persona es mi hermano y, si no hubiera sido para salvar a Robby, jamás lo hubiera dejado solo.

Inai sonrió, el gesto devolvió a sus ojos la claridad bondadosa de siempre y cogió su brazo con dulzura.

—Lo siento, Amy, no debí juzgarte con tanta facilidad. Déjame ver la herida, quizá deberíamos cambiar el vendaje antes de llegar a Dunvegan.

Inai parecía tan sincera que Amy se acercó a ella y se levantó la manga del vestido, con una sonrisa, aceptó sus disculpas.

—¿Tan cerca estamos de Dunvegan?

—¿Ves aquella colina? Tras ella comienzan los senderos y el bosque de los Leod, tardaremos solo unas horas.

La curandera sacaba sus ungüentos cuando Amy vio una pesada bolsa de cuero en el interior del morral de piel, daba la impresión, por la forma de los salientes, de guardar monedas, recordó que Alec había comentado que los aldeanos pagaban a Inai con animales o alimentos y se preguntó cómo podría tener la muchacha tal cantidad de dinero. Enseguida desechó su pensamiento cuando Inai comenzó a quitar la venda de su brazo. Su nueva amiga curó con destreza su herida. La perfecta «L» con que su tío había marcado su piel para que recordara su misión parecía un corte simple que no despertó la curiosidad de Inai, debía ser Amy quien llevase el horror bien presente, la horrible cicatriz que su tío Lachlan había dejado marcada en su cuerpo, para toda la vida, en recuerdo de su rebeldía.

Como si Alec hubiera estado esperando a que Inai terminara, apareció en el instante que Amy se colocaba la manga del vestido. Detrás estaban el resto de los hombres Leod para guiarlas a las

monturas. Amy solo podía mirar a Alec caminar ante ella. Era increíble cómo se movía ese hombre, como un depredador sigiloso, la mirada fija en su camino. Al llegar al caballo, cuando sus miradas se cruzaron, para sorpresa de Amy, sonrió al ver como ella se acomodaba la capa y buscaba algo a su alrededor. Alec llevaba en sus manos el tartán de los Leod, el mismo que Amy había cogido tanto cariño, se lo había dejado cerca de ella, en una roca, Amy parecía un poco dada a perder las cosas. Con un movimiento, él se lo colocó sobre los hombros con destreza, lo cruzó para que quedara bien ajustado a los hombros y prendió el broche con el lema Leod, para sujetar la tela. Amy siguió todo el proceso sin dejar de mirar a Alec, concentrado como estaba en ceñir los pliegues alrededor de su cuerpo. Terminó la tarea con brusquedad, como si hubiera sido pillado en un acto de dulzura al que había sido obligado.

—Vamos, *caileag*. —Alec tomó su mano y Amy la aceptó al instante —. Llegaremos antes del anochecer a Dunvegan. Te gustará.

Amy quería responder que tal vez no, que con la fama de los Leod era posible que fuera un lugar oscuro y sobrio, lleno de familiares hoscos con horrible fama en el resto de Escocia. Pero, al fin y al cabo, ella venía de Tioram, donde llovía de cada siete días, los siete, donde nevaba la mitad del año y el lugar en el cual habitaba el monstruo de Lachlan. No, no podía ser peor que el futuro de los Ruari con su tío, excepto cuando Alec pensara que solo había salvado a Robby con la intención de obtener ayuda de los Leod. Antes de conocer a Alec no había sido mala idea, incluso Ruadi había convencido a Amy, pero ahora que tenía delante a Alec Leod, su imagen suplicando ante su hermano como si todo hubiera sido en su propio beneficio, que creyeran que era una interesada carente de honor, horrorizaba a Amy.

CAPÍTULO VIII

Amy, en muchas ocasiones durante su viaje, había contemplado el paisaje de Skye, verde, exuberante, a camino entre la niebla azulada cerca de sus lagos y el sol entre las colinas, lleno de senderos marrones dibujados en las explanadas verdes y cabellos de agua azul poblando las cañadas. Sin embargo, nada había preparado a Amy para ver Dunvegan desde lo alto de la colina.

Alec había esperado este momento por alguna irracional razón, desde que había conocido a esa muchacha, esa sensación era constante, como si quisiera sorprender a Amy a cada instante, o buscar de forma inconsciente su sonrisa. Esa forma en que sus cejas se arqueaban y sus brillantes ojos verdes se abrían ante una nueva sorpresa. Ella cogió su mano de manera natural, con aquella que guiaba el caballo con las riendas, mientras con la otra sujetaba su cintura. Alec se detuvo, dejó que el resto de los hombres, sus sobrinos, Duncan e Inai los sobrepasaran, deseaba tener ese momento a solas con Amy. Estaban saliendo del bosque, en lo alto de la colina, frente a Dunvegan, el lugar exacto en que su hermano Blake y Mairi se habían conocido siendo niños y sellado el destino de los Leod y los Donald al unirse años más tarde en matrimonio, y Amy no lo sabía.

Amy miraba al horizonte, Alec avanzó despacio entre los árboles, ella no tardaría en ver como Dunvegan parecía recortado contra la extensión del lago, de aguas tan verdes como sus ojos. Alec sabía que las cuatro torres parecían altísimas a la muchacha, el sol no tardaría en tocar las almenas y desaparecer a la altura de los adarves para someter el patio a la oscuridad de la noche. Cuando se aproximaran, Amy vería la cascada, la alfombra de flor del cardo, el emblema de su clan, creciendo púrpura a lo largo de las ondulaciones de la pradera. Oiría el sonido de las gaviotas sobre sus cabezas y el chillido de las focas al caer la noche. Ese era el hogar de Alec, volvió como meses atrás, como si hubiera estado otros dos años sin pisar su hogar y no unos días, y lo vio todo a través de los ojos de Amy. Algo había cambiado respecto a esos dos meses atrás, cuando se sentía cansado y solo, ahora algo se movía en su interior, como un insistente latido que hacía volver a correr la sangre por sus venas. Era Amy, que llenaba su alma de algo parecido a un relámpago en una brutal tormenta.

Alec, sin darse cuenta, apretó a Amy contra él. En pocos instantes,

entrarían en el castillo, y entonces Amy tendría que responder a infinidad de preguntas, y, con toda seguridad, Blake y Mairi caerían redondos al ver que Robby, su hijo menor, estaba vivo. En ese instante, Amy se alejaría de él, como debía ser, ¿por qué sentía que se quedaba sin resuello?

A medida que se acercaban a Dunvegan, los aldeanos empezaron a rodearlos con curiosidad, Alec sintió que Amy dejaba de apoyarse en su torso con la misma confianza de los últimos días y se ponía rígida. Para cuando llegaron al puente de piedra, y los portones de la barbacana se abrieron para ellos, estaban rodeados por el clan Leod. Con curiosidad, miraban a Amy, cobijada bajo el calor del tartán de los Leod y montada delante de Alec. Rápidamente, al ver que los curiosos se mostraban cada vez más osados, Eric y Torquil los cercaron. Duncan hizo retroceder a algunos hombres que observaban a Amy con demasiada insolencia. Torquil llevaba oculto a Robby, dormido en su regazo, bajo capas de gruesas mantas y Eric a Inai sentada en su regazo. El resto de la guardia de Alec se posicionaron detrás.

Por la puerta de la torre apareció Blake Leod advertido por los gritos de su gente.

—¿Qué es todo este jaleo? ¿No tenéis ninguna tarea que hacer?

El bramido de aquella voz hizo que Amy se girara hacia el corpulento hermano mayor de Alec. Todo era cierto en verdad, aquellos que decían que era enorme, pero no menos que Alec, su pelo negro alborotado, aunque no más oscuro que el de Alec. Era indescriptiblemente guapo, quizá no tanto como Alec. Amy se regañó por pensar esas cosas del que creía que iba a ser un demonio y resultaba que solo era un ser humano. Su Alec era mucho más temible. ¿«Su Alec»? ¡Debía de tener otra vez fiebre! Si no, era inconcebible que tan siquiera hubiera pensado de ese modo. Alec no era suyo, ni ella nada para él. ¿Ahora que estaban en Dunvegan y su misión de devolver a Robby estaba hecha, Alec desaparecería? Y ella, qué haría, ¿esa misma noche exponer sus exigencias por devolver a Robby? ¿Huir en mitad de la noche cuando el *laird* Leod se negara? Ahora que había conocido a Alec, sabía que no sería tan fácil, él la perseguiría y la humillaría sin duda. De nada serviría que hubiera traído a salvo a Robby, todos verían en ella una interesada y a Amy comenzaba a importarle de verdad lo que Alec pensara de su forma de actuar.

Alec observó a su hermano y sonrió. Caminaba como un toro, con la cabeza inclinada hacia delante y la mandíbula en tensión, dispuesto a hacer que toda aquella gente se fuera del patio de su castillo. Torquil se adelantó y Blake cogió las riendas de su caballo, entonces unas risas hicieron que a Blake, *laird* de los Leod y señor de la guerra, le tambalearan las piernas. Apartó las mantas y su hijo Robby se tiró a

sus brazos. Él lo mantuvo contra su pecho, el rostro escondido en su cuello mientras sus gestos pasaban de la incredulidad a la alegría. Cogió a Robby y de los hombros lo levantó sin el menor esfuerzo para verlo bien.

—¿Qué es este milagro, Alec? —pudo pronunciar al fin, al estrechar a su hijo contra él.

Alec miró a su hermano y después señaló a Amy con la cabeza, enseguida se entendieron, las explicaciones tendrían que esperar hasta estar solos.

—¡Papá, papá! Tienes que coger a mamá, se ha caído.

En mitad del jaleo y la sorpresa, nadie se había dado cuenta de que la madre de Robby, Mairi, había seguido a su esposo. Se había desmayado por la fuerte impresión. Alec dejó bajar a Amy, llegó hasta ella a la vez que Blake y entre los dos levantaron a la mujer.

—Dejadme, me encuentro bien, ¡mi niño, mi Robby!

Se abrazó a su hijo con fuerza, Amy sonrió al ver que el pequeñajo no ponía muchas pegas, como era habitual en él, porque lo abrazasen.

—¿Pero cómo, quién eres tú, muchacha? —susurró aún atónita Mairi, la madre de Rob.

—Mairi, es Amy, ella trajo de vuelta a Robby. No se perdió, fue raptado —susurró junto a su hermano y su esposa—. Más tarde os lo explicaré, no es el momento aquí y ahora.

Blake asintió, comprendiendo que, si su hijo había sido raptado, significaba que alguien quería algo de ellos, y que, tal vez, alguien los había traicionado.

—Ven conmigo, Amy, te llevaré a tus aposentos y preparamos un buen baño —ofreció agradecida Mairi Leod, sin soltar a su pequeño que ya empezaba a quejarse—. Llámame Mairi.

—Te estaría agradecida, Mairi.

Amy intentó seguir a la mujer, pero los gemelos, así como los hombres que los habían acompañado, formaban una férrea barrera, encerrada entre los muros de sus hombros no podía ver nada.

—¿Qué hacéis? Dejarme pasar.

Torquil se volvió con una sonrisa traviesa mientras Alec continuaba junto a ella sin pronunciar palabra. Al fin se dignó a mirarla, con el ceño fruncido y esa expresión de fastidio que siempre tenía dedicada solo para Amy cuando ella hacía algo que no debía.

—Amy, ponte el tartán de los Leod sobre los hombros —ordenó, ¡oh, sí! Porque Alec MacLeod no sabía qué era pedir algo por favor.

—Así sabrán que sois una Leod —dijo Eric.

—Que sois la prometida de Alec, a los Leod no nos gustan los extraños —apuntó Duncan.

Mairi abrió los ojos cuanto pudo, su esposo no fue menos. Miraron a Alec con idéntico asombro dibujado en sus rostros.

—¡Oh, no! N… no soy la prometida de Alec, es una mentirijilla que yo…

—¡Vamos, Amy! —volvió a ordenar Alec, poniendo sobre sus hombros el tartán de los Leod. ¿Por qué demonios había pasado todo el viaje cogiendo un tartán que no era suyo y ahora le costaba tanto ponérselo? Amy lo iba a volver loco con tanta pregunta, dándole vueltas a todo. No le gustaba nada cómo miraban a Amy los hombres de su hermano, ni siquiera como sus soldados más fieles guardaban celosamente a la muchacha.

—Es por cómo te miran —explicó Mairi, acudiendo en su ayuda.

—¿Q… quiénes?

Mairi sonrió.

—¿Sabes lo bella que eres, Amy?

Amy se sonrojó, Mairi Leod era muy amable, enseguida supo que la bondad bailaba en su corazón al ver cómo había abrazado a Robby, pero si pretendía halagarla…

—Amy es muy guapa, ¿verdad, mamá? Tío Alec no deja de mirar a Amy, así, y así, y no deja que monte con nadie más —gritó Robby—. Y durmió con ella.

Amy le tapó la boca a Robby ante la mirada de sus padres, que no dejaban de abrir y cerrar los ojos, de mirar a Alec con cientos de preguntas que hacer.

—Bueno, Robby, deja que llevemos a Amy hasta sus habitaciones y después podrás contárnoslo todo. Perdona a mi hijo, Amy, me parece que está demasiado excitado por volver a casa y dice todo aquello que pasa por su cabeza. Sígueme, por favor.

Llegaron a las amplias puertas de madera, abiertas, y Amy se giró alarmada en busca de Alec. Vio como él hablaba en susurros con su hermano Blake y echaban a andar hacia el exterior del castillo. No pudo evitar darse la vuelta y correr hacia él. Cogió su brazo y Alec se giró. Parecía muy enfadado, pero en cuanto vio que era ella su rostro se iluminó.

—¿Dónde vas, Alec?

—¿Creías que me marchaba?

—Solo quería asegurarme que después estarás aquí, después, ya sabes, para explicar a los padres de Robby qué ha sucedido.

Alec se separó de su hermano, tomó la mano de Amy y atrajo su cuerpo contra él. Con suavidad, acarició su cuello, hasta que su rostro se acercó con rapidez al de Amy y la besó, rozó sus labios como había deseado tantas veces durante el camino. Fue un beso exigente y voraz, con la pretensión de que todos vieran a quién pertenecía la extranjera. Hasta que rozó el interior de la boca de Amy, y su lengua cobró vida ante la timidez de ella. La besó, en toda la extensión de la palabra, lo que pretendía Alec que fuera una declaración de posesividad ante

todos los hombres, se convirtió en un hambre voraz de Amy cuando ella le correspondió. Los vítores de sus hombres lo alertaron de que había ido demasiado lejos, con Amy entre sus brazos, la cabeza inclinada en su antebrazo recibiendo su beso con total entrega. Se separó con delicadeza y colocó los cabellos de Amy tras las orejas, sin saber cómo abordar esa mirada verde del color de la hierba fresca.

—No voy a ninguna parte, Amy, con Mairi estarás segura.

Sin dar más explicaciones, fustigado por las chanzas que aún circulaban por el patio por parte del clan, marchó con su hermano sin mirar atrás.

—Ven, Amy —indicó Mairi, para guiarla de nuevo hacia las puertas —. Alec nunca entra en el castillo si no es para una reunión, podrás verlo en la fiesta de mañana, pretendo hacer una gran celebración por la vuelta de este pequeñajo.

Amy miró a Robby, no se había soltado en todo el tiempo de la mano de su madre.

—Alec, ¿n… no vive en el castillo?

Mairi se detuvo y se inclinó para hablar en voz baja.

—Volvió hace tan solo unos meses, estoy segura de que sabes de su fama, discutió con mi marido y se exilió. Se tratan con cordialidad, pero ambos son obstinados, Blake considera que lo desobedeció, y Alec que Blake pedía demasiado.

—¿Pedir demasiado?

—Alec no te lo ha contado. En fin…, por el bien de nuestros clanes, el rey Bruce ordenó que Alec se desposara con una muchacha de otro clan y él se negó. Desobedecer al rey puede traer muchos problemas.

—La familia de la muchacha debió sentirse t… terriblemente ofendida.

—En efecto, casi nos supone la ira del rey, por eso Alec se marchó, no quería que culparan a todos los Leod de su falta. Después de dos años, volvió, pero no es el mismo muchacho alegre que se fue, algo de él se quedó en Irlanda. Creo que, de una forma u otra, intentó ganar de nuevo la aprobación del rey probando su valía en combate y cometió atrocidades, como todos en la guerra.

—¿Y q… quién era la muchacha?

—Eso ahora no tiene importancia, Alec ni siquiera conocía a su prometida, ni nosotros. Al negarse Alec, ella nunca llegó a viajar hasta aquí. Sabes que así se conciertan los matrimonios, unas veces sale bien y otras… Y dime, Amy, ¿a qué clan perteneces?

Amy apretó los labios, le gustaba la forma de conducirse de Mairi, por fortuna, subían las escaleras de la torre y la madre de Robby no podía ver su rostro atormentado.

—Mamá, ya te lo he dicho, tío Alec dice que es suya, ahora es una Leod.

Mairi tironeó de la mano de Robby para hacerlo callar, tendría que hablar con ese niño del poder del silencio.

Amy suspiró cuando Mairi empezó a regañar a su hijo sobre su forma de expresarse, se había librado por esta vez, pero alguien volvería a preguntar y, entonces, tendría que confesar quién era.

Amy despertó al sentir los rayos de sol sobre el rostro, debía de ser tarde, para su sorpresa había dormido toda la noche y gran parte de la mañana. Levantó el brazo destapado de vendas, aún se veía el ungüento que Inai le había aplicado en la herida antes de acostarse. Cuando Mairi se sentó a su lado, la lástima se vio en su mirada, hasta que con esa inteligencia que la esposa de Blake Leod parecía tener, cogió su muñeca y ladeó la cabeza. Una expresión de angustia reflejó que se había dado cuenta de lo que nadie más había visto, ni Inai al curarla, ni Alec al ayudarla en el camino. La «L» marcada por su tío Lachlan.

Por fortuna, Mairi Leod no había dicho nada, solo ordenó a su doncella que ayudara a Amy a acostarse y al ama de llaves, Mildred, que dejaran que durmiera hasta recuperarse del viaje. Amy apenas tardó en dormirse, sintiendo la suavidad de las sábanas y el peso de las mantas sobre ella, limpia después de días, cobijada por el calor del fuego en la chimenea y la seguridad que le ofrecía que, en algún lugar ahí fuera, Alec guardaba su sueño.

CAPÍTULO IX

Neill vio alejarse a la joven Ruari, rodeada de los guerreros Leod, ella se giró en el último instante para mirar hacia el establo, como si hubiera querido despedirse de él. Sabía que Amy, como afirmaba llamarse ella, no había distinguido su escondite entre los árboles, no había querido desobedecer a Alec Leod, pero debía comprobar que la muchacha estaba a salvo. La dejó marchar con el ceño fruncido, los Leod eran hombres de honor, pero ¿quién protegería el honor de la muchacha?

Neill era un anciano ya, sentía el peso de todos sus inviernos en sus hombros, y la valentía que había demostrado esa joven llenó sus pulmones de aire, recordó sus tiempos como soldado del rey de Escocia, Robert Bruce. Sacó de entre los pliegues de su manto el broche con que ella le había pagado, el círculo con el lema de los Ruari, el clan de Cristina de las Islas, la única persona que había prestado su clan y su ayuda incondicional al rey Bruce. La guerra había terminado hacía ya años, después de mucho sufrimiento y muertes habían conseguido echar a los ingleses de tierras escocesas y la paz reinaba en Escocia, sin embargo, ni en tiempos de paz podía asegurarse la seguridad de nadie en aquellas agrestes tierras de Skye. Neill guardó el broche entre sus ropas y volvió a la costa donde su sobrino Alicai lo esperaba para regresar ambos a la cabaña donde vivían. Neill sonrió al oler desde lejos el guiso que su esposa preparaba, el aroma salía por la vieja chimenea de piedra y llegó hasta ellos traído por el viento. No eran ricos, criaban a su sobrino y, aun así, Neill era feliz, vendería el broche en el mercado y quizá pudieran comprar otra vaca que les mantendría hasta la siguiente primavera. La noche caería pronto y sus viejos huesos de marinero agradecían el calor del hogar.

Abrazó a su esposa nada más entrar y ella los recibió con una sonrisa, no hacía falta que le dijera que había estado preocupada por su tardanza al ver que estaba nerviosa.

Brenda, su mujer, sirvió a ambos un tazón de guiso y esperó a que Alicai se marchara en busca de la muchacha que lo traía de cabeza, no podía pasar un solo día o noche sin visitar a la joven de la cual estaba enamorado, sentía pena por ellos, no tendrían un hogar propio aunque desearan casarse, la guerra había arruinado muchas granjas.

En cuanto la puerta se cerró, Brenda se dirigió hacia su esposo.

—¿Dónde habéis estado, Neill? Hubo una tormenta ayer y pensé que volveríais antes.

—Encontré en Morar a una muchacha y a un niño. —Se acercó a su esposa como si alguien pudiera oírlos—. Era el hijo del *laird* Blake Leod, la chica lo llevaba de vuelta a su hogar.

Brenda se santiguó, la noticia del hijo muerto del *laird* había traspasado tierra y mar.

—No puede ser, Neill, ¿estás seguro?, ¿el niño no se ahogó?

—No, Brenda, me temo que alguien lo había secuestrado y esa muchacha lo llevaba con sus padres, ¡si hubieras visto su rostro! Tenía la cara llena de golpes y una herida en el brazo, caminaba como si alguien le hubiera propinado una buena paliza, y, aun así, protegía al niño.

Brenda sonrió a medias, su Neill era un hombre de gran bondad, estaba segura de que él no se había ido sin dejar a la muchacha en buenas manos.

—¿No será una de tus historias para decirme que no has traído ni una sola moneda? —bromeó al sentir que su esposo no acababa de contarle todo.

Neill sonrió y se llevó un trozo de pan a la boca. Amaba a su mujer tanto como a la brisa del mar.

—Llevé a la muchacha y al niño hasta Skye y después fui en busca de Blake Leod, había cruzado delante nuestro hacía apenas unas horas y la chica lo buscaba a él.

—Sabia decisión por parte de los dos —afirmó Brenda.

—Y ella me pagó con esto.

Neill sacó el broche de entre sus ropas y lo mostró a su esposa. Brenda lo cogió en sus manos y observó el delicado grabado bajo la luz de la única vela, sobre la mesa.

—Es muy valioso. Es del clan de los Ruari, ¿qué hacía la muchacha con él? Es el broche de un *laird*.

Neill asintió.

—Creo, Brenda, que era Amy Ruari, la hija de Cristina de las Islas, y este broche era de su madre.

—Con él podríamos comprar otra vaca, o, incluso, dos si lo vendiéramos en el mercado.

—Eso es justo lo que había pensado…

Brenda conocía a su esposo, miraba hacia la luz oscilante con el ceño fruncido.

—¿Crees que la muchacha está en peligro, Neill?

—Creo que su madre no sabe en el lío que está metida, los Kinnon llegaron después de que Amy se fuera con los Leod. No me gusta ese Eoghan MacKinnon, es un hombre cruel y mezquino, es *laird* hace

poco, pero me temo que no heredó de su padre el sentido de la justicia. Después de ver que Amy ya no estaba allí, se dirigió al norte, a tierras Leod.

Brenda suspiró decepcionada, ¡cuántas cosas habría podido pagar ese broche! En su cabeza ya se veía comiendo un gran estofado de jabalí y comprando tela para uno o dos vestidos.

—Brenda, creo que tengo que llevar este broche a Cristina de las Islas y contar a esa mujer que su hija está en peligro.

—Entonces mañana parte, esposo, Alicai puede manejarse solo con la barcaza, es lo que debes hacer, no podrías vivir un solo día más con tu conciencia manchada, ¿pero dónde crees que estará esa mujer, Neill?

—Donde esté el rey Bruce, estará ella.

CAPÍTULO X

Mairi había dejado que Robby durmiera entre Blake y ella, al llegar la mañana seguía abrazada a su pequeño, tan cerca de darlo por muerto, aquel era el mejor regalo que jamás nadie le había dado, y la culpable era Amy. Por eso no había podido decirle a su esposo que la muchacha llevaba marcada en el brazo una perfecta «L». ¿Quién había podido cometer tal atrocidad? Marcar la piel de una muchacha para siempre. Algo rondaba la cabeza de Mairi, una pregunta que solo Amy podía contestar, ¿por qué una vez que encontró a Alec no dejó con él a Robby y Amy volvió a su hogar? No encajaba, y fuera cual fuera la razón por la cual Amy estaba en Dunvegan, tenía que descubrirlo.

Y luego estaba esa MacKinnon, Inai, la sanadora, que miraba a Amy de una forma extraña. Mientras curaba a la salvadora de su hijo, Mairi había apreciado sus miradas esquivas hacia Amy, de verdad que no parecía que sintiera el menor atisbo de cariño por ella. Y luego estaba su hijo Eric, que parecía seguir a Inai sin pudor alguno y la curandera lo manejaba a su antojo.

—Deja de darle vueltas a cualquier cosa que tengas en mente, Mairi.

Blake estaba observándola y, como siempre, sabía cuándo estaba preocupada. Él se giró para mirar a su hijo, como si todavía se sorprendiera de que no hubiera sido un sueño y su hijo Robby estuviera de nuevo en casa.

Mairi vio como su pequeño buscaba el calor de su marido entre sueños.

—Blake, yo tampoco creí nunca que estuviera muerto.

—Esa muchacha, Amy, tengo que hablar con ella, saber quién raptó a mi hijo y por qué. He tenido consideración con ella, he dejado que se limpie después del viaje y descanse, pero ha llegado el momento de que hable.

—Cuando despierte, Blake, no debes olvidar que, diga lo que diga, Amy lo ha salvado.

—No me atrevería a obligar a la muchacha a hablar. No creo que Alec me lo permitiera, ¿has visto cómo la mira? La besó delante de todos, hace a Amy vestir nuestros colores y la protege como un lobo en celo. ¿No te parecería curioso que hace dos años se marchase para no verse obligado a un matrimonio y ahora ha caído presa de esa

chica?

Mairi sonrió y acarició el pelo negro de su esposo, a veces era todopoderoso, fuerte, inalterable, pero en cuestión de sentimientos distaba mucho de ser perspicaz.

—Blake, si el corazón de Alec ha elegido a esa muchacha, es porque ha conocido su forma de ser, te dije que yo jamás hubiera consentido que arreglaran para mí un matrimonio sin amor.

Su esposo guiñó un ojo de forma traviesa.

—Ya, pero es que tú estabas enamorada de mí desde que no levantabas dos palmos de altura. Incluso te enfrentaste a tu hermano por un Leod.

Mairi resopló y, sin ningún remordimiento, tiró la almohada a su marido, sabiendo que él le respondería y al final acabarían despertando a Robby y a todo el castillo. ¡Cielos! Cómo amaba a su esposo. Y como lo quería con locura, y sabía de la cabezonería de los Leod, Mairi decidió callar sus sospechas sobre Amy, porque anhelaba, igual que todo el castillo, la felicidad de Alec al que consideraba tan hijo como los suyos propios. Cuando una Donald se proponía descubrir la verdad, nada se interponía en su camino.

—¡Por fin! —exclamó Mairi entrando en los aposentos de Amy—. En cuanto Mildred me dijo que habías despertado, subí a la carrera.

—Lo siento, debía de estar agotada, es casi mediodía.

Amy dejó la bandeja que el ama de llaves de los Leod había subido, apenas había probado bocado, estaba nerviosa, preocupada por su misión. La bondad de Mairi Leod y su esposo no era lo que esperaba, ¿cómo demonios iba ahora a exigir algo a cambio de Robby?

—No te preocupes, es impaciencia, Blake te espera en cuanto estés preparada, quiere saber dónde encontraste a Robby, quién os hizo daño.

Suspiró tomando valor, era la hora de afrontar al *laird* Leod, solo esperaba que Alec no la hubiera abandonado.

Mairi había llevado con ella un precioso vestido amarillo que debía de ser suyo, le quedaba un poco largo a Amy, pero se ajustaba a la cintura a la perfección, sin embargo, el escote cuadrado se llenaba más de lo debido. No era demasiado inapropiado, así que, comparado con el trapo marrón que había llevado hasta ahora, era un maravilloso traje. Después de estar durante semanas escondiéndose tras las esquinas, alborotando su pelo y manchando su rostro para no llamar la atención de los secuaces de su tío Lachlan, Amy se tomó su tiempo para peinarse con sencillez, dejando su pelo suelto caer por la espalda. Miró el tartán de los Leod sobre la cama y decidió dejarlo allí. Durante la mañana había esquivado a Blake Leod. Alec ni siquiera había aparecido para preguntar por ella, así que era una vana venganza dejar allí el manto de los Leod, que Alec tanto insistía en que se

pusiera.

Salió al corredor, iluminado por velas y la luz que aún entraba por los ventanales, abajo se oía la algarabía propia de una fiesta. Mairi hacía rato que había bajado para preparar la celebración por el regreso de Robby sin más preguntas, así Amy tuvo tiempo de pensar con calma qué le diría al *laird* de los Leod, sin titubear, se prometió, no podía dejar que su tartamudez se apoderara de ella. La puerta del final del corredor parecía la del jefe Leod, en vez de bajar, Amy se acercó con sigilo. Parecía no haber nadie ya en la torre. Ni siquiera habían puesto guardianes en su puerta, pero, claro, ellos pensaban que no era una amenaza, había devuelto al menor de la familia a su hogar, lo que ninguno sospechaba era que sobre Amy caía un enorme peso. Al llegar a la puerta entreabierta, retrocedió un tanto, a través de la abertura vio a los pies de la cama el baúl del que Robby siempre hablaba. Donde tendría que estar la bandera, la reliquia más preciada del clan. Amy se apoyó contra el muro, ¿cómo podía hacer aquello?, ¿cómo robar a esa amable gente, a los padres de Robby, a Alec y su clan? No le quedaba más remedio si ellos se negaban a ayudarles, Ruadi dependía de ella, y si los Leod no liberaban a Ruadi, tendría que encontrar algo con que negociar. Apretó los puños, sin pensar fue a empujar la puerta de pesada madera con decisión.

—No es por ahí, *caileagh*.

Sintió el salto que dio el corazón en su pecho, sin saber cómo, Alec estaba apenas a dos pasos de ella.

—L… lo siento, me he perdido.

Alec no mostró sospecha alguna en su rostro cuando buscó su mano, con esa mala costumbre que él tenía, la atrajo hasta él. Amy casi chocó con su pecho. Gotas de humedad salpicaban su camisa, parecía que acabara de darse un baño y su cabello estaba empapado. Su rostro estaba en parte oculto entre sombras, solo el brillo de sus pupilas era apreciable, Alec la llevó hasta el muro de enfrente, atrapando su cuerpo contra la piedra. Sin pensar, Amy le apartó el cabello de aquellos ojos peligrosos. Tan cerca, Alec inclinó su mirada hacia el escote de su vestido y negó con la cabeza. Parecía molesto, como siempre que estaba tan cerca de Amy, quizá el hecho de haberla besado creía que le daba derecho a Alec Leod de juzgar con qué vestía. A pesar de que Amy se sentía a la defensiva, sus manos se quedaron en el cuello de Alec, enlazados uno sobre todo, aunque ella tuviera que permanecer de puntillas para poder rodearlo.

Entonces Alec miró sus labios, su brazo se deslizó entre ambos, la mano de él rozó su estómago y sus pechos enviando una deliciosa sacudida al cuerpo de Amy. Sintió como todo su cuerpo se endurecía y contenía el aliento cuando Alec apretó con el pulgar sus labios en una suave caricia. Amy gimió al sentir su tacto, sus respiraciones se

acompasaron, el calor de la boca de uno sobre otro, hasta que Alec aprisionó sus labios.

Alec sabía desde el principio que era un error subir a buscar a Amy, pero ya había esperado demasiado, en las pocas horas que había permanecido alejado de ella, pensaba una y otra vez en su boca, sus ojos, la piel suave de su rostro, acariciar con el pulgar el hueco de su muñeca… ¡Qué le había hecho Amy! Siempre pensó que carecía de la capacidad de desear algo con tanta fuerza, por supuesto, había crecido rodeado de amor desde que Blake fue *laird* y se casó con Mairi, y, tal vez, al ver el amor que se profesaban el uno al otro, pensó siempre que eso no era para él. Cuando estaba con una mujer, la olvidaba al día siguiente, intentaba no herir sus sentimientos y era con ellas lo más delicado que su tosca vida militar le permitía. Amy era diferente a todas ellas, a todas las mujeres que había conocido, ese coraje suyo era increíble en una mujer.

Con sus labios sobre los de ella, sintió hervir la sangre, penetró con la lengua su boca, saboreó cada recoveco al sentirse correspondido. Los dulces sonidos de placer que emitía Amy lo volvían loco, era una entrega inocente y sensual hasta que ella se sostuvo sobre él y sintió sus pechos. Ese vestido no podía considerarse indecente ni lascivo, pero Alec sintió que sus redondeces podían escapar de la tela al aprisionarlos contra su pecho, abandonó sus labios con premura, dejando el aliento de Amy en el aire vacío entre los dos, solo para inclinarse ante sus pechos erguidos. Alec gimió al rozar con la lengua el nacimiento de su escote mientras con el pulgar buscaba el comienzo de la tela. A punto estaba Alec de caer en la lascivia más profunda por culpa del olor de Amy, del sabor de sus erguidos pechos, apretó su cintura mientras tentaba la tela para dejar mostrar el tesoro de sus senos.

—Alec —susurró Amy.

—¿Qué deseas, Amy?

—Sigue besándome, Alec.

Un instante de duda empañó el aire que ambos respiraban contra la boca del otro, sin ni siquiera separar sus labios para hablar.

Alec, tomando aliento, apoyó su frente contra la de ella al tratar de recordar que no podía hacer suya a Amy en un corredor de Dunvegan. Amy merecía mucho más, también a alguien más noble y caballero que él, pero Alec no podía alejarse de ella, ¡por todos los cielos que lo había intentado sin resultado! ¡Incluso la había besado delante de todos los Leod para que supieran que le pertenecía, celoso como un animal de las atenciones que pudieran dedicarle otros hombres a Amy!

—Espera un momento.

Alec desapareció, dejó a Amy en la oscuridad del pasillo, atónita porque otra vez la dejara plantada tras ser besada. Entró en la

habitación de Amy y, cuando salió, comprendió entonces qué era tan importante para que Alec desapareciese, llevaba en las manos el manto de los Leod. Con destreza, sin mirar a sus ojos, se lo puso cruzando el pecho, lo sujetó con el broche y asintió complacido al ver a Amy con el escote completamente tapado.

—¿Estás ya contento?

—En efecto.

—¿Por qué, Alec?

—Llevas mis colores, el manto de los Leod.

—No soy una Leod —replicó Amy con tristeza, momentos antes estaba a punto de entrar en la habitación del hermano de Alec para robar su reliquia. Por fortuna, Alec había aparecido, porque no tenía un plan de huida, ni sabía todavía cómo volver a Tioram.

Alec tendió su mano hacia Amy, en su mirada vio que estaba tan perdido como ella ante las emociones que despertaban el uno en el otro.

—P… pensé que no volvería a verte, Alec, Mairi me dijo que nunca entras en el castillo.

—Ahora tengo razones para hacerlo, no te dejaré sola, Amy. Mi hermano quiere respuestas y no estará satisfecho hasta que respondas a sus preguntas. ¿Quieres que esté a tu lado?

Amy sintió el calor de su mano, tan grande que cobijaba la suya por completo. Claro que quería que estuviera a su lado, se había sentido tan sola cuando pensó que no volvería a verlo, lo había echado de menos en esas breves horas sin él que le costaba respirar.

—Quiero que estés a mi lado, Alec —pidió al fin Amy. No tenía sentido mentir, quería pasar cada segundo junto a Alec antes de que él se diera cuenta de su oscuro corazón, antes de que a causa de sus intenciones dejara de mirarla como lo hacía en ese instante.

Alec pareció sentirse muy satisfecho con su contestación porque sonrió y, con una reverencia, indicó las escaleras por las que debían bajar. Solo una vez miró atrás Amy, pensando que no le quedaba tiempo, debía conseguir la salvación de su hermano.

El salón de Dunvegan no tenía nada que ver con el de su hogar. Las chimeneas estaban encendidas y alrededor se reunían los Leod, sentados en bancos de madera, puestos uno a continuación del otro, formando un cuadrado que presidían Mairi y Blake Leod, a un extremo se sentaban Eric y Torquil. Inai estaba franqueada a ambos lados por los dos gemelos que se ocupaban de llenar su copa. Se sentaron al otro lado, Amy se sintió encajada entre el *laird* Leod y Alec. Sirvieron cerveza, y Mildred, el ama de llaves, azuzó a los muchachos a que comenzaran a servir las bandejas: jabalí, pescado, frutas silvestres y tartas de aspecto delicioso.

Amy apenas probó bocado, Alec insistía en pegar la pierna a la suya

con una sonrisa maliciosa, porque, aunque no temía al *laird* Leod, prefería mantener su lugar lejos de él y acercarse a Alec.

Él se dio cuenta y se aproximó aún más a ella provocando su sonrojo, solo en ese instante reparó en ello y no le quedó más remedio que sonreír, Amy se había recolocado el tartán con maestría y mostraba el escote cuadrado del vestido, como era más del agrado de ella y no de él. Alec elevó los ojos al cielo, en verdad la muchacha era terca.

Amy no dejaba de mirar hacia el resto del clan, intentando descubrir quién sería el hombre de su tío, el espía que ayudó a secuestrar a Robby. Todos los rostros le eran desconocidos, ninguno parecía ocultar nada ni tener oscuras intenciones, pero, claro, ella jamás tuvo mucho instinto para encontrar la verdad, sino hubiera huido junto a Ruadi mucho antes de que Lachlan los atrapara.

Por petición de Mairi Leod, los bancos comenzaron a retirarse para el baile, las puertas del salón se abrieron al anochecer para que cuantos aldeanos quisieran celebrar con ellos la vuelta de Robby se unieran. Entraron pocos más, puesto que estaban invitados a la cena y ninguno quería perdérselo. En un extremo del salón, un joven comenzó a tocar un instrumento y Eric tendió con gentileza su mano a Inai para que bailara con él. Amy observó divertida como Torquil fruncía el ceño y buscaba su propia acompañante. Amy, sin querer, comenzó a golpear con el pie el suelo, siguiendo los acordes de la alegre danza cuando ante ella se reunieron unos cuantos jóvenes Leod.

—Señora, ¿bailaría conmigo? —se lanzaron a preguntar tras la mirada torva de Alec. A su lado, Mairi y Blake observaban divertidos lo que estaba a punto de suceder.

—Te dije que Amy causaría revuelo, es muy bonita —susurró Mairi a su esposo.

—Calla, Mairi, no quiero perderme la expresión de Alec. Él jamás baila, bueno, en realidad, desde su vuelta nunca había celebrado nada en el castillo. Y lo cierto es que parece que ha abandonado ese semblante severo que siempre lleva de un lado a otro.

Amy se giró hacia Alec en cuanto recibió la petición de algunos Leod, sin embargo, él se mostraba distante, hablaba con Duncan en voz baja, como si ella no existiera. No sabía si era correcto bailar con alguno de esos jóvenes cuando Alec pareció percatarse de que tomaba la mano de uno de ellos y levantarse. Entonces Alec, de un solo movimiento rápido, interpuso su brazo entre el muchacho y Amy.

—No, chico, es mi dama, solo bailará conmigo esta noche. ¿No habéis visto que lleva mi manto y mi broche?

Se dirigió a todos los jóvenes que revoloteaban en torno a Amy, todos se apartaron al instante, Alec despertaba un miedo irracional en el resto de los Leod.

—¿Y qué significa eso, Alec? —Blake elevó su voz entre la música y las risas del baile, lo que provocó que se hiciera el silencio en el salón.

Una mirada torva se instaló entre los hermanos por un instante, Amy tomó con disimulo la mano de Alec para intentar tranquilizar los ánimos, quizá él no entendía que, en realidad, aceptó bailar con el muchacho para que no la tomaran por una desagradecida.

—Que Amy es mi responsabilidad y cuido de ella.

—¿Por qué tienes que cuidar de mí?, s… sé hacerlo sola.

Alec se percató del titubeo de Amy al hablar, siempre que estaba nerviosa comenzaba a tartamudear y él no quería ser la causa, por todos los cielos. Miró la mano de Amy sobre su brazo, ella ni siquiera se había percatado de ese gesto que se había vuelto tan usual entre ellos.

—Sé que sí, Amy, pero en estos instantes prefiero ser yo quien te saque a bailar.

Amy sonrió de manera abierta, Alec podía parecer huraño y tosco, pero su corazón era leal, bondadoso y firme. ¡Pobre la mujer que no consiguió casarse con él! Hubiera sido inmensamente feliz con Alec Leod. Él apenas dio tiempo a que ordenara sus pensamientos, tomó su mano y caminaron entre los que ya bailaban. A su paso, las miradas de incredulidad perseguían a Alec Leod. Él parecía disfrutar con la expectación que había creado y se situó en el centro del salón. Acercó a Amy, pidiendo su permiso con la mirada, cogió su cintura con una mano, e hizo que Amy girase como no hacía desde niña entre sus poderosos brazos. De sus labios se escapó una carcajada ante la intensa mirada de Alec.

Hacía demasiado tiempo que Amy no disfrutaba de un baile, de una sonrisa y música, en los últimos tiempos las luchas internas de los Ruari se habían llevado la alegría y la prosperidad de su clan. Agradecida, sonrió a Alec, el único culpable de toda aquella felicidad.

Al muchacho que tocaba en una esquina, se unió otro y comenzaron a sonar los acordes de un *reel* escocés, Amy se sentía incapaz de continuar bailando muy a pesar de lo feliz que se sentía con Alec atrapando su cintura. Alec pareció darse cuenta de su cansancio y sus pronunciadas ojeras, a pesar de haber dormido hasta el mediodía estaba agotada. Con una reverencia, prestando su brazo para que Amy se apoyara, hizo que fuera a un extremo del salón. Pronto otros jóvenes volvieron a intentar acercarse y Alec, a su paso, apartó a todos con brusquedad.

¡Demonios! ¿Es que no se daban cuenta de lo cansada que estaba Amy? La culpa de todo la tenía ella y solo ella, aun con pronunciadas ojeras y el rostro asolado por la debilidad de su viaje cargando con Robby, estaba hermosa, realmente preciosa. Desde que la encontró en el corredor de la torre necesitaba seguir besando sus labios, sentir bajo

sus manos la piel tersa de Amy. Nunca había tenido la necesidad de que alguien le perteneciera de la forma en que ansiaba que Amy solo lo mirase a él. Sintió un deseo primitivo de coger a Amy y cargarla sobre el hombro, alejarla de las miradas lascivas de los hombres, de la vigilancia a la cual le sometían su cuñada y su hermano. Perderse en el hueco de su cuello y lamer cada centímetro de su piel desnuda. ¡Y, maldita sea, proclamar que era suya!

Alec se mostraba tremendamente posesivo con ella y al final llegaría a los puños con esos chicos. Amy intentó no perder la calma, Alec era demasiado noble, hasta ahora mantenía alejados a otros hombres, la bebida los volvía más atrevidos y no veían nada malo en pedir un baile. Lo cierto es que era bastante inocente, Amy se planteó bailar con alguno de ellos y que se acabaran las discusiones a causa suya.

Inai y Eric se apartaron del círculo de baile, jadeando a causa de la exigente danza, entre risas y bromas.

—¡Menudo revuelo estás causando! —Inai se acercó a ella con una sonrisa—. Te lo dije, eres muy hermosa y Alec no ha dejado todavía claro sus intenciones contigo.

—N… no tiene ninguna intención conmigo, a su manera intenta protegerme.

Inai soltó una risita que puso nerviosa a Amy. Quería dejar claro a su amiga que ella no había hecho nada para provocar aquel desencuentro cuando uno de los hombres Leod aprovechó que Alec estaba distraído con su sobrino Eric.

—Amy, ¿bailarías con este pobre soldado?

Amy sonrió al ver que se trataba de Duncan, con toda seguridad, Alec no pondría objeción ninguna a que bailara con su amigo. Tomó su mano y él la condujo hasta el centro del círculo, en cuanto el resto de los Leod que bailaban vieron que eran ella y Duncan, palmearon llegado su turno.

Alec se giró a tiempo de ver el amarillo ruedo del vestido de Amy, desapareciendo entre la gente. Rechinó los dientes, aunque su acompañante fuera Duncan, un regusto amargo se instaló en su boca. Celos, eran celos, poderosos y ardientes. Entonces Amy sonrió a Duncan, tenía una sonrisa deliciosa, aunque no estuviera dedicada a él. Alec disfrutó al ver a Amy feliz, dudaba mucho que quien le pegaba, hubiera permitido a Amy ir a bailes o fiestas.

—Es muy hermosa, Alec.

Alec frunció el ceño, Inai comentó aquello poniéndose de puntillas para susurrar en su cuello. Demasiado cerca para su gusto. No pretendía mantener una conversación con Inai, habían tenido su momento, breves encuentros en que ninguno ganaba o perdía demasiado. Inai no tenía un gramo de bondad en su cuerpo, no amaba

las cosas simples, sus ojos no se humedecían al ver un hermoso paisaje. No sentía miedo cuando él se alejaba, no por su seguridad, sino por no volver a verlo más. Sin desearlo, Alec comparaba a Amy con el resto de las mujeres, con pesar, comprobó que no había conocido antes a nadie como ella.

—¿Crees que aguantará mucho tu frialdad?

Alec se giró hacia Inai. Así que se trataba de eso.

—Hubo un tiempo en que no te quejabas, Inai. Olvídalo, eras tan fría como yo. El hielo solo trae hielo.

Inai se carcajeó.

—¿Ahora eres un bardo, Alec? Ella no tardará en darse cuenta de que te cansarás, que no hay nada en tu corazón, solo sabes luchar, en cuanto vea cómo eres en realidad, huirá, si no lo haces antes tú.

Alec hizo una mueca de desagrado, Inai, en otro tiempo, le había parecido una mujer hermosa, sus ojos azules ahora lo miraban con odio.

—Inai, aléjate de Eric, es solo un muchacho. No sé qué pretendes, pero no le hagas daño

Inai se marchó ofendida, Alec no debía haber dicho nada, como si se tratara de un desafío, tomó el brazo de su sobrino y volvió a perderse entre las parejas que bailaban.

Un loco pensamiento sacudió a Alec. ¿Inai? ¿Podía ser una traidora? Negó con la cabeza, ni siquiera un desengaño amoroso podía crear tanto mal. Sin darse cuenta, había estado persiguiendo a Amy con la mirada y, una vez que la música cesó, fue en su busca, antes de que otro hombre osara sacar a Amy a bailar. Con pesar, vio que Mairi también iba en busca de Amy.

El *laird* se interpuso entre ellas y Alec.

—El baile ha terminado —Blake alzó la voz de tal forma que la gente comenzó a dispersarse sin réplica alguna—. Vamos, Amy, es hora de que hablemos.

—Estaré presente —afirmó Alec, sin dejar lugar a dudas, poco tenía que decir Blake, no dejaría a Amy sola.

Amy asintió y siguió al *laird* a una pequeña habitación separada del salón, allí había una mesa y varias sillas. Sobre un mueble estaban los libros del castillo, papel y plumas, debía de ser su lugar para reunirse con el administrador y llevar las cuentas del castillo.

Indicó a Amy dónde sentarse mientras Alec se mantenía de pie. Entraron en la sala los tres, Amy menos decidida que el *laird* y Alec. Unos toques en la puerta hicieron que se volviera.

Amy miró a su alrededor sin comprender, pensaba que simplemente Blake y Alec le preguntarían dónde encontró a Robby, ella se negaría a decírselo y la dejarían en paz. Primero suplicaría por la vida de su hermano, estaba dispuesta incluso a exigir su liberación. Entonces

entraron dos hombres más con sendas capas cubriendo sus rostros y la puerta se cerró tras ellos. Nadie pareció sorprenderse por la presencia de las dos nuevas figuras oscuras. Amy los observó con reticencia, ¿por qué ocultaban sus rostros? Cuando el más alto, más incluso que los Leod, se retiró la capucha, Amy estuvo a punto de levantarse y salir corriendo. Era un hombre de cabellos rubios y ojos azules, muy atractivo, con tanto parecido a Mairi que Amy no dudó que estaba ante el *laird* de los Donald en persona, sin embargo, su expresión era feroz y su mirada estaba dirigida a ella.

—¿Eres Amy? ¿La mujer que ha salvado a mi sobrino? Soy Eric Donald, este es el comandante de mis tropas, Magnus.

—Lo soy *laird* Donald —afirmó Amy con coraje.

En esos momentos, estaba en una habitación con los cuatro hombres con peor fama de las Highlands. Iba a morir sin duda, ya fuera por la impresión o por traidora. Alec era el comandante de los Leod, Eric Donald traía al comandante de sus ejércitos, entonces Amy empezó a comprender que esto ya no se trataba de ella, de salvar a su hermano, sino de una guerra de verdad.

—Entonces confiesa —exigió Eric Donald—. ¿Quién secuestró a mi sobrino?

—No puedes hablarle así. Eric, mantendrás con ella la calma o te echaré de Dunvegan.

Alec se interpuso entre los hombres y ella, Amy se levantó de la silla y se puso a su lado, dando todo su apoyo a Alec.

—¿Es algo tuyo, Alec Leod? —preguntó el gigante de cabellos rubios.

—Eric, la chica ahora es de los nuestros —afirmó Blake.

El gigante miró a unos y a otros con la ceja arqueada.

—¿Pero quién demonios es esta chica?

Ante la pregunta de Eric Donald, ni Blake ni Leod tuvieron respuesta, se limitaron a encoger los hombros al unísono. Con una mano, Blake instó a Amy a hablar. Entonces Amy comprendió que debía ser sincera respecto a quién era, no tenía derecho a seguir mintiendo a aquellos hombres que tan solo querían protegerla diciendo que era uno de los suyos.

—Dejadla hablar, sin interrupciones —ordenó Alec. Invitó a Amy a sentarse frente a todos y permaneció a su lado, rozando de pie su pierna contra el hombro de ella.

Amy se sintió apoyada por él, había ensayado una y otra vez qué iba a decir y todo se había borrado de su mente. Si decía la verdad, si pedía su favor a cambio de la liberación de su hermano, ¿qué pensarían de ella? Tampoco quería mentir a los *lairds* más poderosos del norte y negar que con sus palabras iba a provocar la guerra que prometió a Robby que no desataría.

—N… no importa quién soy, solo que me vi obligada a salvar a Robby. No soy tan valiente ni decidida como vosotros pensáis, si queréis que me marche, lo haré esta misma noche, pero, *laird* Leod, tengo que pediros algo, la vida de mi hermano depende de ello. Es mi silencio lo que le mantiene vivo hasta ahora. ¿Creéis todos que no sé por qué os habéis reunido todos con vuestros comandantes? Vais a declarar la guerra y no os daré los nombres hasta que me aseguréis que vais a salvar a mi hermano. Está preso por los mismos hombres que capturaron a Robby, quieren acabar con los Leod, pretendían sacaros de vuestras tierras, tenderos una trampa cuando fuerais en busca de vuestro hijo, *laird* Leod.

—¿Y por qué no exigieron un rescate? —preguntó Blake Leod.

—Cometieron un error al no dejar una nota o enviar a un mensajero enseguida, cuando se dieron cuenta, habían esperado demasiado y la noticia de que Robby estaba muerto corrió por toda Escocia. Y, Alec, ellos quieren vengarse como sea de ti.

Alec rozó su barbilla para que lo mirase, a él, y no al resto de guerreros.

—Amy, tengo una larga lista de enemigos, no sé cuántos de ellos se disputan mi cabeza. Venganza, eso es lo que exige el secuestro de un Leod, soy su guardián, él, su padre, Eric Donald, su tío. Podemos pasarnos la vida guerreando entre nosotros, pero, jamás, nadie hace daño a quien estamos destinados a proteger. ¿Está tu hermano involucrado en el secuestro de Robby? Si no es así, tienes mi palabra, Amy, intentaré salvar a tu hermano, pero tienes que decirnos quién es el malnacido que secuestra niños y te dio esa paliza.

Amy creyó cada una de las palabras que Alec había pronunciado, la sinceridad de su rostro, la tensión de la mandíbula, su cicatriz pulsaba sobre su ojo, estaba furioso, no con ella, sino con quien había dañado a Robby buscando su muerte y la de todos los Leod.

—Y ahora tú, Amy —Blake se acercó a ella y la miró desde su imponente altura—, eres de nuestro clan al salvar al chico. Habla con libertad.

Amy se interrumpió un momento al ver que en una situación tan seria, Blake Leod sonreía cuando Alec se puso tras ella y apretó sus hombros en señal de aliento, al instante recuperó la compostura y cogió ambos brazos de la silla.

—Tendrás que hablar, Amy, darnos el nombre de quien hizo esto, tenemos traidores entre nosotros, no es un juego, muchacha —volvió a azuzarla Eric Donald.

A pesar de que los *lairds* debían estar indignados, aguardaron a su explicación completa sin interrupciones.

—Sé que no es un juego, *laird*, es la vida de mi hermano, lo tienen en sus manos. Si os lo contara, el traidor que habita entre vosotros le

llevará la noticia a su carcelero y no tendrá piedad. Si encontráis quién es, no tendré problema en deciros quién secuestró a Robby.

—¿Fue él quien te hizo eso? ¿El hombre que tiene a tu hermano? —preguntó Alec entre dientes, intentaba controlar la furia y, muy a su pesar, Amy la sentía latir en cada palabra que salía de su boca.

Blake Leod se agachó ante ella, intentando ocultar su ira.

—Dinos los nombres, Amy, vamos a ir a la guerra, estamos obligados a ello, nadie rapta a mi hijo, intenta matarlo y queda impune. Sean quienes sean esos bastardos, se lo haremos pagar, no importan las alianzas ni la protección del rey siquiera, llevaré a mis ejércitos a las puertas de donde sea, hasta el infierno si hace falta.

Amy intentó levantarse y Alec se lo impidió. Amy habló tan alto y claro como pudo.

—Os suplico, con la vergüenza que me supone, que primero liberéis a mi hermano, en cuanto vean a vuestros ejércitos acercarse, lo matarán. Me debéis un favor, traje a Robby con vos.

Alec se inclinó hacia ella.

—Amy, si podemos, salvaremos a tu hermano, pero lo que Blake quiere decir es que partiremos a la guerra con o sin tus condiciones. Nadie puede asegurar que tu hermano no morirá en la contienda.

Amy se mordió el labio con fuerza.

—Entonces jamás os diré quién soy y quién retuvo a Robby. Primero, encontrar al traidor.

Blake Leod soltó tal improperio que Amy sintió deseos de taparse los oídos, todos empezaron a hablar en aquella sala a la vez, a gritos.

—¡Haz que hable, Alec! ¡Por todos los cielos! La venganza es la venganza y quien caiga por ella no importa —gritó Eric Donald desesperado al ver que Amy no confesaba.

Amy se quedaba sin opciones, la verdad se abría paso en su mente, los *lairds* arrasarían Tioram sin importar si su hermano vivía o moría, de nada serviría suplicar por su hermano, en cuanto dijera los nombres, caerían sin piedad sobre su clan. En el momento que Amy se incorporó para salir de aquella sala, con la mayor dignidad posible, Duncan, el amigo de Alec, entró en la sala sin pedir permiso.

—¡Blake! ¡Son los establos, están en llamas!

Amy vio como la sala se vació, Alec la miró un instante antes de seguir a los demás como si quisiera decir algo, su boca se abrió y cerró sin emitir un solo sonido. Solo Duncan y ella quedaron solos en la sala tras la abrupta partida de los demás. Duncan tomó su mano con dulzura, como si tuviera más confianza en ella de lo que Amy creía. Lo cierto es que, durante el viaje a Dunvegan, se había encariñado con él. El rostro de Duncan era de comprensión, y sus afables ojos animaron a Amy.

—¿Les has dicho los nombres, Amy?

Amy miró al amigo de Alec y negó con la cabeza.

—Siento que he decepcionado a Alec, pero no puedo decírselo mientras mi hermano siga en peligro.

—Te entiendo, Amy, tal vez ha sido la providencia quien ha prendido fuego a los establos, al menos te dará un tiempo. Pueden ser amenazadores, pero son hombres buenos y leales.

Asintió ante Duncan, parecía ser que era el único que acertaba a comprender el dilema en el cual se encontraba Amy. Duncan soltó su mano y marchó corriendo tras los demás. Él tenía razón, era una tregua temporal, pronto los Leod volverían a cargar contra ella.

CAPÍTULO XI

Amy corrió al exterior, el incendio se había extendido hasta las cocinas y los Leod cargaban baldes de un lado para otro. Mairi Leod organizaba una cadena que se pasaban los cubos llenos de agua de uno a otro desde el pozo, mientras Alec, Blake y otros hombres intentaban apartar carros, sacos, todo cuanto pudiera prenderse en llamas y extender aún más el fuego. Amy se dirigió hacia ellos, el humo se elevaba con rapidez sobre sus cabezas, el viento lo atrapaba y se elevaba sobre el patio, los rostros aliviados empezaban a mostrar que los Leod estaban venciendo a las llamas. Se dispuso a ayudar, con las mangas del vestido arremangadas hasta el codo, muy cerca de donde estaba Alec, tan cerca del fuego que por un instante Mairi lo observó preocupada al mismo tiempo que pasaba con dificultad cada cubo lleno a la derecha, donde otra mujer lo pasaba a otra y esta a su vez a un hombre, así hasta echarlo sobre las llamas. Amy entonces se fijó en una figura justo de frente a ella, Inai permanecía entre las sombras del muro, observando a todos sin participar, sus ojos fijos en las llamas, y Amy pensó que la curandera debía de temer mucho al fuego para no ayudar a los Leod.

Alec notaba el sudor cayendo por su rostro, su camisa estaba empapada, los hombres más fuertes habían formado una cadena de agua sobre los carros, para intentar llegar a la techumbre del establo y apagar de una vez por todas aquel fuego. Blake y él se miraron, había sido intencionado, alguien había echado aceite y brea sobre la paja que recubría los establos, el olor al quemarse era inconfundible. ¿Pero por qué? Quien lo hubiera hecho sabría que serían capaces de apagarlo no sin esfuerzo, pero al final sofocarían el peligro. Alec vio como poco a poco las llamas se reducían, Blake y Eric Donald, junto a los hombres que se habían situado sobre la plataforma, comenzaron a echar sal y arena para ayudar a que las llamas se extinguieran.

Alec sintió como su cicatriz pulsaba, ¿sería a causa del esfuerzo? Otras veces, aquella sensación que recorría su cuello lo había salvado, una intuición, o, tal vez, la premonición de que aquel fuego premeditado tenía una razón de ser, distraerlos, ¿pero de qué? Se incorporó dejando a Blake a cargo y de pie sobre el carro observó, la noche era de luna, el viento por fortuna se llevaba el humo. Alec dirigió su mirada hacia arriba. Los guardias de las almenas habían

abandonado sus puestos para ayudar abajo en el patio, entonces lo vio, una sombra junto al muro de la torre, agazapada entre las almenas interiores, podía ser uno de los suyos. Las nubes se movieron a causa del viento y la luna iluminó el adarve, una punta de flecha brilló a causa de la luz. Alec buscó en el patio. Amy estaba en el mismo centro, en ese momento cargaba un cubo de agua. Siguió con la mirada la trayectoria que describiría la flecha antes de que se soltara de la cuerda del arco. Alec no se lo pensó, saltó del carro a riesgo de romperse la crisma y corrió. Escuchó el sonido de la flecha silbar, cosa imposible debido al alboroto y los latidos apresurados de su corazón. Cayó sobre Amy, arrastrando su cuerpo contra el suelo, golpeándose ambos con las piedras del suelo. A su alrededor, los Leod se apartaron asustados dejando espacio. Alec enseguida cubrió el cuerpo de Amy por entero, atrapada entre el suelo y él.

—¡Ha sido una flecha! ¡Han disparado desde allí! —gritó Alec para advertir al resto y que el arquero no siguiera disparando sobre ellos.

Escuchó carreras alrededor suyo, Blake gritaba órdenes para atrapar al traidor que había disparado la flecha. Alec se inclinó y apartó el pelo del rostro de Amy. Por su expresión, estaba dolorida por la embestida, el peso de Alec había caído sobre ella sin compasión y no era precisamente liviano.

—Amy, ¿estás bien?

Amy aprovechó el hueco que había dejado Alec al incorporarse un poco y se giró, asintió aún confundida. Levantó la mano hacia el cuello de Alec para tranquilizarlo, cuando vio su mano llena de sangre.

—¡Amy! —gritó Alec buscando el origen de su herida entre sus ropas. Llevado por el pánico, palpaba la cabeza, el cuerpo de Amy sin resuello.

Amy cogió su rostro para que Alec se detuviese.

—No soy yo, Alec, eres tú, ¡cielo santo, estás sangrando!

Alec se apartó al instante, el movimiento hizo que la cabeza comenzara a darle vueltas, sus ojos se posaron en Amy como si fuera a desmayarse. Amy colocó su mano en el cuello, tapó como pudo la herida que no dejaba de sangrar, apenas parecía un roce, pero algo iba mal, no se podía perder tanta sangre en unos instantes.

—Amy, aparta, debes soltarlo para que podamos vendar la herida y llevarlo dentro.

No quería soltar, si soltaba a Alec, perdería más sangre, tal vez moriría en aquel patio. Blake la arrancó sin compasión del lado de Alec al ver que su hermano estaba a punto de desmayarse, y entre Eric Donald y él cargaron a Alec.

Alec se aferró al brazo de su hermano.

—Iba dirigida a Amy, era para ella… la flecha. Había alguien en la

torre. Amy está en peligro, el traidor…

Los hombres gritaron desde las almenas.

—¡No hemos encontrado a nadie, quien fuera ha escapado!

—¡Blake! Tráela, trae a Amy, está en peligro. No quiero a nadie conmigo, solo Amy. Llévala a mis habitaciones. Júrame, Blake…

—¡Cállate, hermano, por todos los cielos! Te juro que nada le pasará a la chica, la encerraré contigo el tiempo que haga falta.

—Que no se acerque nadie…, protégela con tu vida —le dijo a Blake—. Con tu vida.

—Con mi vida, hermano.

Alec vio en los ojos de su hermano mayor toda la angustia del mundo reflejada en ellos, Blake moriría antes de permitir que algo le sucediera a Amy. Alec soltó todo el aire que tenía en los pulmones, la cosa debía de estar muy mal para que Blake jurara. Dejó que la oscuridad se lo llevara.

Amy corrió tras los *lairds*, Eric y Blake sostenían sin problemas a Alec, lo llevaron escaleras arriba no sin esfuerzo, sus enormes cuerpos apenas cabían a la par por las estrechas escaleras. Blake abrió de una patada las habitaciones de Amy y echaron el cuerpo inconsciente de Alec sobre la cama. Enseguida se vio rodeado por Mairi y los *lairds*. Había mucha gente alrededor del lecho, Amy esquivó a los gemelos y se acercó. Alec estaba pálido y le costaba respirar.

—Mildred está subiendo —anunció Mairi.

Blake se inclinó hacia Alec, intentaba balbucear algo.

—Amy está aquí, no te preocupes. Llamad también a Inai, toda ayuda será poca —gritó Blake.

—No, ella no —ordenó Mairi muy seria—. Solo Alec, Amy y Mildred, el resto fuera. Yo me quedaré hasta que acabe Mildred. Solo nosotros estaremos cerca de Alec, no lo dejaremos a merced de nadie en este estado.

—Es lo que ha ordenado Alec —asintió Blake asumiendo las órdenes de su esposa—. Salid todos.

—¡Esperad! —gritó Mildred, la curandera, al entrar—. Quedaos los gemelos, Duncan y tú, necesito que lo sujetéis con fuerza, habrá que cauterizar, está perdiendo la vida con la sangre que mana de su cuello. Por fortuna, ha sido solo un roce, no creo que haya roto nada más.

Amy vio cómo se preparaban para sujetarlo, la tela, las mantas, estaban ya empapadas, la hemorragia parecía no detenerse. «Solo quemar la herida podía salvar a Alec». Mientras calentaban los hierros al fuego, Amy se preguntó por qué Alec habría sacrificado su vida por ella, si él no se hubiera interpuesto entre la flecha y ella, estaría muerta en esos instantes.

—Dime que no vas a desmayarte, Amy. —Uno de los gemelos, estaba a su lado, sujetando la pierna desnuda de Alec.

Amy negó con la cabeza, obvió el cuerpo casi desnudo de Alec, no era momento de virginales sonrojos. Pasó entre todos, Amy trepó a la cama, se colocó junto a su rostro y empezó a susurrar palabras dulces, a pesar de tener a Alec sujeto, se revolvió en cuanto el hierro tocó la piel de su cuello y la habitación se llenó del olor a carne quemada. Amy siguió susurrando como si Alec pudiera oírla. En un momento interminable, todo acabó. Mildred se retiró, los gemelos y Blake lo soltaron, Mairi suspiró exhausta. Duncan estaba junto a la puerta, guardando que nadie entrara, Mildred lo envió en busca de agua y sus ungüentos.

—Amy, querida, deberías dejar que descanse, Mildred y yo cuidaremos de él.

—No podría dormir, Mairi, id vosotras a descansar, no me moveré de aquí. Alec me ha salvado la vida. Por favor, confiad en mí.

Blake hizo que todos salieran excepto Mildred y su esposa, Amy los vio susurrar en la entrada hasta que Mairi asintió.

Mairi se acercó y acarició la mejilla de Alec, envuelta en sudor.

—Mildred, por favor, dile a Amy qué tiene que hacer en las próximas horas.

Amy agradeció con un asentimiento a Mairi que le permitiera quedarse junto a Alec.

—Vendré en un rato, Amy, por si necesitas descansar —susurró antes de que Blake se la llevara de allí.

Dejaron a Amy con Mildred, hasta en el pasillo podían oír la pesada respiración de Alec. En cuanto no pudieron verlos, Mairi agarró el brazo de su esposo.

—Blake, dime que Alec no va a morir.

—Debemos esperar, es una herida fea, pero Alec es fuerte, se recuperará. Ha ordenado que Amy no salga de sus habitaciones, Alec afirma que la flecha iba dirigida a ella.

—Para que no os diera los nombres de los traidores.

—Quien provocó el incendio pretendía distraernos y acabar con Amy. Esto es más serio de lo que pensábamos, están entre nosotros, Mairi. Debes andar con cuidado, vigila a los chicos, dejaré en la puerta de Alec a dos hombres de confianza. Y, por favor, Mairi, no salgas fuera de las murallas, si te pasara algo, sabes que no podría seguir viviendo.

—Entonces coge a quien vive entre nosotros y nos traiciona, Blake. Si Alec…

—No pasará nada, te lo prometo, Mairi.

Mairi suspiró, la llegada de Amy había traído de vuelta a Robby, pero también el caos y la guerra a Dunvegan. Miró a su esposo y dudó si contar a su esposo lo que ya sospechaba.

—¿Has visto cómo Alec ha protegido a Amy con su vida? Está

enamorado de ella, Blake.

—Lo sé, Mairi, lo sé —dijo su esposo, rodeándole con sus brazos los hombros y apartándola de la puerta de Alec—. Todo hubiera sido más fácil si los dos se hubieran conocido antes.

CAPÍTULO XII

La noche se convirtió en amanecer y llegó la fiebre, Alec no había despertado desde el momento en que habían sellado su herida y Amy lo observaba en silencio. En los aposentos solo escuchaba la pesada respiración de Alec y el crepitar de las llamas en la chimenea. Cansada de la misma postura en la silla, Amy se levantó y comenzó a recorrer la habitación. El incendio, a raíz de que casi intentan matarla, tenía que haber sido provocado, debía de haber sido el traidor, un hombre de Lachlan. Por otra parte, habían fallado, nada aseguraba que no lo intentaran de nuevo, Amy miró con aprensión el vino que había en la jarra y las frutas que habían llevado hacía unas horas. No las tocaría, no comería, no iría sola a ninguna parte, y Lachlan habría ganado, porque, aunque no estuviera muerta, estaría encerrada, estaría al borde de la locura.

Se giró al escuchar unos débiles chasquidos, se aproximó al lecho. Alec seguía dormido. Largas gotas de sudor caían de su cabello, por su frente y el cuello, y, sin embargo, sus dientes castañeaban de forma inconsciente. Amy se mordió el labio, Alec estaba así por culpa de ella, había salvado su vida por él. Sin pensar en las consecuencias, porque entonces vería que era una idea horrible, se tumbó en la cama junto a él, era absurdo, porque apenas podía rodearlo con sus brazos. Aun así, se pegó a su espalda para darle calor, Mildred había aconsejado que, si tenía fiebre, no lo tapase, así que, aunque Amy apenas pudiera abarcar el enorme cuerpo de Alec, permaneció así durante horas. ¡Qué tonta había sido en el bosque! ¿Y si ahora Alec no despertaba? Debería haberlo besado, profunda y apasionadamente como le pedía su corazón. ¿Se había enamorado de él? Quizá podía haber pasado años sin darse cuenta, pero verlo así, en la cama, con la muerte rodando su cuerpo, hizo que Amy comprendiera. No era porque Alec hubiera acudido a su llamada, ni porque fuera tan tierno con Robby, ni tan atento con ella. Era Alec, distante y frío, al momento, tierno y considerado, un gesto dulce al besar su cabeza o acomodar su brazo sobre el suyo. Amy jamás en toda su vida había sentido nada parecido al amor y aquello se podía parecer mucho a ese sentimiento hasta ahora esquivo para ella. Con nadie como con Alec se había sentido tan cómoda y confiada, sin ser juzgada por su tartamudeo. Amy se levantó como un resorte, ¡hacía días que no

tartamudeaba! Pensó que el día que eso ocurriera, el sonido de las trompetas celestiales entonarían aleluyas por el cielo, pero no, había sido tan simple como encontrarse bien junto a Alec, sentirse valorada. Después de encontrarse con tales sentimientos y luchar contra ellos, se sintió agotada. En algún momento al adentrarse la noche, Alec dejó de temblar y Amy se quedó dormida sintiendo que su respiración y la de Alec eran una.

Hasta que las pesadillas comenzaron y aquella habitación se llenó de sangre, batallas y recuerdos. Alec tenía fiebre, ardía en sí mismo, con un fuego que amenazaba con quemar a Amy. Mildred y Mairi pasaban a menudo por la habitación, Blake, el hermano de Alec, se asomó igual que Duncan, por breves instantes. Todos vieron a Amy en la cama, tumbada junto a Alec, y ninguno dijo una sola palabra cuando, al verlos, Amy se levantaba a por más agua con que refrescar su frente o disimular hasta que se iban y volvía junto a Alec.

Aquellas cosas que Amy oía de labios de Alec, la mayoría eran incoherencias, otras, Amy hubiera preferido que fueran solo pesadillas. Alec no había sido ningún ángel del cielo, sino más bien un demonio encadenado, había matado en batalla a muchos hombres, por lo que Amy sospechaba. En uno de esos momentos en que parecía más agitado, se aventuró a preguntar aquello que más curiosidad despertaba en Amy, ¿sería cierto que había matado al hijo de Lachlan? Lo preguntó, susurrado en el oído de Alec, él pareció enfadarse en ese mundo de tinieblas que lo poseía.

—Me ataca con todos sus hombres, por la espalda, ¿por qué me odia tanto? —gritó Alec—. Nunca quise hacer daño a los Ruari.

Después, por sus palabras entrecortadas, Amy supo que estaba reviviendo el momento, Alec había matado a su primo de forma legítima, para defenderse de su encerrona, Lachlan había hablado de una vieja ofensa a los Ruari, tal ofensa no existía, sino en su mente perturbada. Amy dejó que Alec descansara, entre agitados y pesados sueños, mientras ella recordaba a su primo, él siempre la había tratado bien de niños, incluso las doncellas decían que estaba enamorado, Amy jamás lo creyó, el hijo de Lachlan solo buscaba el cariño, igual que ella, siempre se habían protegido mutuamente hasta que Lachlan lo envió muy joven con otra familia, algo habitual entre clanes vecinos, formarse con otros para que no hubiera privilegios y se forjaran como guerreros. Jamás pensó que su primo pudiera ser mezquino, o atacar a otro hombre por la espalda, en desventaja, pero la gente cambiaba a lo largo de los años. Ahora sabía al menos que Lachlan no tenía razón en que Alec hubiera matado a su hijo a sangre fría.

¿Cuántas venganzas serían necesarias para saldar viejas cuentas? ¿A dónde llevaban las guerras? Ahora estaba convencida de que jamás le

daría a Alec ni a los Leod el nombre de sus enemigos.

CAPÍTULO XIII

Neill aferró su manto, la parte que cubría su corazón. Un soldado jamás se rendía, llevaba más de medio día sin comer, sabía que su aspecto no era el mejor, y, aun así, se presentó ante los guerreros del rey, en su campamento a las afueras de Stirling.

Los guardias lo miraron de arriba abajo, no en vano parecía un pescador y solicitaba ver al rey.

—Date la vuelta, anciano, ¿qué puede querer el rey de ti? —dijo uno de los soldados.

Neill no se dio por vencido, aquellos muchachos eran todavía unos críos con los mocos colgando cuando él ya luchaba con Robert Bruce. Su guardia personal insistía en que Neill les dijera por qué quería audiencia con el rey y, del mismo modo, él se negaba. No pensaba dejar el broche de Amy en manos de cualquiera.

—Entonces llamad a la prima del rey, Cristina, estoy seguro de que ella sí me atenderá.

Los soldados comenzaron a hablar entre ellos, dándose la vuelta para que Neill no escuchara. Se dedicó a mirar a su alrededor, para ser un rey, Bruce vivía igual que cuando luchaban huyendo de los ingleses. Nadie parecía estar ocioso, entre las tiendas pasaban carretas con alimento para hombres y caballos, las hogueras permanecían encendidas mientras deliciosos olores vagaban hasta Neill, a venado, a jabalí, a pan… Se relamió solo de pensar en llevarse a la boca un pedazo tostado de…

—¡Ven, anciano! —ordenó al fin uno de los soldados.

Neill lo siguió con dificultad, llevaba demasiados días andando, montado en la carreta de algún comerciante o atravesando insondables bosques. Apretó su morral, donde escondía el broche de Amy. A veces, durante el camino, se preguntaba por qué habría emprendido tal viaje y si no hubiera sido mejor comprar a su esposa un vestido nuevo y holgazanear una buena temporada.

El soldado lo acompañó hasta una tienda, más alejada del resto, un poco más grande y rodeada de varios hombres armados. Le indicó a Neill que entrara. Neill se quitó la gorra e intentó mesar sus cabellos veteados. Entró con decisión y la sorpresa casi lo hace caer sobre su trasero.

En una silla de elaborado artesanado estaba el rey, eso sí, más

mayor de lo que Neill recordaba, quizá más serio y regio, pero era el mismo Bruce que arengaba a sus hombres golpeando su escudo como si fuera un maldito vikingo.

A su lado, dos mujeres conversaban, sentadas en unas sillas menos delicadas. Al notar su presencia, una de ellas se levantó con una sonrisa.

—Dime, anciano, ¿me buscabas? Soy Cristina Ruari.

Neill no tuvo duda alguna, la edad era la indicada para ser la madre de Amy, su rostro más afilado, pero esos ojos verdes, idénticos a los de la muchacha, le decían que esa mujer de extraordinaria belleza era quien decía, la madre de Amy.

—Soy Neill del clan Kinnon, señora.

El rey entonces se levantó y prestó atención a Neill.

—¿Qué haces tan lejos de tu tierra?

Neill intentó tomar aliento, había luchado a su lado, pero jamás osó dirigir la palabra al guerrero.

—Señor, mi rey, tengo algo para vuestra prima.

Cristina sonrió, comprendía que a veces la altura y hosquedad de su primo intimidaba a la gente. Con delicadeza y una sonrisa en los labios, se acercó a Neill.

—Dime, Neill, ¿qué tienes para mí?

Neill pensó que lo mejor era mostrar el broche, tal vez lo acusaran de ladrón, pero ¿entonces para qué había ido hasta allí? Notó la mirada de los guardias reales al llevar las manos a su morral, por ello, Neill lo abrió para que pudieran ver que no llevaba armas. Cubrió con su mano el broche, levantó la mano y se lo mostró a la señora.

Enseguida ella lo reconoció, emitió un quejido y, pidiendo a Neill permiso con la mirada, lo cogió de sus manos. Lo giró varias veces y volvió a mirarlo a él.

—Este broche es el del *laird* de los Ruari, el de mi hija Aimé.

—¿Amy? —susurró Neill.

—En efecto, Neill, solo en nuestro hogar llamamos así a mi hija Amy. En verdad la conoces, y gozas de su confianza o de su más alta estima, este broche es nuestro mayor tesoro, yo misma se lo regalé cuando huía de Tioram.

El rey lo cogió de manos de Cristina, como si no se fiara de lo que su prima observaba.

—Puede ser falso —dijo la otra dama de cabellos castaños y ojos de un azul intenso.

—No, señoras, mi rey. Ella misma me lo dio en pago por llevar a ella y al niño de la aldea de Morar a Skye.

Cristina recuperó de las manos del rey el broche, observó el barco sobre las aguas, grabadas a fuego.

—¿Qué hacía mi hija en Skye? ¿Y por qué os daría el emblema de

nuestro clan?

—¿No lo habréis robado, Neill? —volvió a decir la mujer sentada.

—¡Anne Dougall! —regañó Cristina a la otra mujer—. Deja que se explique. Por favor, Neill, continuad.

—Vuestra hija huía, no sé muy bien de quién, sí sé que con ella llevaba al hijo pequeño de Blake Leod, el *laird*. Todos buscaban al niño, yo prometí ayudar a Amy, avisé a Alec Leod, como me dijo, le dije que era su prometida, ella solo quería devolver al niño, pero…

—Habla, Neill —pidió el rey al notar que dudaba—. No temas, Neill.

—Los Kinnon, que el cielo me perdone, porque ese Eoghan es mi *laird* ahora, también perseguía a Amy, a vuestra hija. Y a medida que venía de camino hacia aquí, sé que no me equivoqué, mi rey, debía venir a avisar a la dama del peligro que corre Amy. El oeste se prepara para la guerra. Los Leod, los Donald y los Dougall llevan todos sus ejércitos hacia Tioram.

—¿Tu esposo, Anne? Connor no se atrevería a desobedecer, es el único de ellos que piensa. No soporto a Blake Leod, su arrogancia…

La mujer sentada se levantó negando con la cabeza.

—¡No puede ser cierto! Connor jamás iría a la guerra si no fuera por una razón muy importante.

—Esto es más grave de lo que pensaba, ¿intentan destruir el clan Ruari? —vociferó el rey—. No he permitido esto, nadie me ha informado de una ofensa, de un secuestro o de una batalla. ¡Estamos en paz, maldita sea!

—Ya no, majestad. Los Ruari, los Kinnon y los MacKenzie han sido llamados a las armas, se enfrentarán a los Leod, Donald y Dougall —intervino Neill con temor.

—¡Cabezotas estúpidos! Pasaré por la horca a todos, sean jefes de sus clanes o no.

El rey continuó proclamando maldiciones sangrientas, Neill aprovechó para acercarse a Cristina.

—Hay más, señora —susurró Neill—. Habían pegado a vuestra hija, es más, yo diría que fue una paliza de verdad. Oí al niño, fue Lachlan, eso dijo.

—Mi hermano ha llegado demasiado lejos, su entrada estaba prohibida en mi castillo, ha debido de contar con alguien dentro para hacerse con el poder. Ahora veo que dejé a mis hijos indefensos contra ese monstruo. Amy. Mi querida niña, espero que pueda perdonarme algún día.

Cristina tomó el brazo del rey con afecto, pareció resultar, pues dejó de gritar y se miraron ambos. Había dado por su majestad mucho más de lo que tenía, cuando nadie en Escocia creía en él, cuando la gente se giraba a su paso para no ver al traidor. Cristina lo apoyó, con

sus hombres, su clan, sus barcos y su persona, la consecuencia fue que tuvo que huir con el rey proscrito y abandonar a sus hijos en Tioram. Cierto era que después había permanecido junto a su primo Robert Bruce para que restableciera sus tierras, sus riquezas, pero siempre sería fiel, y, ahora, más que nunca, el rey tenía el poder de devolver a Cristina todo cuanto había sacrificado por él.

Robert Bruce, rey de Escocia, miró a su prima. No dudó un instante. Podía ser un cabezota, lleno de ira en ocasiones, impulsivo en otras, pero jamás abandonaba a sus más fieles. Asintió ante Cristina, convencido de que quemaría media Escocia si con ello su prima recuperaba a su hija. El rey se pronunció, con voz alta y clara.

—Nadie declara una guerra en mi reino sin mi consentimiento. Prepárate, Neill, nos vamos al norte.

Neill tomó aire, mucho se temía que no probaría carne caliente en los próximos días.

CAPÍTULO XIV

—¡Ah, Amy! ¡No creí nunca que fueras una de esas mujeres que busca aprovecharse de mí!

Alec sonrió al ver como Amy daba un salto hasta el otro extremo de la cama. Había estado observando el rostro de ella durante un largo rato, las ojeras y aspecto cansado solo podían significar que no había dejado la habitación en días. El cuerpo extenuado de Alec le hablaba de días con fiebre, y ella había estado a su lado. Se llevó la mano al cuello y tocó la suavidad de los paños con que se lo habían vendado. Alec supo que había tenido mucha suerte.

—¡Estás despierto! —gritó ella—. ¡No te muevas! Voy a buscar a Mairi, ¡están todos muy preocupados!

—Todos pueden esperar, Amy.

Alec alcanzó a coger su muñeca y tiró de ella con sus débiles fuerzas. Amy casi cae encima suya, con habilidad lo esquivó y cayó a su lado. Sus rostros quedaron a tan solo un suspiro de distancia. Contempló aquellos ojos verdes, grandes y despiertos, su piel tersa e inmaculada, su boca de labios llenos, quizá soñaba aún. Cuando Amy rozó la nariz con la suya en un gesto de cariño, Alec se deshizo, jamás nadie había jugueteado así con él, ni le había sonreído con el corazón, como lo hacía Amy. Parecía contenta, feliz al verlo despierto, y Alec juntó su rostro con el de Amy, olió su cuello. Hubiera deseado poder moverse, acariciar su piel y besar cada recoveco de su cuerpo, no estar herido y tan débil. Sintió su maldita y vieja cicatriz del ojo pulsar, y apretó el rostro contra la mejilla de Amy para que parase de una vez. Amy acarició con la punta de sus dedos su frente, adivinando qué le ocurría y deslizó la punta de la nariz por su cara hasta que los labios de ella tocaron los suyos como si el azar hubiera tenido algo que ver. Alec pensó que nunca había sido besado, nunca hasta ahora, al menos no así. Siempre había deseo, posesión, celos incluso, pero jamás algo tan puro como el beso de Amy. Aquello era entrega total, una pasión que se tornaba desesperada y a la vez suave y amorosa. Entonces Alec volvió a abrir los ojos. Amy los tenía cerrados, agradeció aquel instante de compresión antes de que ella lo mirase fijamente. Amy estaba enamorada de él. Comprender aquella certeza que se abría paso en su mente, hizo que su beso fuera más lento y más ávido al de Amy. Hasta que ella abrió los ojos y se encontró con la mirada de Alec.

Amy se detuvo, era consciente de que había besado a Alec, como si él la hubiera atraído hasta su boca con un hechizo, pero, al fin y al cabo, había sido ella. Y ahora veía en el rostro de Alec la sorpresa, desconcierto, duda y, en lo más profundo de aquellos ojos negros del color de la turba, miedo.

—Voy a avisar a todos.

Amy se soltó de él de forma tan brusca que al momento sintió frío, como si ella fuera la causante de aquella gélida noche y de que las ascuas del fuego ya no calentaran lo suficiente. Alec la vio marchar a la carrera, pero también oyó como se detenía en el corredor, tomando aire. Ambos sabían lo que estaba ocurriendo y, por el cielo, que Alec no permitiría que Amy nublara su mente. Alguien intentaba matarla, e iba a descubrir a los traidores.

Una vez que todos se reunieron en torno a la cama de Alec, Amy se permitió sentarse en un extremo alejado de la habitación. Escuchó el afecto que Blake intentaba disimular frente a su hermano, sintió el amor de Mairi por él y la admiración de los gemelos. Duncan estaba alegre por su recuperación y más de una vez agitó su brazo buscando la fuerza de su brazo derecho, a pesar de las regañinas de Mildred. Eran una familia, y no era la suya.

Mildred acabó con la cura, Alec ya no sangraba, y echó a todos de allí, a todos menos a Blake y Mairi. Cuando se quedaron solos, Amy vio a Eric Donald en una esquina de los aposentos, de pie, apoyado contra el muro, su ceño fruncido y su mirada solo dedicada a ella. No sabía cómo podía pasar desapercibido con esa inmensa altura, pero cualquier lugar oscuro parecía albergar su mirada azul glacial.

—Y ahora, Amy, los nombres de nuestros enemigos —pronunció el *laird* Donald.

Se acercó a ella de tal forma que Amy no dudó en levantarse de la silla, Alec tendió su mano para que ella fuera hasta él. De forma inconsciente, Amy tomó la empuñadura de su daga. De ninguna forma iban a sacarle los nombres.

—¿Y si muere? —Eric Donald lo dijo con toda claridad—. ¿Y si la flecha hubiera alcanzado a Amy en lugar de Alec? Estaríamos aquí, como perros ansiosos de un hueso.

—Eso es cierto —afirmó Blake mientras acariciaba su barba.

—Pero eso no ha pasado —intervino Mairi. Era, al parecer, la única que osaba atajar a su hermano.

—¡La chica es mi responsabilidad! —Alec, ante la mirada horrorizada de todos, se incorporó.

Amy fue hasta la cama y lo obligó a recostarse, antes de girarse y mirar desafiante a los dos *lairds*.

—Sé que esa flecha estaba dirigida a mí, encontrar a los traidores, hasta que no me deis vuestra promesa de que mi hermano vivirá,

jamás los tendréis. Lo primero, mi hermano, nada de venganzas, mi hermano, esa es la misión, salvarlo, hasta que no me juréis que será así, no tendréis los nombres.

Eric Donald no parecía un hombre con el que fuera fácil tratar, apretó los puños y salió encolerizado, el portazo que dio al salir resonó en todo el corredor.

Mairi se mordió el labio, su esposo permaneció observando la puerta por la que había salido su cuñado.

Blake se acercó a ella.

—Tienes solo dos días, piénsalo bien, Amy. Alguien ha secuestrado a mi hijo, quemado mis establos, casi mata a mi hermano. No permitiré que sigas callando, nadie comprometerá nuestra venganza cuando ni siquiera sabemos si tu hermano está metido en esto. Lo siento, Amy. Hablarás o te echaré de Dunvegan.

—Si ella se va, yo también —afirmó Alec, furioso por encontrarse en tal situación, postrado en la cama.

—Así sea —fueron las últimas palabras del *laird* de los Leod y hermano de Alec.

CAPÍTULO XV

Amy se preparaba para dejar Dunvegan y al clan Leod, tenía todo guardado en el mismo saco que había traído a su llegada con Robby. Apenas unas pocas pertenencias conformaban todo cuanto había podido sacar de Tioram. Amy, con cuidado, dobló el papel en el que estaba el nombre de su tío y los demás. Si había de morir, y Ruadi con ella, al menos los Leod sabrían quiénes eran sus enemigos. Dejaría el papel a Robby, y pediría al pequeño que se lo diera a su padre al menos en dos días, y es que Amy pensaba marcharse en mitad de la noche. Cuando los *lairds* se pusieran en marcha con sus ejércitos, esperaba haber acabado con toda aquella locura. No iba a hablar, y no podía permanecer en Dunvegan.

Amy miró a su alrededor, echaría de menos los momentos vividos en esos aposentos, otros, no. Dejó que el silencio y los recuerdos inundaran su alma unos momentos más. Alec se había levantado aún con paso lento, pero a ella no se le permitía salir sola. Decidió pedir a los guardias que llamaran a Mairi Leod, se había portado muy bien y deseaba despedirse de ella, quizá era ya la única habitante del castillo junto a Inai que dirigían la palabra a Amy, daba la impresión de que todos ansiaban la guerra y la venganza. Mairi, a través de Mildred, pidió a Amy que se reunieran en el salón para tratar de solucionar la situación de Amy, no se negó, pero nada de lo que dijeran podría cambiar el hecho de que no hablaría hasta que su hermano estuviera a salvo. Quedaban solo horas para abandonar el castillo, muy a su pesar, jamás volvería a ver a Alec.

Sin darse cuenta, el papel donde había escrito los nombres de su tío y los demás se cayó al suelo. Amy, sin reparar en ello, siguió al hombre que Mairi había enviado en su busca. Una sombra se deslizó por el corredor, Alec salió de su escondite. No había sido su intención espiar a Amy, al asomarse al cuarto, su expresión era tan seria y desolada que había retrocedido hasta las sombras, donde ella no pudiera verlo. No podía enfrentarse a Amy todavía, no cuando tenía que hablar con su hermano antes de poder comprometerse. Alec avanzó hasta ver aquello que Amy había perdido, era un papel, doblado varias veces con cuidado. Sabía qué se hallaba escrito en él, no necesitaba leerlo, y, a pesar de ello, las dudas le corroían. Con cuidado, desdobló las capas hasta ver la clara letra de Amy.

Amy entró en la sala donde Blake Leod reunía a sus comandantes, Amy dio un respingo al ver que allí estaba Eric Donald y Mairi, esta última suspiró arrepentida por la encerrona. Se irguió expectante, cuando vio a Alec entrar en la sala y apoyarse de manera desenfadada, el hombro contra la pared. Sus miradas se cruzaron y Amy supo que nunca defraudaría su confianza, si tenía que sacarla de allí, lo haría.

—Amy…

En el momento que Blake pronunció su nombre, Amy supo que iba a contar a los *lairds* todo, no podía permitir que Alec se enemistara con ellos.

En ese instante, la puerta de madera restalló contra los goznes al abrirse con violencia, uno de los hombres del *laird* Leod entró con el aliento cortado.

—¡*Laird*! Son los MacKinnon, están a las puertas de Dunvegan.

—¿Pero qué? —Blake miró a Alec y a Eric Donald intrigado—. ¡Nadie más se ha dado cuenta de que, cada vez que la muchacha va a hablar, alguien nos interrumpe!

—¿Han dicho qué quieren? —preguntó Alec, obviando a su hermano.

—Vienen a por la dama, a por *lady* Amy, dicen que su *laird* la reclama como suya…, que Alec se ha llevado a su prometida por la fuerza.

—¿Eoghan MacKinnon es tu prometido? —Blake no acertaba a comprender, sin saber cómo, él planeaba una guerra y la guerra había llegado a las puertas de su castillo.

—No lo acepté, querían obligarme a casarme con Eoghan, no me casaré con él —afirmó Amy con la misma contundencia que se negaba a decir los nombres de los culpables, y el único destinatario de aquellas palabras era Alec. No sabía por qué era tan importante que Alec supiera que ella no había accedido a casarse con otro hombre.

Alec no podía creer que aceptaría a Eoghan de forma libre. Si era obligada por Blake Leod a marchar con Eoghan, prefería morir antes. Alec enseguida se levantó al ver el temor en sus ojos y se acercó a la mesa donde su hermano mayor miraba de una forma peculiar a Amy.

—No se la llevarán, Blake, no lo permitiré, te lo he dicho.

Blake Leod nunca se había caracterizado por ser un hombre de gran mesura, sin embargo, esta vez, para él, el asunto estaba tan claro que no entendía cómo Alec no comprendía.

—Son los malditos MacKinnon, ¿verdad? No me he comprometido con Eoghan, yo no —susurró Amy tras Alec.

Alec no pudo evitar sonreír ante la frase que Amy parecía haber aprendido tan bien de Robby. Se giró para mirar a los ojos a esa mujer que le quitaba el aliento con una sola sonrisa. Le daba exactamente igual quién fuera ella, cuántos enemigos intentaran arrebatársela,

porque él ya había decidido. Amy se quedaría con él.

—Alec —lo llamó su hermano—. Sabes lo que tienes que hacer, es el momento de decidir.

Amy se echó atrás, impactada por la fiereza con que los dos hermanos Leod se miraban a los ojos, parecía un reto de voluntades, nadie en aquella sala, poblada de enormes guerreros, se atrevió siquiera a respirar.

—No me digas lo que tengo que hacer, Blake.

—Sé a qué te refieres, entonces eras un muchacho, Alec, ahora comprendo que te has convertido en un hombre dueño de tus decisiones.

Amy no entendía de qué hablaban los dos Leod, tan solo que los gemelos los miraban emocionados, Duncan esperaba expectante, como si todos hubieran deseado aquellas palabras desde hacía mucho tiempo.

—Alec es un buen hombre, no creo que fuera su intención desobedecer a su *laird.* —Amy se vio obligada a apoyar a Alec ante su hermano mayor—. Todo es culpa mía.

Los dos hermanos Leod asintieron ante las palabras de Amy y cruzaron sus antebrazos, las manos unidas en un fuerte apretón. Sin saberlo, Amy había sido testigo de la que sería la reconciliación más celebrada del clan Leod en muchas décadas y todo se debía a que tenían a las puertas de Dunvegan un enemigo común.

Contenta de ver a Alec sonreír, Amy sintió que el corazón le galopaba fugaz, adoraba su rostro al mostrarse alegre, así que cuando se giró y acogió con sus manos su rostro casi da un grito por el sobresalto. El brillo de los ojos de Alec solo era comparable al de una hermosa gema de preciado color negro.

—Amy, esta noche, vamos a casarnos.

CAPÍTULO XVI

Inai miraba a su alrededor, si alguien la encontraba escuchando en la oscuridad, pegada al muro, contra la puerta de madera donde los *lairds* y los Leod estaban reunidos, no habría nadie que pudiera salvarla. Ni siquiera Eric.

Al oír la declaración de Alec Leod, apretó los puños con fiereza, de nada le serviría el apoyo de uno de los guardias del hermano del *laird*. Los MacKinnon, su propio clan, estaba a las puertas de Dunvegan, dispuestos a declarar la guerra por una mujer que los Leod no sabían quién era, pero ella sí, esa maldita muchacha se había entrometido en los planes de Lachlan, en los suyos propios. ¡Y todo por la rivalidad de los Leod y los MacKinnon! Eoghan era un imprudente, había salido en busca de Amy sin pensar en las consecuencias. Además, el niño podía en cualquier momento recordar que estaba a su lado cuando se lo llevaron, e Inai no tendría explicación alguna de por qué estaba en tierras de los Leod aquel día. Lachlan Ruari le había prometido a Inai riquezas, una casa señorial, desterrar para siempre a los Leod y acabar para siempre con ellos, tras años amando a Alec, sin perder la esperanza cuando él rechazó las ofertas de matrimonio con las hijas de otros clanes, y siempre pensó que sería por ella, la esperanza creció en su corazón para acabar deshecha cuando Alec partió a Irlanda. Fue entonces cuando Inai puso los ojos en un hombre que supo demostrar su admiración por ella y su labor como curandera en todo momento, que había jurado matar a Alec y mimarla como merecía. Inai nunca supo si fue por esa obsesión de acabar con Alec Leod o por el mismo hombre, pero, aunque no se enamoró de él, ambos tenían un enemigo común, Alec. Nada podía haberlos unido más, solo tenían que esperar la ocasión con paciencia.

En un momento dado, transcurrido el tiempo en que el odio se instaló en su corazón con más fuerza, Eric, uno de los gemelos Leod, se fijó en ella. ¡Era tan parecido a Alec! Su cabello negro y ojos del color de la turba, su rostro tan semejante…, pero no era Alec Leod, ningún hombre se comparaba a él, su arrogancia y seriedad, su fuerza y el temor que inspiraba en todos. Inai era consciente de que lo que hacía tan especial a Alec era el miedo y el respeto que inspiraba a su paso.

Cuando vio como llevaba hacia la cabaña, casi en volandas, a esa

zorra de Amy, a Inai se le congeló la sangre en las venas, Alec jamás había mirado así a ninguna mujer ni tal respeto se había apreciado en su mirada, ¡y tenía que ser ella! Amy Ruari, quien había salvado al niño. Inai estaba emparentada con los Ruari a través de su madre, por eso había recurrido a él, a Lachlan Ruari, el tío de Amy. Cuando empezó a sentirse hastiada de tanta pobreza y sacrificio por gente que ni siquiera le daba una moneda por su trabajo, andrajosos campesinos que creían que era suficiente con un puñado de brezo y berzas podridas para pagar su inmensa sabiduría. Piojosos e indeseables, furcias y matronas, acudían a ella y jamás recibía nada, puede que a su madre y a su abuela les hubiera bastado, pero Inai tenía grandes sueños y proyectos, lo suyo no era vivir entre estiércol y gallinas, sino en un castillo como una gran señora, un sueño que Alec le arrebató al rechazar sus avezados coqueteos.

Los primeros en salir de la habitación fueron los gemelos, e Inai corrió hasta detener a Eric, compuso su mirada más inocente y pura para enfrentarlo.

—¿Has hablado ya con tu padre, Eric?

Eric estaba desconcertado, ya no recordaba su promesa, después de las últimas noticias y saber que los MacKinnon amenazaban las murallas, en lo último que había pensado era pedir a su padre que Inai viviera entre ellos. Incluso en un momento de ansia juvenil se había planteado pedir permiso a su padre para casarse con ella. La ansiedad de Inai a veces lo incomodaba.

—No, Inai, no era el momento, tu clan está a las puertas de Dunvegan, quizá tenga que combatir. No te preocupes, nadie tomará represalias contra ti, yo te protegeré.

Inai intentó no fruncir el ceño, escupir a ese Leod bobo, si Eric no servía ya a su propósito, tendría que morir. Entonces Inai cayó en la cuenta de que, si los guerreros salían del castillo, tendría una oportunidad única de cumplir el plan de Lachlan y acabar con Amy para siempre.

—¿Qué ocurre, Inai? ¿El cachorro Leod se te resiste?

Inai se giró furiosa, Duncan a veces era demasiado confiado y hablaba sin pensar que entre los muros del castillo alguien podría oírlos.

—No deberíamos hablar aquí.

Duncan sonrió y se acercó a Inai para susurrar en su cuello.

—De todas formas, ya da igual, ¿no crees, Inai?

Inai inspiró hondo.

—Es cierto, es hora de actuar.

CAPÍTULO XVII

Amy no podía seguir el paso apresurado de Alec por el patio mientras impartía órdenes a los hombres. Señalaba las almenas, la torre, las saeteras, y todos obedecían presurosos sus mandatos.

—¿Saldrás a luchar con los MacKinnon? ¿Por mí? Me niego a que guerrees con ellos por una mentira que yo dije. Solo tengo que salir ahí fuera y decir que todo fue invención mía, nunca he sido tu prometida. Saldré y aceptaré mi destino, casarme con Eoghan.

—No te harán caso, los MacKinnon no se retirarán, solo quieren una excusa para hacer la guerra. Y tú, Amy, sin querer, les has proporcionado una. Eoghan no te llevará con él, ¿sabes, Amy, el tipo de hombre que es? ¿Las cosas que cuentan de él?

Desesperada, lo cogió del brazo, ¡claro que sabía el hombre despreciable que era Eoghan! Alec iba tan decidido que casi la lleva en volandas tras él, al ver que por poco tira a Amy contra el suelo, se obligó a detenerse.

—No tienes por qué casarte conmigo, Alec. Sé que es por tu honor, tu bondad, la lealtad por ser la salvadora de Robby…

Alec arqueó la ceja, perplejo.

—Amy, ¿crees que soy bondadoso? ¿Que me casaría contigo solo porque soy leal?

—Lo eres, igual que tú no preguntas nada y afirmas, como si todos tuviéramos que acatar tus órdenes, ahora mando yo, Alec, he dicho que eres bondadoso y lo eres.

Estuvo a punto de reír a carcajadas, Amy era un soplo de aire invernal, te congelaba las venas con su descaro y a la vez sentías placer cuando se acercaba con sus ardientes ojos que podían quemar como el hielo, llevándote a un lugar cálido. Alec estaba convencido de que, a medida que pasaba tiempo al lado de Amy, parecía un estúpido bardo, ¡y le gustaba! ¡Vaya si le gustaba! ¡Y aún le gustaría más cuando Amy fuera suya en toda la extensión de la palabra!

Estuvo tentado de hacer que ella callara arrasando sus labios, cogerla en brazos y llevarla hasta el establo para hacer cuantas cosas imaginaba su lado más endiablado.

—¿Has oído una sola palabra de lo que te estoy diciendo, Alec? No podemos casarnos.

—¿Por qué?

—No sabes quién soy.

—Dímelo.

—¡No puedo!

—No quieres, tienes suerte de que no me importe. Cuando seas mi esposa, ya no tendrá relevancia quién eras antes ni si estabas prometida a ese estúpido de Eoghan.

Amy no pudo contenerse, con toda la fuerza del mundo pisó su bota con fuerza. Al instante, vio como él mudaba de color, del blanco al morado, aguantó su enfado sin una sola protesta.

—Lo siento, Alec, no lo he pensado —intentó decir al verlo tan descompuesto por su atrevimiento—. Pero lo tenías merecido, yo seguiré siendo yo, me case contigo o no. Claro que importa quién era, al clan al que pertenezco, no lo entiendes.

Amy, para decepción propia, echó a correr por puro miedo, la cicatriz de Alec sobre el ojo había comenzado a palpitar de forma violenta, había escuchado crujir los dientes al apretar la mandíbula, la contención de Alec estaba pendiendo de un fino hilo a punto de romperse, y siguió corriendo. Entró sin resuello, empujando las puertas del establo para caer sobre un montón de paja y heno, sin saber que ese era el lugar al cual Alec quería llevarla en realidad. Los caballos relincharon molestos, y cuando Amy levantó la mirada, vio a Alec cerrar las puertas con lentitud. Su mirada negra recaía en ella con fiereza.

—Alec, detente, ya te he dicho que lo siento. —Amy no sentía miedo, Alec era un hombre de honor, jamás haría daño a una mujer, y menos a ella, estaba segura, era esa mirada oscura, de lujuria y perversión lo que temía Amy, igual a aquella que lucía en la habitación, tras la fiebre. No había corrido tras ella como sospechaba para recriminar su golpe bajo, sino para algo para lo cual Amy no estaba preparada. Una tortura mayor que cualquier cosa, que Alec la besara, porque entonces perdía la capacidad de pensar y de actuar, y si Alec decía que se casaría con ella, al final lo conseguiría con una sola caricia de sus labios, y Amy… no podía condenarle al peso que ella llevaba sobre los hombros. Ella debía volver a Tioram, salvar a Ruadi, incluso casarse con Eoghan, el secuaz de su tío. No estaba destinada a Alec, seguro que en algún lugar existía una muchacha tranquila, que supiera hablar con todas las letras y que no complicara la vida de Alec.

—Has elegido mal tu escondite, Amy.

—N… no te a… acerques, Alec.

Él se detuvo al instante, rígido y erguido, como si las palabras de Amy le hubieran sesgado alguna parte del cuerpo.

—Amy, sabes que jamás te haría daño. No habías tartamudeado en días, yo…

Alec hizo lo contrario a lo que Amy pedía, se acercó de una zancada y la abrazó, sumergiendo el rostro de Amy en su poderoso torso. Se agachó ante ella, quedando una rodilla hincada en el suelo ante Amy. En sus ojos, una disculpa llena de remordimiento.

—No, Alec, por favor —Amy intentó que no siguiera así delante suyo—, no te tengo miedo. Estoy nerviosa, a veces tartamudeo cuando mis pensamientos corren más deprisa que mi boca. Lo que dije es cierto, eres noble y bondadoso, sé que nunca…

—Entonces, cásate conmigo, Amy, lo dije en serio, no me importa quién eres. Te mereces protección y cariño por parte de todos los Leod, tu coraje salvó a Robby. Amy, permaneciste junto a mi lecho, velando por mí, sanando mi herida y aquellas que llevo en el alma.

—¿Solo por eso te casarías conmigo? ¿Por agradecimiento? ¿Tan poco bonita y apreciable te parezco?

Alec se quedó mudo, no sabía cómo expresarse, jamás lo había intentado con ninguna mujer antes, quería hacer saber a Amy cuán valiosa se había vuelto para él.

—Dime que no me besarías ahora mismo, Amy.

Amy retrocedió al ver como él se levantaba, su mirada volvía a tener la certera fuerza del Leod que era.

—Te besaría, Alec.

—Dime que no me amas.

—No puedo —susurró Amy. Ni siquiera contemplaba la posibilidad de negarlo. Se había enamorado en tan poco tiempo de ese magnífico hombre que hasta ahora ni siquiera se lo había dicho a su corazón, aun menos a su cabeza. No era el despiadado mercenario que todo el mundo creía, era un hombre leal y valiente.

—Has dicho que no puedes, no que no quieras. Dime, Amy, si la vida de tu hermano no estuviera en peligro, ¿te casarías conmigo?

Se rindió ante lo evidente, su mente podía repetir «no, no, no» mientras el corazón galopaba al confirmar que Alec sentía algo por ella, esa mirada era de incertidumbre, pendiente de su decisión, como si ella fuera dueña de su destino en aquel instante.

—Sí, Alec.

—Entonces, Amy, esta noche te casarás conmigo. Y luego me dirás los nombres de los traidores.

CAPÍTULO XVIII

Mairi Leod no podía creerlo cuando llegó a sus oídos que su esposo había mandado llamar al sacerdote mientras a las puertas de Dunvegan los MacKinnon no dejaban de lanzar flechas por encima de las almenas. Eran intentos vanos, ninguna de las saetas conseguía sobrepasar la altura de la muralla, la mayoría se estrellaban contra el muro, pero los MacKinnon nunca habían sido considerados el clan más reflexivo del mundo, pensó Mairi llevándose las manos al rostro. Buscó a su esposo entre los hombres que se paseaban entre las torres, Mairi frunció el ceño cuando los vio burlarse de los guerreros enemigos enseñándoles partes no muy nobles de su cuerpo, su marido reía como un niño y Mairi sintió deseos de cogerlo de la oreja como haría con Robby o los gemelos y llevarlo dentro.

Los soldados, en cuanto vieron a Mairi subir las escaleras al adarve, todos se mostraron serios y contritos ante la señora del castillo.

—No deberías estar aquí, Mairi —fue lo primero que dijo su esposo.

—Ni vosotros mofándoos de los MacKinnon, en cuanto llegue el amanecer, atacarán, no deseo una guerra, no quiero verme en un asedio, esto no tiene sentido. Vivimos la guerra contra los ingleses y, en el momento que el rey se entere de esta absurda disputa, Bruce nos castigará a todos, sabes que no eres su caballero preferido.

Blake apartó a Mairi del borde de las almenas y la llevó a la protección del muro de la torre.

—El rey no se enterará siquiera, solo estamos pinchando un poco a esos tontos. —Blake Leod se puso serio en un instante—, Nadie, absolutamente, amenaza mis murallas, Dunvegan, ni a mi hermano.

—Creí que seguías enfadado con él, ¿ahora eres el mayor defensor de Alec? —lo pinchó Mairi.

—Sabes que moriría por Alec, puedo enfadarme con él, pero es mi hermano, como un hijo para ti y para mí.

Mairi levantó el dedo índice amenazador, el mismo que siempre hacía que Blake suspirara hondo, preparado para una larga charla, con esos ojos azules acusadores.

—Mairi, lo tengo solucionado, los MacKinnon se irán en cuanto sepan que Alec se ha casado con la chica.

—¿Por eso has mandado que el sacerdote vaya al salón? Está allí, bebiéndose toda tu cerveza en espera de que aparezcas.

—Tiene buen saque el bribón —se rio Blake.

—No puedes obligar a Alec y a Amy a casarse.

—Fue idea de Alec, está hablando con la muchacha, si mi intuición no me falla, dirá que sí.

Mairi suspiró y bajó el brazo rendida ante la evidencia.

—No dirá que no, pero se arrepentirá, un matrimonio forzado debe superar demasiados obstáculos, lo sabemos bien, Blake.

Su esposo sabía que se refería a ellos, como el hermano de Mairi, Eric Donald, los había llevado al matrimonio, uno muy feliz y dichoso hasta ahora.

—Mairi —susurró Blake. Abrazó su cuerpo y acercó su boca al oído de ella—. Ya tenemos los nombres, Alec me lo ha confirmado. Es Aimé Ruari, la hija de Cristina de las Islas. Su hermano, toda su familia, llama a la muchacha Amy de forma cariñosa. Me temo que los MacKinnon y los Ruari fueron quienes secuestraron a Robby. Amy, ahora mismo, solo es una excusa para tentar mis fuerzas o el arrebato de Eoghan MacKinnon por la huida de ella.

Mairi estuvo a punto de dar un grito, recordó aquella noche de pactos, ella, al igual que su hermano y el resto de los Donald, que los Dougall, los Campbell, estaban en aquella reunión, hacía ya más de veinte años en que se forjaron las alianzas que llevaron al rey proscrito, Robert Bruce, a la victoria y al trono escocés. Los clanes más fuertes del norte y oeste de Escocia unidos en matrimonios y juramentos. En esa reunión, Cristina, en nombre de los Ruari, prometió a su primera hija como muestra de su lealtad, una hija que aún no había nacido, que cuando creciera, debía casarse con un Leod.

—¿Lo sabe Amy? ¿Que ya tenemos los nombres? —preguntó Mairi.

—Estoy seguro de que no.

—¿Crees que Lachlan Ruari lo hace para vengarse por la muerte de su primogénito? Alec lo mató en combate. ¿O tal vez por la ofensa a los Ruari al rechazar el contrato de matrimonio de Alec y Amy?

Blake se apoyó en la piedra, mirando los campos más allá de las murallas, donde los MacKinnon habían acampado con sus hombres.

—Sé que, si los Ruari se han aliado con los MacKinnon, también lo han hecho los MacKenzie, todos contra los Leod. Esto va más allá de venganzas, quieren nuestras tierras, nuestro castillo y riquezas, y me temo que Amy es la llave que ha desatado con su huida la guerra más temible entre clanes.

—Eric es mi hermano, está con nosotros, los Donald no te negarán su ayuda. Incluso nuestro hijo mayor lleva su nombre en honor suyo.

—He mandado llamar a los Campbell, Connor no ha respondido todavía, pero si el rey se lo exige, no podrán ayudarnos. Estamos llevando la guerra a todo el norte de Escocia.

Blake negó con la cabeza sumido en sus cavilaciones, y Mairi pensó

cuán extraño era el destino y sus argucias para llevar a Amy Ruari a su hogar al cabo de tanto tiempo, en el momento que su hijo Robby más lo necesitaba. Una sola muchacha se había convertido en la llave de Escocia, ella sola podía abrir la puerta que conduciría a todos a la guerra o a la ansiada paz.

CAPÍTULO XIX

Mairi dejó de doblar su pañuelo una y otra vez y se sentó en la cama, frente a Amy. Debía tener esa conversación con ella o no podría dormir esa noche.

—¿Sabes, Amy? Cuando llegué aquí, a Dunvegan, fue como prisionera, odiaba a todos los Leod, aunque mi corazón ya amaba a Blake en ese momento, estaba llena de odio, hasta que vi a Anna, la hermana mayor de Alec, y a él. Ese niño era lo más cercano a un demonio, ahora no recuerdo, tendría nueve o diez años e insistía en meter bichos en mi cama y atormentarme. Alec llevaba la cara sucia, bajo sus uñas hubiera podido vivir un cerdo de toda la mugre que tenía encima. —Mairi sonrió al ver a Amy intentar imaginar al Alec niño y no al guerrero que esperaba abajo, fuerte y seguro de sí mismo —. Se rebozaba en el barro, cogía ranas y peleaba con los otros chicos… Hasta el día en que vi bajo toda esa apariencia que era un niño sin amor, sin el cariño de unos padres, que solo pretendía alejarse de la imagen de su hermano mayor, Blake proyectaba una sombra demasiado alargada como un guerrero temible para un niño pequeño. Quise y quiero a Alec como a un hijo, en el momento en que lo abracé con fuerza, no quise dejarlo ir nunca.

Amy asintió comprendiendo, entendía a Alec, ese niño que, como ella, había crecido bajo la autoridad de una leyenda. Amy pensó en su madre, no había tenido tiempo de abrazos ni cariños, siempre luchando por el poder del clan con sus familiares y luego al lado del rey. Ambos habían crecido, convirtiendo su seriedad y miedos en una dura coraza.

—¿Por qué me cuentas esto, Mairi?

—Siempre supe que en algún lugar, debajo de esa capa de frialdad e indiferencia, se hallaba aquel niño travieso que conocí, estos días que os he observado juntos, he llegado a verlo de nuevo. Ver a Alec sonreír otra vez ha sido un regalo para todos. Amy, quizá al contarte esto, entiendas mejor a Alec, su forma de conducirse, y es que a veces no puede mostrar lo que siente con palabras, muestra algo por ti muy fuerte. Sin embargo, Alec no puede exigirte que te cases con él si no lo deseas, si no compartes sus sentimientos. —Mairi suspiró hondo—. ¡Ay, Amy! Sigo viendo a ese niño con la carita manchada tras el temerario hombre en que se ha convertido, sé que Alec quedará

destrozado, pero si no deseas este matrimonio, te ayudaré a escapar, es mi obligación.

Amy sopesó las palabras de Mairi, la mujer que mejor conocía a Alec, el amor de madre hacía que viera sentimientos por parte de Alec donde no los había. Él solo era considerado y quería librar a su clan de la guerra. Tal vez lo hiciera por su honor, por salvarla a ella… Mairi no tenía derecho a arrancar de sus labios la confesión de su amor por Alec.

—Mairi, reconozco que hay que pasar tiempo junto a Alec para ver qué alberga su enorme corazón. Afirmas que ha cambiado, no sé quién era antes, pero hay más nobleza y lealtad en él que en la mayoría de los hombres. Mairi, solo sé que al estar con Alec, me siento alegre, que mi alma se encoge cuando aparece y deseo pasar cada instante a su lado, ha llenado mis días de algo que tengo miedo a llamar felicidad porque entonces temo que desaparezca, como todo lo que una vez amé. Jamás deseé una guerra, cuando afirmé ser la prometida de Alec, no podía imaginar que ocurriría esto, y, por otra parte, no he conseguido encontrar otra solución para que los MacKinnon me dejen en paz y seguir mi propio camino. Debo volver para salvar a mi hermano y, al parecer, tu esposo no puede asegurarme su libertad. Alec y yo no estamos destinados a estar juntos en ningún futuro que pueda imaginar. Debo solucionar primero mis problemas.

Mairi sonrió y cogió las manos de Amy, las envolvió con las suyas como haría una madre con su hija antes de su boda.

—Si Alec ha prometido que intentará salvar a tu hermano, confía en él…, y si insistes en casarte con él, entonces te ayudaré a vestirte, tal vez cuando los MacKinnon se retiren al saber que no pueden tenerte como venganza a Alec, decidas quedarte con nosotros. Puede que todo se arregle, Amy.

Amy se mordió los labios ante la tortura de pensar, que una vez se casara con Alec, tendría que dar los nombres de sus enemigos, Eoghan, su tío Lachlan y Ragnald, y la guerra sería inevitable. Tenía la opción de escapar. Si se decidía, tendría que ser esa misma noche, cuando la boda terminara y todos estuvieran distraídos. Tenía la posibilidad de llegar antes que los Leod a Tioram, su hogar, e intentar liberar a su hermano ella sola. Cada vez que pensaba en ello, estaba más convencida, robaría un caballo, marcharía después a Tioram, sin Robby reteniendo su marcha, apenas serían dos días si cabalgaba deprisa y el anciano Neill la llevaba en su barcaza. Y si fracasaba… y no lograba salvar a Ruadi, se entregaría a Lachlan a cambio de la vida de su hermano. No es que confiara en el honor de su tío, lo más probable es que Lachlan los matara a los dos. Amy era consciente de que no existía ninguna manera o situación en que Alec y ella acabaran juntos, y, sin embargo, ya solo concebía entregarse a Alec y solo a él,

podía ser obligada a vivir junto a Eoghan, deshacer su boda con Alec, pero jamás pertenecería por primera vez a otro hombre que no fuera Alec Leod, después de hacer el amor con él, huiría.

Mairi y Mildred, el ama de llaves, ayudaron a Amy con el precioso vestido verde pálido que pertenecía a Mairi. Le quedaba un poco largo, pero era hermoso, con las mangas caídas y un enorme cinturón dorado sobre sus caderas, sería su vestido de boda. Bajó tras ellas, las interminables escaleras que conducían de la planta más alta de la torre al salón. Más allá de los muros se oían los gritos y el golpear de escudos de los MacKinnon, antes del amanecer atacarían.

Amy suspiró al entrar al cálido salón, no se atrevía a levantar los ojos para enfrentar a Alec, cuando lo hizo, solo él apareció ante ella, su mano tendida con una breve reverencia. Alec se había vestido con los colores de los Leod, el pelo hacia atrás y recién afeitado. Era guapo, Amy no podía negar que Alec le parecía el hombre más hermoso del mundo, ¡y por todos los cielos!, ¿por qué sonreía así? Podría derretir con sus hoyuelos a ambos lados del rostro la nieve de Glen Coe.

Alec quedó embobado, postrado en aquella posición incómoda, con la rodilla hincada ante ella, mirando a Amy como si la viera de nuevo por primera vez. Sus ojos verdes rasgados, el pelo castaño oscuro cayendo a ambos lados de su cuello, sobre sus pechos. El cabello rozaba el cinturón ajustado a sus caderas, como si hubieran hecho para ella aquel vestido que mostraba sus curvas, tan presentes cuando montaba delante de él, camino de Dunvegan. Vio la duda en sus ojos, color de la pradera de Glen Fairy, y se decidió, Alec tiró con suavidad de aquella mano que se había posado cortés sobre la suya y acercó a Amy, con ese gesto que sabía que a ella molestaba tanto. A Amy no le gustaba en absoluto que la obligaran a hacer cualquier cosa y se lo demostró a Alec con su mirada.

—Seré un buen marido, Amy.

Aquellas sencillas palabras eran mayor promesa que cualquier cosa que Amy esperaba que él dijera en esos momentos. Amy se sintió egoísta, quizás en unas semanas, incluso días, estaría muerta o alejada para siempre de Alec. Arrepentida, aferró sus antebrazos, tan fuertes que apenas podía rodearlos con sus manos.

—Aún podemos deshacerlo, Alec, te lo ruego, tiene que haber otra opción. Negaré ante el sacerdote que quiero casarme contigo, todo esto es una locura.

—Eso no será problema, Amy, ya nos hemos ocupado de eso, no importa que te niegues.

Alec puso con delicadeza su brazo herido sobre el suyo y la condujo frente al sacerdote sin saber qué quería decir con esas palabras. A la derecha estaban Blake y Mairi, y, a medida que avanzaban, el clan

Leod se reunió tras ellos. Amy se dio la vuelta intimidada y los miró, más cerca de ella estaban Duncan y los gemelos. Robby se tironeaba de las ropas que su madre le había puesto. Junto a ellos, Inai. Amy se sorprendió de lo colorada que estaba la curandera, estaba a punto de preguntar a su amiga si se sentía bien cuando el sacerdote llamó su atención con un leve carraspeo. Amy lo miró y frunció el ceño, el cura tenía la nariz roja y le costó un poco hacer la señal de la bendición entre ambos. ¡Perfecto! Los Leod habían emborrachado al sacerdote para que no dudara ante el deseo de Amy de casarse, de nada serviría que se negara, el hombre apenas podía mantenerse en pie. Blake Leod, como precaución, se puso tras él con una sonrisa perversa, para recogerlo si caía. Los Leod irían todos al infierno y ella también. Aquel matrimonio estaba destinado al fracaso, en cuanto pasara esa noche, tendría que abandonar a Alec.

Apenas entendió las palabras en latín del sacerdote, una sarta de incongruencias debido a la borrachera. Alec estaba serio y no dejaba de mirar sus ojos. Mairi dio un leve empujón a Amy para que contestara a algo que decía el sacerdote, y los murmullos del clan tras ella se alternaban con las risas al ver cómo oscilaba el clérigo. El pobre hombre parecía que no iba a aguantar más de pie mientras Blake no dejaba de colocarlo en su lugar.

Alec colocó sobre la cabeza de Amy una corona de flores mezcladas con pino silvestre, tomó el tartán que Eric o Torquil le tendió. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, colocó el manto de los Leod, el mismo que Amy se había apropiado durante todo el camino a Dunvegan, sobre su hombro, tapando el corazón con los colores Leod. Prendió el broche con el lema y besó a Amy en la mejilla, satisfecho. Al acercarse, rozó con su aliento el cuello de Amy, al mismo tiempo que sus manos se enlazaban en la tela del clan.

—Ahora ya puedes tomar lo que viniste a buscar, eres una Leod.

Amy sintió como se le cortaba la respiración, ¿qué significaban aquellas palabras? ¿Acaso cumpliría su promesa de salvar a Ruadi antes que conseguir su venganza? Sin embargo, lo miró con atención, no podía haber dicho aquellas palabras, debía haber entendido mal porque mientras su hermano mayor palmeaba su espalda y los gemelos se llevaban de allí al pobre cura, Alec sonreía despreocupado.

—Ven conmigo, Amy, has de prepararte.

Horrorizada, se dejó guiar por Mairi, ¿tan pronto debía subir a las habitaciones de Alec? Había pensado que después habría banquete, flores, una fiesta como era debido tras una boda, pero, al parecer, la presencia de los MacKinnon apresuraba todo.

—Creí que Alec no dormía en el castillo.

—No creo que quiera atravesar las filas de los MacKinnon para llevarte a su cabaña junto al río. No te preocupes, vamos a tus

aposentos, eran los de Alec cuando vivía con nosotros.

—¿Todo el tiempo he estado durmiendo en la cama de Alec?

Mairi asintió.

—Fue él quien ordenó que te llevaran allí el primer día, y donde lo llevamos cuando lo hirieron.

Amy frunció el ceño, desde el principio, Alec Leod se había tomado muy en serio que era su prometida, por eso todos los Leod lo daban por sentado y a nadie le extrañó demasiado el anuncio de la boda. Mairi, ahora su cuñada, ayudó a Amy a quitarse la corona de flores, el manto y el vestido. Sobre la cama estaba un largo camisón, Amy necesitó ayuda de Mairi para ponérselo, su brazo aún estaba demasiado dolorido. Una vez acomodada en la cama, tapada hasta el último vestigio de piel, Amy miró a la chimenea, el fuego ardía de forma generosa, la habitación estaba caldeada y la ventana tapada no dejaba entrar la luz de la luna. Dos velas eran suficiente junto al hogar para que todo estuviera iluminado. La propia sombra de Amy danzaba en la pared de piedra y sobre el tapiz con el escudo de los Leod.

¿Cómo se había metido en tal lío? No podía negarse a sí misma aquello que sentía por Alec, de haber sido libre, ella misma hubiera elegido a ese maravilloso hombre, cierto era que a veces era tosco y parco en palabras, que la mayoría de las veces estaba enfadado por algo y su apariencia era demasiado… demasiado viril, pero lo amaba. Desde el momento en que entró en aquel establo, Amy, por primera vez, había sabido nada más verlo que podía confiar en él, en cada ocasión que él vio como el nerviosismo la atenazaba, Alec solo había demostrado el mayor de los respetos.

Los pasos resonaron en el pasillo y Amy se tapó hasta el rostro con las mantas, estaba segura de que sus mejillas estaban granates y el temblor de sus manos no era casual, solo de pensar en lo que iba a ocurrir en esa habitación le producía escalofríos. Jamás nadie había besado sus labios ni tocado su cuerpo como Alec, no contaban los manoseos del asqueroso de Eoghan de los que huía blandiendo su daga entre risas de sus compinches. ¿Cómo sería tener intimidad con Alec? Amy debía reconocer que estaba asustada, pero Alec jamás le haría daño.

La pesada puerta de madera se abrió con un chirrido de los goznes, tras cerrarse, escuchó como la aseguraban con la viga. Al instante sintió un peso sobre la esquina inferior de la cama. Amy se dijo que no podía ser tan cobarde, se destapó lo justo para ver a Alec deshacerse de sus botas y arrojarlas lejos de la cama. Alec se giró con una sonrisa divertida y ambos se miraron.

Mirar a Alec Leod a los ojos era como mirar la turba, negra, promesa de calor al fuego, ¡y cuando sonreía! Convertía en dicha el corazón de Amy.

—No puedes ocultarte bajo las mantas, Amy, ahora eres mi esposa.

«Mi esposa», en el momento que pronunció esas palabras, Alec se sintió más ligado a esa mujer que por los votos del matrimonio. Aceptaba su matrimonio, solo porque era ella, Amy tenía dulzura y bondad en su corazón, y, a la vez, llamas ardiendo en sus ojos verdes. Nunca tendría un sí en sus labios llenos sin haber sopesado si él llevaba razón o no, jamás obedecería sin cuestionar en esa cabecita si era lo correcto o no, y tenía su lealtad, estaba seguro de ello.

—Sé lo que debo hacer, p… pero tengo ciertos reparos. Además, Alec, ¿no te duele la herida?

Alec se rio, su esposa debía de estar nerviosa, había aprendido que podía sonreír sin temor a ofenderla cuando tartamudeaba y ella parecía agradecer que no tuviera tanto cuidado con ello. A Alec nunca le importó, encontraba deliciosa la forma en que ella fruncía el ceño cuando se trababa y tomaba aire para soltar todo lo que su apresurada y ágil mente debía decir en poco tiempo. Aún vestido, fue hasta ella y acarició su mejilla. Amy se relajó y dejó caer las mantas, mostrando el sobrio camisón que Mairi debía haberle prestado.

—Te mostraré, Amy, que podemos disfrutar, entregarnos y sentir placer.

Amy contuvo el aliento cuando Alec desabrochó los primeros lazos de su camisón. No pudo evitar levantar su mano y acariciar con el pulgar el pulso de su cicatriz sobre el ojo, estaba nervioso como ella.

En lugar de apartar su mano, Alec se levantó y se quitó el manto, se deshizo de su camisa por encima de la cabeza y continuó hasta estar desnudo ante ella. Amy abrió la boca ante aquella muestra de bandas de músculos, brazos y piernas torneadas por el combate, a propósito, no quiso mirar allí abajo, pero las definidas líneas de su estómago acababan en una línea se suave vello enmarcadas por los huesos de sus caderas hasta… ¡Aquello no funcionaría! Amy sabía cosas… Sabía que aquello debía entrar en ella… y era imposible, estaba segura. Alec debió percibir su inquietud y la cogió por debajo de los brazos, haciendo que Amy quedara de rodillas en la cama, lo que permitía que, por primera vez, ambos quedaran a la misma altura.

—Amy, eres tan inocente y peligrosa.

—¿Peligrosa yo? No creas que no he oído cosas de cómo funciona esto, y, desde ya, te digo que no podemos.

Alec rio a carcajadas, su esposa era inteligente, y para alguien que no comprendía los misterios del placer, podría resultar un tanto desconcertante. No sabía nada de las palpitaciones, del placer creciendo, de los músculos que atraían y atrapaban. Con delicadeza, despacio, como si tuvieran el resto de la vida para aquello, Alec buscó el resto de los lazos que surcaban la prenda, uno a uno los desató hasta la cintura, entreviendo la piel suave y tersa de Amy. Acarició

con los nudillos la parte de su torso entre sus pechos, su vientre, hasta que rozó el vello de su sexo. No dejaba de mirar a Amy, sus ojos fijos en los verdes de ella, las respiraciones de ambos entrecortadas. Entonces Alec, con el pulgar de su mano, apartó la tela a un lado. Contuvo el aliento. El pecho de Amy se descubrió ante él, erguido y perfecto, su mano le pareció tosca, demasiado rugosa e insultante para la suavidad de aquel pecho, al rozar con el pulgar su pezón.

Enseguida Amy se irguió, ante el ramalazo de placer que sacudió su cuerpo, como si hubiera un fino hilo que conectó aquella parte de su cuerpo con otra entre las piernas.

Alec besó sus labios, su lengua se vio envuelta con la de Amy, deseosa de calmar las sensaciones tan fuertes que Alec estaba provocando en su cuerpo. Enardecido por la furia del beso, mesó con sus manos ambos pechos, atrapando la dureza, deseoso de cubrirlos por completo sin poder conseguirlo. Fue como si hubieran prendido el mundo entero, llenas de fuego sus venas por aquella mujer. Amy se volvió osada, al ver su deseo, quiso corresponderlo, acarició sus hombros, su torso, en un sitio y otro, como si quisiera probar la dureza en cualquier centímetro de su piel. Alec soltó una de sus manos, deseaba probar a Amy, pasó la lengua creando círculos con el fin de volver loca Amy, el delicioso sabor de su piel no conseguía saciarlo. Agarró las nalgas de su esposa, haciendo que se tumbara en el lecho, desgarró los restos del camisón que aún estaba sobre las caderas y contempló la belleza de Amy, la uve de sus piernas, el placer que prometía bajo el vello de su sexo. Mientras dedicaba su lengua a los pechos de Amy, su mano buscó el placer entre sus piernas, tocó a Amy, tan húmeda y estrecha que sus dedos se introdujeron solos en aquella cavidad estrecha que hizo a Amy gemir tan alto que Alec temió que la oyeran sus enemigos.

—¡Alec!

—¿Quieres que me detenga, Amy?

Amy abandonó sus caricias y lo cogió con posesividad de los hombros, Alec sintió el tirón de fuerza y posesión con que ella intentaba demostrar que estaba preparada. Alec observó un instante más sus enormes manos sobre el cuerpo de Amy solo para maravillarse de lo lisa y tersa que era la piel de su esposa.

—Mírame, Amy, no dejes de mirarme a los ojos, quiero ver cuándo sientes placer.

Amy se sonrojó, negó con la cabeza, incapaz de responder, se acercó al borde de la cama, y Alec agarró sus caderas, con la mano condujo su verga, ahora erguida en toda su extensión, sobre el vientre de Amy hasta la entrada a su interior.

Alec intentó ser delicado, suave, con movimientos cortos, de retirada y entrada fue penetrando en Amy, sintió su virginidad rodear

su miembro. Amy eligió ese momento para clavar sus uñas en su espalda, los pechos erguidos contra su torso de una manera tan sensual que sentía a su esposa en todas partes, ella, como si supiera qué hacía, rodeó sus piernas en torno a Alec. Sus respiraciones se quebraron y la contención de Alec se alejó, con una embestida penetró a Amy, húmeda y preparada, apenas dio un respingo y siguió buscando aquello que Alec prometía y prometía y ella no conseguía alcanzar.

Amy pensó que se había roto en dos, siempre fue curiosa, impaciente, y ahora egoísta, porque no le importaba el dolor, ni clavar sus uñas en la piel de Alec o apretar sin piedad los músculos de sus brazos. Alec la mantenía casi en vilo, enroscada como una serpiente desvergonzada a su cuerpo. Y él siguió acometiendo su interior, Amy sintió el placer de envolver su verga con su piel interior. Alec la llenaba por completo, sentía la pulsación de su miembro tan dentro que pensó que no había nada más placentero ni íntimo en todo el mundo.

Alec entró y salió, no como había planeado, suave y solícito, sino llevado por la lujuria y el deseo por Amy. Era un hombre maldito desde que la miró por primera vez a sus ojos verdes. Durante interminables días, había ansiado tenerla así, planeado en su mente durante las largas horas de sus noches en vela, cómo hacer el amor con ella. Y ahora Amy se mostraba mucho más apasionada y liberada de lo que soñó e instaba a que arremetiera contra ella pasado el primer dolor, presa de un deseo que no sabía que existía. Alec mesó sus pechos, mordió sus labios mientras no paraban de danzar y sintió el interior de Amy contraerse, atrapar hasta el último movimiento de su verga y gritar su nombre. Alec miró sus ojos, pozos verdes nublados, su rostro casi una mueca deshecha. Se derramó dentro de ella, llenando el espacio entre ambos como si no pudieran separarse, lo que hizo que Amy exclamara con sorpresa al sentirse colmada, atravesada por un estremecimiento de gozo.

Lo sintió, mucho más que el placer del acto, fue algo diferente cuando Amy quedó laxa entre sus brazos y él sobre ella. Nunca se había sentido tan deshecho por dentro, nunca había dado tanto, algo que iba más allá de su satisfacción, la unión con una mujer absoluta y total. Ahora estaba convencido de haber obrado bien, Amy era su mitad. Se deslizó junto a ella sin soltar la cintura. Alec miró el brazo de su esposa, sesgado por las cicatrices desde el codo a la mano, todos aquellos que habían participado en el sufrimiento de Amy pagarían por ello. Devolvería cada golpe y herida a cada uno de ellos.

Amy apoyó el rostro sobre el pecho de Alec, maravillada por aquello que acababa de ocurrir entre ellos y algo avergonzada por su descaro, en el momento que Alec pasó su brazo desnudo por encima

del suyo y la acercó aún más supo que todo iría mal. Sintió la pesada respiración de él mientras el sueño iba al encuentro de ambos. De alguna manera, estaba unida a Alec en cuerpo y corazón, por eso la traición sería más dolorosa.

CAPÍTULO XX

Sintió como Alec se separaba de ella entre sueños, el calor abandonó a Amy, él, de forma silenciosa, recogió por toda la habitación su ropa y sus botas. Amy escuchó el tintineo de su espada al introducirla en su vaina. Alec se marchaba a luchar con los MacKinnon sin saber que eran sus enemigos mucho antes de la estúpida disputa por ella. Amy se incorporó antes de que él saliera de la habitación, como si Alec hubiera presentido que estaba despierta, se giró. Sus miradas quedaron atrapadas un instante en el recuerdo de la noche anterior.

—Ten cuidado, Alec.

Alec asintió, quedaban muchas cosas por decir, demasiados secretos se cernían entre ambos. Él se marchó, cerró la puerta y Amy suspiró hondo. Ahora era su esposo, y no había forma alguna de conservar a Alec y cumplir su misión.

Amy apartó las mantas, el frío golpeó su cuerpo desnudo, todo se había quedado helado con la marcha de Alec, a pesar de que el fuego aún ardía en la chimenea. Se vistió con los pantalones que Mairi le había proporcionado, se puso una camisa y su capa encima. Ciñó el cinturón por encima de las caderas, y buscó tras el baúl la espada corta que había pedido a uno de los hombres de Alec. La daga que su madre le había regalado la colocó en el hueco de la bota entre los pantalones y su borde. Hacía mucho tiempo que no se preparaba para la guerra, que no sentía deseos de proteger algo. Amy salió al pasillo desierto, los hombres ya se reunían en el patio para la lucha y cubrían las almenas, amanecía y los Kinnon no tardarían en atacar. Amy miró el fondo del corredor, la puerta de las habitaciones del *laird*, ¿estaría Mairi aún dormida?

De la habitación salió una sombra inclinada, como si se ocultara, Amy sacó la daga, alguien se ocultaba como un ladrón aprovechando el desconcierto antes de la batalla. El murmullo lejano de la lucha llegó hasta ella, el combate había comenzado. Como si el cielo fuera contrario a aquel absurdo desencuentro entre los clanes, un trueno sacudió los muros de Dunvegan. Amy avanzó por el corredor en silencio, la figura se volvió hacia ella.

—¡Inai! ¿Qué estás haciendo?

Inai, al verse sorprendida, clavó sus ojos azules en los de Amy y esbozó una sonrisa.

—¡Oh, eres tú! ¡Me has dado un susto de muerte, Amy! Te estaba buscando, tenemos que salir de aquí.

—¿Salir? ¿Dónde?

Inai movió la cabeza a uno y a otro lado como si Amy no comprendiera nada, tomó su mano con confianza entre las suyas.

—¿De verdad crees que los Leod vencerán a los Kinnon? No puedes ser tan ingenua. Has enviado a Alec a la muerte segura, al clan Leod.

—N… no es cierto, Inai, Alec es un gran guerrero, las fuerzas de los Leod son superiores…

—Eso es lo que han querido que creas, Amy, para que no te sientas culpable, van a morir y será por culpa tuya.

Amy se soltó de las manos de la curandera, ¿no era cierto, verdad? Alec jamás le hubiera mentido, no podía convertirse en la culpable de la caída de los Leod.

Escucharon los pasos apresurados de unas botas al subir las escaleras, Duncan, el amigo de Alec, apareció ante las dos sudoroso y agitado.

—Díselo, Duncan, Amy no me cree, los Kinnon no tardarán en tomar Dunvegan.

Duncan asintió ante Inai.

—No tardarán en derribar el muro, los Leod perderemos esta batalla, son muy superiores en número.

—¡No puede ser, Alec me hubiera advertido del peligro!

Amy dudaba, pero ante ella estaba el amigo de Alec, nadie mejor que él sabía del devenir de la batalla. ¿Y si los MacKenzie se habían unido, o el mismo Lachlan?

—¡No hay tiempo! —gritó Inai—. Debemos llevarte ante los Kinnon, Amy, eres la única que puede aclarar este malentendido, les dirás que ya te has casado con Alec, que no pretendías entrar en sus tierras.

—Sí, sí, Duncan, ¿puedes ayudarme a salir del castillo?

La sonrisa feroz de Duncan debería haber hecho sospechar a Amy, sin embargo, estaba tan alterada por haber provocado semejante desavenencia entre los clanes que solo deseaba arreglarlo como fuera.

—Claro, Amy, te llevaré ante el jefe MacKinnon si es que no es tarde ya.

Amy siguió a Duncan e Inai a través del corredor, cuando llegaron muy cerca de las escaleras hizo que bajaran en silencio, al llegar al salón desierto, Duncan entró en una pequeña estancia que Amy hasta ahora no había visto. Era una despensa, llena de sacos de alimentos y algunos enseres del comedor. Fue en la penumbra hasta unas mantas y las apartó, abrió una trampilla de madera que parecía formar parte del mismo suelo.

—Entra, Amy —ordenó Inai, dándole un suave empujón.

Amy sabía que no debían perder tiempo, pero ¿por qué Alec no había subido a contarle que perdían la lucha en persona? Había algo que no cuadraba, ¿mandaría Alec a Inai y a Duncan? ¿No debería estar Duncan con sus hombres y protegiendo al laird? Estaba a punto de darse la vuelta para hacer todas esas preguntas a Duncan cuando él la empujó por la estrecha escalerilla de piedra. Amy cayó golpeándose con las afiladas piedras del borde de los escalones, parecía que jamás dejaría de rodar hacia abajo cuando el último golpe contra el helado suelo dejó a Amy aturdida. Intentó levantarse cuando Inai cogió su pelo con brusquedad e intentó que se apartara de las escaleras de piedra. En la otra mano llevaba una vela que goteó sin piedad en el rostro de Amy. Duncan tiró de su brazo herido hacia arriba provocando que Amy gritase en medio de la oscuridad.

—¡No seas estúpida, Amy! —chilló Inai—. No te queda alternativa que venir con Duncan y conmigo, Lachlan está deseando volver a verte, estoy segura.

Amy quiso oponerse a la fuerza de Duncan e Inai, pero el golpe contra el suelo había sido demasiado duro, estaba tan dolorida que ambos la superaban de tal manera que era incapaz de sacar su daga de la bota.

—Me habéis engañado, ¿por qué, Inai? No os seguiré, tendréis los dos que arrastrarme hasta mi tío. ¿Con qué os ha convencido? ¿Riquezas, tierras? No me iré sin contárselo a Alec.

Inai se rio tan alto que su eco rebotó una y otra vez en las estrechas paredes de piedra del pasadizo.

—Amy, querida, ¿crees que tienes opción? —Inai soltó su pelo solo para mostrar aquello que escondía bajo su vestido. Ante ella mostró un trozo de tela amarillento, más grande que un paño, roto en un extremo, deshilachado en el otro y lo extendió ante ella. En la penumbra, Amy solo pudo distinguir extraños caracteres y símbolos, apenas tuvo tiempo de tocar la tela cuando Inai volvió a arrugar la bandera y volver a introducirla entre los pliegues de su vestido—. Ahora Alec sabrá que tú eres la traidora, que solo viniste a Dunvegan para traicionar al clan Leod y has traído contigo la guerra a sus puertas. Sabrán que los Kinnon te ayudaron, que todo fue una mentira, hasta vuestro matrimonio, para llevarte su reliquia más preciada. En cuanto sepan que la *bandera de las hadas* ha sido robada, será la guerra, el fin de los Leod, supersticiosos débiles, están acabados. Ahora, Amy, nosotras estamos unidas para siempre en la traición «*Semper in unum*».

Amy abrió los ojos cuanto el dolor de la caída permitió a su rostro magullado. No podía ser, no podía creerlo, no podía mentirse más. Estaba atrapada por una traición por parte de quien jamás había imaginado.

—No funcionará, Alec jamás creerá que lo he traicionado.

—¡Basta ya! —gritó Duncan.

Amy sintió que sus ojos no respondían y caía en la inconsciencia, Duncan, desde atrás, había golpeado su cabeza.

CAPÍTULO XXI

Alec frunció el ceño, mientras su hermano y los demás hombres daban gritos de júbilo, él sentía que algo no iba bien. Habían sometido a los Kinnon desde las murallas, apenas sin pérdidas entre los Leod, algún herido si acaso. Después Blake había ordenado que se abrieran las puertas para luchar cuerpo a cuerpo y acabar con ellos al fin. En ese momento, como si se tratara de una señal, los Kinnon se habían retirado bajo las órdenes de su *laird*, corriendo como cobardes, dejando a sus muertos y a sus heridos, rumbo al bosque. No es que creyera que no podían vencerlos, al menos podían haber causado bastante daño a los Leod a causa del temperamento de su hermano, si Blake lo hubiera escuchado, jamás habrían salido tras ellos.

Dirigió su mirada a Dunvegan, en las almenas, Mairi y el resto de las mujeres celebraban también el triunfo de los Leod. Eric Donald, el hermano de Mairi, y sus hombres se habían quedado protegiendo a la familia. Alec pensó que no podía ser una trampa para hacerlos salir del castillo, no con los Donald como aliados, entonces, ¿por qué sentía que los Kinnon solo habían estado jugando con ellos?

Blake palmeó su espalda y huyó de la efusividad de sus hombres.

—¡Tío Alec! —Eric o Torquil, uno de sus dos sobrinos mayores, se acercó corriendo—. ¿Has visto a Duncan? Creo que han debido de herirlo, no lo encontramos.

—Lo vi al principio de la lucha, después debía estar con vosotros dos y proteger las murallas —Alec respondió cada vez más extrañado.

El otro gemelo se acercó al mirar a Alec, supo que era Eric, al principio de la lucha le había rozado una flecha en la mejilla.

—Duncan no está, tío Alec. ¿Crees que los Kinnon lo tienen como prisionero?

Alec se pasó la mano por el pelo sin llegar a comprender por qué su instinto de guerrero insistía en avisarlo de que algo no iba nada bien. En el pasado, esa intuición había salvado su vida.

Corrió con su espada desenvainada hacia la entrada de Dunvegan, de una patada abrió las puertas del salón para encontrarse a Mairi con el rostro desencajado, pálida.

—Alec. Amy no está. No consigo encontrarla por ningún sitio.

A su lado, Robby se escondió entre las faldas de su madre, llevaba en la mano su espada de madera como si también fuera a luchar por el

clan. Alec no se detuvo, atravesó el salón, subió las escaleras hasta sus aposentos, la puerta estaba abierta, no había signos de violencia ni de Amy. Sobre la cama, estaba el manto de los Leod que Amy siempre utilizaba. Salió de la habitación, se dirigió con paso firme, la espada desenvainada, hasta los aposentos de Blake, la puerta estaba abierta, el baúl donde estaban las riquezas de los Leod abierto.

—Tío Alec —lo llamó Robby desde la puerta, él y Mairi lo habían seguido en su desesperación—. Quizá no debí decir a Amy dónde estaba la *bandera de las hadas* de papá.

El grito de Alec Leod se escuchó incluso fuera de los muros de Dunvegan, atravesó el bosque sobre la colina y llegó a cada confín del castillo. Alec Leod estaba jurando venganza a su esposa.

CAPÍTULO XXII

Amy despertó con un terrible dolor de cabeza, reconoció al instante el interior de la cabaña en la cual estaba, era la casa de Inai sin duda. Hacía tan solo unos días, había estado tendida en ese jergón mientras Alec permanecía de pie junto a esa misma chimenea. Intentó moverse y unas gruesas sogas tiraron de sus manos, habían atado sus muñecas juntas, a la altura del estómago. Sus tobillos también estaban atados.

Miró alrededor al instante, escuchó en silencio, solo el crepitar del fuego se oía en la pequeña cabaña. Inai y Duncan debían de estar cerca, o quizá habían salido en busca de Eoghan. Amy desconocía cuánto tiempo había pasado desde que la llevaran allí, pero tenía que huir lo antes posible, si Eoghan aparecía, estaría sentenciada, ella y su hermano, ya en poder de Lachlan no tendría con qué negociar.

Amy buscó alrededor algo con lo que cortar las sogas, quizá si rodaba fuera del camastro, pudiera llegar a la puerta. Y entonces estaría desprotegida en el suelo, sin posibilidad de moverse. Recordó como de niña, Ruadi y ella se escondían en cualquier parte, hueco del muro o baúl, solo tenía que encoger las piernas lo suficiente, obviar el dolor que le estaba produciendo en sus músculos de adulta y tomar impulso hacia adelante. Con una sonrisa llegó hasta sus tobillos y agarró la cuerda que los ataba, se acomodó para quedarse sentada, y entonces pudo sacar la daga de su bota. Estaba segura de que le había llevado más de diez minutos cortar las cuerdas de sus pies, pero en cuanto lo consiguió fue más fácil con las manos. Amy tuvo que quedarse un instante tumbada hasta sentir todos los músculos de su cuerpo a pesar de que temía la vuelta de Inai y Duncan. Ahora tenía que marcharse a toda prisa, volver con Alec, entonces, en una bolsa colgada junto a la puerta, vio asomar una tela de seda marrón y al momento supo que aquello era la reliquia de los Leod, la misma que Inai había robado. Amy cruzó la bolsa sobre su hombro y con la daga en la mano avanzó hacia la puerta.

Los goznes de la puerta chirriaron y, por un instante, Amy quedó cegada por la luz del atardecer que incidió directamente sobre ella. Entonces comprendió por qué se hallaba sola en la cabaña y ni Duncan ni Inai la vigilaban. Frente a ella, en el claro, estaban ambos, Inai, con un arco, preparado para disparar una flecha, al otro extremo, Duncan, su espada desenvainada. Alrededor suyo, el bosque capturaba

los rayos de la tarde que caía sobre ellos, proyectando la luz entre las copas de los árboles. En el centro, entre uno y otro, a unos metros de distancia, estaba él. Alec tenía las dos espadas cortas que siempre portaba a la espalda, desenvainadas, pendiente de los movimientos de ambos. En su rostro se veían profundas ojeras, la tensión de sus músculos bajo la camisa era evidente, vigilaba a los dos. Estaba cercado por Duncan e Inai, de frente a ella. Al sonar los goznes de la vieja puerta de madera, dejaron de prestarse atención y miraron a Amy. Alec, con alivio, emitió un suspiro, Inai, una sonrisa torcida, y Duncan, demasiado tenso, fue el primero en volver a su posición para prepararse ante el ataque de Alec.

—¡Mira, Alec, tu dulce esposa se ha dignado a despertar!

Amy miró a Alec, no sabía hasta qué punto él la consideraba culpable de la huida de Dunvegan. En ese momento, poco importaba, Alec estaba cercado por los dos, si luchaba a espada con Duncan, Inai dispararía su flecha.

—Va… va… vamos, Amy, dile a Alec que has robado a los Leod —se burló Inai, imitando su tartamudeo con una risa que dio escalofríos al oírla.

—«*Semper in unum*», Inai, eso dijiste en el pasadizo. —Amy se adelantó hacia ella, Inai, al momento, retrocedió unos cuantos pasos —. ¿Cómo lo sabías? Es una frase que solo conocemos Ruadi y yo, nuestra madre. Tuvo que ser mi hermano quien te la dijo, Inai.

Inai entornó los ojos, dejando ver en su rostro su verdadera naturaleza taimada. Bajo aquella apariencia angelical se escondía una traidora desalmada.

Amy vio que ella relajaba la tensión del arco y se aproximó un poco más.

—Fue Ruadi quien me animó a devolver al niño, fue él quien me animó a escapar, fue mi hermano quien ideó este plan, ¿por qué, Inai? Para que llevara ante él a Alec Leod, sus ejércitos. ¿Qué sois, amantes, Ruadi y tú? ¿Qué os ha prometido Lachlan a Ruadi y a ti? ¿El clan, el poder?

Inai palideció, Amy había atado todas las cuerdas en su cabeza, a través de aquella frase, lo último que se dijo con su hermano en Tioram, había descubierto una traición mayor que la de Lachlan, era su hermano quien había estado detrás de todo. En algún momento, se había vuelto como su tío, oscuro y ambicioso. Durante mucho tiempo, Amy había sufrido, estado dominada bajo el poder de Lachlan, y todo por él, por Ruadi, y su hermano era el culpable de todo.

Inai levantó la barbilla ofendida.

—¿Qué sabrás tú, Amy? Eres la hija de una heroína escocesa, pudiste tener todo.

—Y no tengo nada —contestó furiosa Amy.

Amy vio como Alec aprovechaba la distracción de los dos traidores, dio un paso hacia Duncan, apenas fue un movimiento imperceptible hacia su antiguo amigo. Duncan e Inai le prestaban atención a ella y solo a ella en ese momento. Entonces lo miró, a su esposo, sus ojos se cruzaron y Amy asintió con un movimiento leve de la cabeza, Alec no conocía sus habilidades, pero esperaba que comprendiera aquel gesto. Inai cambió la dirección de la punta de la flecha al ver que algo tramaban, apuntó a Amy al corazón.

—Alec, aún queda una salida, no quiero matarte —gritó Duncan—. Si me entregas a Amy, me iré de tus tierras.

Alec suspiró hondo.

—¿Es por oro, Duncan? Eras mi mejor amigo.

—Es fácil mirarme con desprecio, tú mismo eres el hermano de un *laird*, no tendrás tierras nunca, ni serás nada mientras estés bajo el mando de Blake. ¿Es eso lo que quieres? Estoy cansado de vagar acogido por un clan y otro, someterme a las decisiones de tu hermano y poner mi espada al servicio de otros.

Alec negó con la cabeza, jamás tendría un clan bajo su poder, eso era cierto, pero sí una familia con quien vivir, amar y servir con lealtad. Captó lo que Amy quería decir y Alec se encomendó al cielo, en verdad que su mujer parecía en ocasiones frágil y demasiado menuda, la mayoría del tiempo, desde que la conocía, su rostro estaba lleno de golpes, su brazo abierto en una herida imposible, habían golpeado, herido y pegado a Amy de mil formas distintas, por lo que decía, su propio hermano había traicionado su confianza, y allí estaba ella, con la barbilla en alto, las mejillas sucias, sobreviviendo a todos. Asintió. Fue suficiente. Amy desveló el cuchillo que llevaba escondido en la manga y tiró contra Inai, con fuerza y seguridad. Fue un tiro certero, directo al cuello de la curandera, que solo acertó a ahogar un gemido antes de soltar el arco y caer al suelo.

Duncan, quizá atónito por lo que acababa de ver, no reaccionó cuando Alec dio la primera estocada dejando en desventaja su cuerpo. Alec no dudó, ese hombre era el responsable de la mayor traición, había abierto su hogar, su confianza, incluso su alma a aquel hombre, y cuando la punta de su espada penetró en su corazón, cuerpo a cuerpo como estaban, lo empujó para que muriera contra el suelo, en mitad del barro y la hierba.

Alec se giró en busca de su esposa, Amy, con toda la tranquilidad del mundo, había recuperado su cuchillo. Limpió la sangre contra la hierba y lo guardó en la bota.

—¡Cielo santo, Amy!

Ella se giró, tenía lágrimas en las mejillas, a excepción del momento en que la curaban, no había visto a Amy derramar una sola lágrima más.

Amy echó a correr hacia él, Alec abrió los brazos para recibir a su esposa. Chocó contra su torso con tal fuerza que Alec incluso se tambaleó. Ella se refugió en el hueco de su pecho y Alec agachó la cabeza. Besó su cabello enmarañado con una extraña sensación. Sabía que Amy era valiente y fuerte, pero jamás adivinó que poseía tales cualidades.

Amy, quizá intuyendo lo que pensaba Alec, levantó el rostro. Sus ojos verdes lo miraron con alegría.

—Siento haber matado a Inai, pero no quedaba más remedio, eran ellos o nosotros.

—Ya, Amy, no te miro así por eso.

—Aquí tienes, Alec —dijo mientras sacaba la bandera y se la tendía a él—. No me llevé vuestra bandera, no fui yo, esos dos me engañaron. No puedo soportar que me consideres una traidora.

—Una vez que dejé de gritar como un loco y golpear las paredes de Dunvegan, me di cuenta. No podías haberme traicionado, no eres como ellos.

Amy frunció el ceño al comprender.

—Vaya, ¿entonces de verdad me miras así porque te he sorprendido, esposo? No sabías que puedo defenderme sola.

Amy parecía ofendida, bastante, por cómo se apartó de él y comenzó a golpear con el pie el suelo. Entonces Alec vio el dedo en alto de Amy a modo de advertencia, y comprendió a su hermano, era el signo de que una buena charla se acercaba, ahora podía entender un poco a Blake.

—¿Qué quieres que pensara, Amy? Desde que te conozco, te han golpeado, herido, secuestrado…

—Sé lanzar un cuchillo, tirar con arco y manejar la espada corta. Alec, solo fue siempre cuestión de números, eran demasiados.

Y Alec no pudo resistirse a los inocentes ojos verdes de Amy, ni a su forma clara de decir las cosas, ni siquiera a ese mentón sucio de tierra. Atrapó a su esposa entre sus brazos y la besó, cargó con su cuerpo, elevándolo contra el suyo para sentir más cerca a Amy. Ella correspondió a su beso, sonriendo y moviendo su rostro para acomodarlo al suyo. Con un respiro entrecortado, Alec se separó, consciente de que estaban en un claro, en mitad del bosque, Eoghan estaría al acecho, tras escapar de la batalla de Dunvegan no había vuelto a aparecer. Se separó reticente de Amy y de sus labios hinchados por el beso.

—Tenían vuestra bandera, supongo que Inai la robó para avergonzaros o atraeros a alguna trampa. Creo que ella sí creía en la magia de vuestra reliquia.

—Si algún día tengo la oportunidad, y espero que no, te demostraré que la *bandera de las hadas* tiene un poder real. Ahora debemos irnos,

creo que estos dos traidores esperaban a Eoghan.

Amy lo detuvo con la mano en el pecho, a veces se quedaba sorprendida de la fuerza de Alec cuando lo tocaba de nuevo.

—Eoghan, ¿huyó? Entonces los expulsasteis de Dunvegan.

—Claro —contestó con soberbia o, tal vez, como si Amy estuviera loca. Los Kinnon no eran rivales para sus ejércitos, aunque ahora estaban solo Amy y él.

—¿Y por qué viniste solo a por mí? ¿Estás loco, Alec? ¿Cómo me has encontrado?

Alec suspiró cogiendo su brazo a la par que se dirigía a la espesura.

—Seguí su rastro, Duncan e Inai ni siquiera se tomaron la molestia de borrar sus huellas, jamás pensaron que te seguiría. He venido solo porque no quería advertirlos y que te mataran —dijo Alec encogiendo los hombros.

—Te has arriesgado mucho por mí.

—¡Amy, no he tardado tanto en tener esposa para ahora perderla el primer día de casados! —exclamó Alec divertido.

Amy rio, caminaron unos pocos pasos con precaución, sorteando los troncos caídos y las ramas. Entre dos árboles, atadas las bridas a uno de ellos, estaba el caballo de Alec arañando el suelo impaciente. Alec guardó la bandera en las bolsas de la grupa y tendió la mano a Amy.

—Tendremos que cabalgar juntos, espanté a los caballos en que te trajeron Inai y Duncan.

Un destello fugaz de tristeza recorrió a su esposo y Amy acarició su brazo a modo de consuelo. Ella lo sabía bien, no había nada que se pudiera decir cuando alguien a quien aprecias de verdad te traiciona. Alec la ayudó a que subiera a su montura, con agilidad montó tras ella y atrajo el cuerpo de Amy contra el suyo.

—¿Dónde vamos, Alec? —preguntó Amy mientras su esposo sostenía las bridas.

—Los ejércitos de los Leod, los Donald y los Campbell han partido hacia Tioram.

Amy se puso tensa en sus brazos, comprendiendo.

—Ya sabes quién soy.

—Siempre lo supe, Amy, desde que ese anciano tuvo la poca cabeza de enseñarme tu broche, después de que se te cayera esto, lo confirmé. —Alec mostró a Amy el papel doblado donde había escritos los nombres de los traidores, y ella suspiró por su torpeza.

Amy no podía regañar a Alec por haberlo leído, no tras el momento que habían vivido hacía unos instantes. Se lo quitó de las manos y lo rompió en pedazos.

—Amy, eres una Ruari, la hija de Cristina de las Islas, y eres la prometida que rechacé hace dos años.

Contuvo el aliento, se giró para mirar a los ojos a su ahora esposo.

—No lo sabía —susurró Amy—. ¿Soy yo la causa de que abandonaras tu hogar hace dos años? —Muy seria, Amy miró hacia un punto indeterminado.

Alec vio que su menuda esposa se mordía el labio inferior, por una vez, Alec sabía exactamente qué estaba pensando Amy tan concentrada.

—No pienses ninguna tontería. No fue por tu tartamudez, Amy, lo juro. No sabía siquiera cómo eras, me negué porque era entonces un muchacho consentido que creía que nadie podía obligarlo a hacer nada que no quisiera.

Amy asintió y desvió la mirada.

—Ahora sé de qué ofensa hablaba mi tío Lachlan, creo que los Ruari pensaban que me habías rechazado abiertamente. Deberías haber explicado que su hijo intentó matarte a traición. No me mires así, Alec, delirabas por la fiebre, yo solo escuché. ¿Crees que mi primo te buscó a causa de que me rechazaste?

—Puede ser, pero lo más probable es que pesara más la enemistad que durante años han mantenido nuestras familias, que yo huyera en vez de casarme contigo solo desató el odio que nos teníamos los Leod y los Ruari. Siempre nos hemos disputado los mares y el apoyo de otros clanes. No eres la culpable, Amy, fue el hijo de Lachlan quien me buscó en el campo de batalla, era un enemigo, no actuó con honor, me atacó a traición. Después no quise manchar su nombre, ¿para qué?, ¿qué sentido tenía defenderme? El muchacho ya estaba muerto.

Alec se agachó al pasar debajo de unas ramas y miró con resignación a Amy. Nada de lo que pudieran hacer ninguno de los dos cambiaría el pasado. Amy respiró hondo y cogió la mano de su esposo entre las suyas.

—¿Entonces vamos en busca de los ejércitos de tus familiares? —preguntó Amy.

—Nos llevan dos o tres días de ventaja, pero no vamos porque los necesitemos. Amy, vamos en busca de nuestra propia venganza.

CAPÍTULO XXIII

Alec sabía que no podían seguir cabalgando más, su caballo jadeaba por el peso de ambos al galope. Detrás de ellos, en algún lugar, estaba Eoghan Kinnon y no cejaría en su empeño hasta alcanzarlos. Pendiente de guiar al caballo entre las colinas, se dirigían al sur, atravesarían el paso de agua en una de las barcazas y después esperaba encontrarse con el ejército Leod.

Amy se había quedado dormida hace rato entre sus brazos, acunada por el movimiento de su montura. Alec colocó con el hombro su cabeza para sostenerla en su pecho. Tras la batalla en Dunvegan, había creído en la traición de Amy, Alec se había acunado en el odio, cegado por la ira. Pasados los momentos iniciales, fue hasta los aposentos que apenas hacía unas horas habían compartido, ahora Amy era su esposa y lo había traicionado. Sobre la cama estaba el tartán de Alec que ella olvidaba en todas partes. Alec había intentado buscar algún tipo de falsedad o un signo que indicara la traición de Amy en la noche que habían pasado juntos, ¿cómo habían sido sus caricias? ¿Qué había sentido Amy entre sus brazos? Entonces vio la corona de flores que había puesto en su cabeza, Alec la había sostenido dolido sin poder creer que Amy fuera una traidora, destrozó entre sus manos las diminutas flores que cayeron al suelo.

—No puedo creerlo, Alec. —Mairi lo había seguido y permanecía en la puerta observándolo—. Duncan ha desaparecido, Inai, la curandera, también. ¿No te dice nada que ambos desaparecieran sin más junto a ella? Nunca me gustó esa curandera, Inai, utilizaba a mi hijo Eric porque no podía tenerte a ti, y Duncan… cada vez estaba más serio y taciturno, te envidiaba, Alec, si no hubieras estado cegado por la amistad, hubieras visto sus miradas cargadas de odio. El día del incendio, lo vieron justo antes en el establo, ni Blake ni yo queríamos creerlo hasta que fue tarde. —Mairi se aferró a su brazo con cariño, como si pudiera proteger a Alec de todo—. Alec, ve en su busca. Ella te ama, lo sé. Nunca se hubiera casado contigo ni se hubiera entregado a ti si no fuera así.

Alec quiso ocultar su rostro a Mairi, algo inevitable porque, la que había sido una madre para él durante años, lo conocía como nadie en el mundo. Mairi se acercó y lo abrazó con cariño.

—Yo tampoco puedo creerlo, Mairi, no puede ser que el destino me

traiga a Amy y después me la arrebate. Suficiente penitencia he de sufrir al saber que podía haber librado a Amy de todo el horror y las palizas que su tío le propinó si hace años me hubiera casado con ella como quería Blake.

—Lo sabías, ¿verdad? Que era Amy Ruari, desde el principio.

Alec asintió y se separó de Mairi.

—Parece que soy incapaz de librarme de mi destino, hace años fue marcado para mí un sendero y, por mucho que me haya equivocado e intentado negarme la felicidad, Amy insiste en traerme de vuelta.

—Ve a por ella, Alec, Amy te necesita.

Y, en ese momento, conociendo a los traidores, a Duncan e Inai, supo dónde escondían a Amy para entregársela a Eoghan. Era curioso cómo su mente se había quedado limpia de dudas, ellos dos la tendrían en la vieja cabaña de la curandera, en territorio Kinnon, muy cerca de sus fronteras.

Ahora que Amy estaba entre sus brazos, Alec se preguntaba cómo había podido dudar de ella un solo instante. Redujo la marcha de galope de su caballo, la noche empezaba a caer sobre ellos y dentro de poco no vería nada, llegaban a los bosques del sur, sería mejor buscar refugio en la espesura de los árboles y continuar al día siguiente. Amy pareció darse cuenta de que aminoraba el paso y despertó. Sus ojos verdes lo miraron velados aún por el sueño, Alec depositó un beso en su pelo y apretó su cuerpo en un abrazo.

Amy sintió que su corazón se encogía de amor por Alec, con un simple gesto llenaba de ternura su alma.

—Pararemos aquí, no podemos atravesar el bosque a caballo durante la noche.

Amy descendió de un salto, le costó caro, un pinchazo de dolor ensombreció su rostro. Aún le dolía el golpe que Duncan le había propinado. Inspiró hondo, tratando de no recordar la expresión de Inai cuando el cuchillo impactó en su cuerpo. Amy sabía que era cuestión de supervivencia, era Inai o ella, Alec o Duncan, pero no por ello podía olvidar que había matado a una persona, ni su expresión en el momento que Inai sentía que la vida se escapaba de su cuerpo.

—¿Crees que nos persigue? —Amy se giró para mirar el terreno que llevaban recorrido, como si de entre las sombras del anochecer Eoghan pudiera salir enarbolando su espada.

—Estoy convencido, solo retiró sus tropas de Dunvegan porque sabía que Duncan te sacaría de la fortaleza. Te quería a ti, Amy, nunca hubiera tomado el castillo, sabía que era imposible.

—Lachlan debe de estar muy enfadado con él, no creo que Eoghan contara con su aprobación para ir en mi busca. Todo su plan se ha venido abajo por la obsesión de Eoghan.

Alec cogió las armas y las mantas y las echó al suelo, con una

palmadita dejó que el caballo fuera a beber al arroyo cercano. Amy entonces miró a su esposo. Su esposo. Amy notó que él evitaba mirar sus ojos, apenas se habían casado hacía un día y ya había arrastrado a Alec a su vida llena de traiciones y engaños, en mitad de un bosque, siendo perseguidos como animales. Amy cogió su arco y sus flechas.

—Deberíamos cazar algo, muero de hambre —dijo Amy moviéndose alrededor, en busca del rastro de algún animal.

Sabía que Alec la observaba y eso animó a Amy a alejarse un poco más.

—¿También sabes cazar? ¿Seguir un rastro?

—Mi madre me enseñó a sobrevivir en el bosque, el uso de las armas…, es Cristina de las Islas.

—Entiendo.

Amy dejó lo que estaba haciendo y se acercó a Alec.

—Pregunta lo que quieras, Alec.

—Inai, ¿qué le dijiste? ¿Es tu hermano quien organizó todo esto? ¿Por qué?

—Los Ruari llevamos inmersos en una guerra interna desde hace años, mi madre era la descendiente natural del clan, pero mi tío Lachlan nunca estuvo de acuerdo en que una mujer liderara nuestro clan. Ella quería que yo la sucediese como *laird* de los Ruari. Creí que mi hermano estaría siempre a mi lado, jamás lo traté como los demás por haber nacido antes de que mi madre se casara con padre, que fuera un hijo bastardo, ahora está claro que Ruadi jamás lo aprobó. Nunca quiso que fuera *laird* de los Ruari.

—No, al parecer, no.

Amy tuvo que sonreír ante la sinceridad de Alec. Su esposo se acercó dando apenas un paso, Amy tuvo que echar la cabeza atrás para mirarlo, su altura, su amplio torso, parecía cubrirla entera cuando estaba tan cerca. Amy acarició su mejilla con la palma de su mano, pasó el pulgar por la cicatriz de su ceja, pulsaba a toda prisa. Alec rodeó su cintura con ambos brazos y la alzó hasta que sus bocas se rozaron.

—Mi pequeña *caileagh*, tienes el valor de un guerrero y el rostro de un ángel.

Amy abrió los ojos sorprendida, jamás había oído a Alec hablar así. Sonrió contra su boca mientras él acariciaba la piel delicada con los labios.

—No sé cómo ni por qué, Alec, te amo, con todo mi corazón.

Alec sintió el susurro cálido de sus palabras sobre él, besó a Amy sin suavidad, llevado por la calidez que subía por todo su cuerpo al tener a Amy pegada a él. Sin miramientos, Alec se arrancó el tartán y lo echó sobre el suelo. Amy pasó las manos por su camisa, sintiendo cada músculo de su torso bajo la tela. Descendieron al suelo, sin dejar

de besarse, moviendo las cabezas, las lenguas en un baile donde solo querían fundirse más y más con el otro. ¿Cómo era posible que sus manos no pudieran abarcar el cuerpo de Amy de la forma que él deseaba? Quería todo de ella, surcar con los dedos cada hueco de su piel. Amy le había otorgado con sus palabras la confesión de que lo amaba, y era consciente que, por primera vez, necesitaba que ella supiera lo importante, lo enormemente importante, que era para él, lo desesperadamente importante que Amy era en su vida.

—Amy, no sé de amor, ni de canciones, ni de poemas, solo sé que no puedo respirar sin ti. Cuando pensé que me habías traicionado, todo se volvió demasiado insoportable, si amar es sentir mi interior vacío al no tenerte, entonces, sí, esposa, es amor. Pensé que, si te hacían daño, mi mundo acabaría.

Amy lo miró, sus ojos negros entornados sobre los suyos, la mirada suave, cargada de algo embriagador que hizo que Amy volviera a besarlo.

Alec, con su destreza, bajó sus pantalones, casi se arrancó la camisa al deslizarla sobre su cabeza. Amy lo miraba con avidez, se mordió los labios ante el imponente físico de su esposo, las bandas de músculos en su estómago, las líneas oblicuas de su cuerpo, el suave vello de su torso que moría en la uve de sus caderas. Era magnífico, la piel de Alec refulgía bajo los últimos rayos dorados de sol, como si se tratara de un ser mítico del bosque. Amy posó la palma de sus manos sobre él, descendió maravillada al sentir como todo el cuerpo de Alec se ponía tenso. Él la miraba, no de una forma que prometía que sería suave, sino que la pasión se adueñó del negro de sus pupilas. Demasiada tensión y preocupación, habían librado la primera de las batallas contra sus enemigos, aquel no sería un balanceo acunado por la ternura. Amy era consciente de que en ella surgía la misma fiereza, la necesidad de enzarzar sus cuerpos en una lucha sin tregua. Lo acarició con fuerza.

Alec inspiró hondo, tenía a Amy bajo él, el rostro mudado en pasión. Sentía sus manos, retorcerse su cuerpo para pegarse al de él. Abrió su camisa, su pecho asomó inhiesto ante el primer frío de la noche o a causa de sus caricias. La forma redondeada, la dureza de su seno, volvieron su razón nula. Lamió su pecho, ansioso por quedarse con el sabor de Amy entre los labios. Su mano áspera de guerrero agarró la suavidad de su seno pleno. Alec hubo de abandonarlo para observar como se marcaban las curvas de Amy a la tela del pantalón, los bajó con suaves tirones. Alec notó como su cicatriz del ojo pulsaba sin parar. Cuando tocó la humedad entre las piernas de Amy, inspiró fuerte ante los gemidos de ella. Arrasó con su dedo, el interior prieto, introdujo otro dedo, llevado por la lujuria al ver como Amy se retorcía ante sus caricias. No pudo evitar agacharse entre sus piernas y lamer

su entrada, su sabor dulce. Era suya, era su esposa, Amy le pertenecía, y lo que siempre más temió, él era suyo, de Amy.

Su esposa no se quedaba quieta, arrebató la última fibra de su ser al encorvarse y sujetar su cabeza entre las piernas. Alec no quería aquello, deseaba unirse a ella, como en la noche de bodas, arrasar su interior con la semilla de su miembro. Alec se apartó y Amy se quejó con un gruñido. Si hubiera estado más sereno, hubiera sonreído ante la pasión de su esposa. Miró sus ojos verdes turbios, aguados por la pasión, la penetró, al principio, despacio, buscando llenar el estrecho hueco que ella le permitía a su verga. Una vez dentro, no hubo compasión para ninguno de los dos. Alec empujó y salió, con cada embestida, Amy pronunciaba su nombre y lo instaba a seguir. Se encorvaba ante él. Alec sintió que llenaba su interior por completo, los músculos de Amy se contrajeron y notó como ella se colmaba de placer, Amy echó el rostro hacia atrás, se perdió en sus cuerpos fundidos. Alec sintió como se acoplaban por completo, llenaba a Amy, se unían en un placer elevado, a nada comparable en el mundo, como si las estrellas bajasen a la tierra.

—Alec —susurró Amy, desmadejada entre las mantas.

Con ternura, tapó su cuerpo y recuperó su ropa del suelo de hojarasca. Se sentó junto a ella e, inclinado, besó la punta de su nariz.

—Eres tan hermosa, Amy. Supe que serías mía desde que te vi en aquel granero, afirmando que eras mi prometida.

Amy se puso colorada y apartó el rostro.

—Estaba llena de moratones y los labios hinchados, no me hubiera extrañado que te fueras nada más entrar.

Alec rio.

—A pesar de los golpes, estabas hermosa, eres hermosa, Amy. Valiente y obstinada, demasiado temeraria.

Había fruncido el ceño y Amy siguió su vista, el corte de su brazo había quedado visible con la manga de la camisa remangada de manera irreverente.

—Lo mataré, en realidad, a los tres, hasta que sus almas no vayan al infierno, no descansaré.

Amy respiró hondo y tapó la cicatriz en forma de «L» de su brazo.

—Antes era importante para mí vencer a Lachlan, acabar con Eoghan y Ragnald, ahora no son más que un montón de recuerdos borrosos. Alec, ya no tengo que salvar a mi hermano, mi hermano fue quien ideó todo esto. No importo a nadie en aquel castillo, Tioram no volverá a ser mi hogar. No quiero que vayas a la guerra, otra vez no, oí tus pesadillas, esas con las que cada noche luchas. Podemos volver a Dunvegan, si tu hermano lo permite, viviremos en paz con tu clan.

Alec se apartó de ella.

—Ya no es posible, Amy, los Ruari, los Kinnon, los MacKenzie nos

han declarado la guerra, lo hicieron el mismo día que secuestraron a Robby y osaron marcarte. Han hecho daño a dos de los nuestros y nada podrá detener esta disputa, el oeste de Escocia está en guerra.

—Mairi dijo que había salvado a su hijo, pero que yo era la llave de Escocia que abriría una guerra entre clanes.

—Ella es… a veces demasiado dramática.

—Pero tenía razón, Alec.

Alec cazó una liebre, después de que Amy encontrara su rastro cerca del río, donde los animales del bosque debían de ir a beber. Cenaron entre miradas y sonrisas, como si al otro lado de las colinas no les persiguiera un desquiciado Eoghan. Antes del amanecer, Alec la despertó con una caricia sobre la mejilla, ya había recogido el campamento y enterrado las brasas del fuego. Fue a por el caballo que pastaba en la pradera cerca del río, desde aquella colina del bosque podían observar el camino dejado atrás. Alec oteó el horizonte de copas verdes, al elevar la mirada, vio en la lejanía el fuego de los hombres de Eoghan, claro, ellos no necesitaban esconderse, es más, Alec apostaba a que Eoghan quería que supiera que los perseguía como un cazador a su presa. No hizo falta que le contara sus temores a Amy, a su lado, miraba en la misma dirección. Tenían que darse prisa y encontrar al ejército de los Leod.

CAPÍTULO XXIV

La suerte no duró mucho, empezó a llover con fuerza, las inclinadas laderas del bosque se esforzaban en hacer que Amy y Alec resbalaran cada dos pasos entre las hojas del suelo. Hacía rato que Alec conducía al caballo de las riendas, la espesa cortina de lluvia no permitía ver las ramas del suelo ni los agujeros, era un peligro cabalgar así entre las montañas. Entre las plantas se veía el reflejo del agua y, a lo lejos, oyeron el sonido de cuernos de caza, Eoghan no tardaría en alcanzarlos.

La costa no estaba lejos, Amy pudo oler el salitre y algunas gaviotas graznaron sobre sus cabezas anunciando que pronto el bosque se acabaría. Tenían apenas unas horas hasta el pueblo, donde hacía ya un siglo, Neill había llevado a Amy y a Robby.

—Pasar el canal les llevará un tiempo, debemos encontrar una barcaza cuanto antes, Blake no puede estar muy lejos de la costa, al otro lado —dijo Alec cuando ante ellos se abrió una explanada rocosa que llevaba al pueblo de pescadores. Más allá de la playa se veía la estrecha franja de mar que los separaba de tierra firme.

—No la robaremos —afirmó Amy—, no si tenemos otra opción.

—Cuando llegue Eoghan, ¿qué crees que hará?

—¿Pedir por favor que le lleven? —dijo Amy con una sonrisa.

Alec elevó sus ojos al cielo, como si pidiera paciencia, y descendieron la colina hasta el pequeño puerto. Los pescadores volvían de recoger las redes y solo algunos con sus *birlinn* se dedicaban a hacer el viaje de ida y vuelta con pasajeros. Amy contempló como dejaban enormes cestas de mimbre, cargadas con los peces, a la entrada del puerto, amanecía y las mujeres comenzaron a salir para limpiar el pescado. Entre los barcos más ligeros, estaba el de Neill, una figura se movía por la cubierta de la pequeña embarcación. La lluvia se intensificaba, así que los marineros ataban bien las embarcaciones y las más pequeñas se sacaban a la playa.

Amy se acercó seguida de Alec, era Alicai quien recogía las velas y ataba el barco, el sobrino de Neill. El anciano no estaba por ninguna parte.

—Ten cuidado, Amy. —Alec la retuvo del brazo para advertirla—. No podemos confiar en nadie.

—Es un buen muchacho, su tío Neill no debe estar muy lejos.

Alec asintió y dejó que Amy se acercara por la superficie de madera. Llamó a Alicai, y este, al principio, no la reconoció, pronto sus ojos entornados se abrieron con sorpresa y saltó al embarcadero.

—¡Señora! ¡Habéis sobrevivido a los demonios Leod!

Amy no pudo evitar reírse, aún más cuando Alicai palideció al ver a Alec.

—¿Puedes llevarnos a Morar? Necesitamos cruzar cuanto antes, ¿dónde está tu tío Neill?

Alicai miró el mar, las olas que comenzaban a sacudir con violencia las rocas.

—Mi tío emprendió un viaje, hace ya dos semanas, señora. —Una vez más, Alicai miró con desconfianza el oleaje.

Amy frunció el ceño, ¿dónde podía haber ido el anciano?

—Necesitamos tu barco, chico, no te preocupes, yo lo haré pasar entre la tormenta —gritó Alec. El viento comenzaba a soplar fuerte y no sabía si el muchacho podía oírlo hasta que este afirmó con el rostro serio.

En apenas unos minutos, el cielo tronó con fuerza. Partieron ante la mirada de sorpresa que les dirigían el resto de los dueños de los otros barcos. Amy y Alec permanecieron un instante con la mirada dirigida hacia la playa, al extremo del bosque. En la lejanía, aparecieron Eoghan y sus hombres. Un poco más y los hubieran atrapado. Alec confiaba en que la pericia de los Kinnon no fuera igual de buena que la suya para surcar aquellas aguas.

Amy sonreía orgullosa del hombre que era su esposo, Alec dominaba con destreza la embarcación, hacía tiempo que Alicai le había cedido los mandos del pequeño *birlinn* y ahora lo admiraba con los ojos abiertos, intentando captar cada mínimo movimiento de sus brazos para controlar el timón. Hizo una señal a Amy, y ella, con destreza, desplegó la vela ante la sorpresa de Alicai, volaron sobre las olas, con la fuerza de los vientos y la tormenta. Amy disfrutó de aquel instante, a pesar de la presencia de Alicai, de su capa empapada y el frío viento golpeando su rostro. Alec templaba la fuerza de sus brazos contra las mareas y el alto oleaje. Si sus ancestros Ruari hubieran visto a Alec en ese instante, Amy no dudaba que hubieran adorado a Alec, un demonio Leod que sabía manejar una embarcación como un diablo del mar, un Ruari.

El viento no dejaba oír sus voces, así que Amy se dedicó a observar con deleite a Alec, en un silencio lleno de admiración. Llegaron al atardecer, cuando la tormenta parecía amainar y los vientos dejaron de serles favorables, y al pisar tierra, el pobre Alicai se tiró a la madera firme del embarcadero contento de tocar tierra firme. Su barcaza no había quedado en las mejores condiciones y, a pesar de ello, los miraba alegre, admirado de la aventura que acababan de

llevar a cabo.

Alec dejó en manos de Alicai la embarcación con una sonrisa dibujada en sus labios, Amy estaba convencida de que otro en su lugar hubiera sufrido, para Alec había sido tremendamente divertido cabalgar las olas. Dio unas palmaditas en la espalda del muchacho y una bolsa llena de monedas en agradecimiento. Estaban en Morar y no muy lejos debían encontrar sus ejércitos.

—¡Señora! —llamó Alicai antes de que partieran.

Amy se volvió, el muchacho retorcía en sus manos las amarras de su barco.

—No debería decírselo, señora, pero mi tío Neill no vendió el broche. El día siguiente a que la dejáramos con los Leod, partió en busca del rey y de su madre. No lo juzgue, mi tío pensó que quizá estaba en peligro. Luchó en la guerra por Bruce y admira a vuestra madre con todo su corazón, su lealtad es para ellos.

Amy frunció el ceño, un extraño se había arriesgado demasiado por ella, recordó su broche con el emblema de los Ruari. Su madre lo reconocería, el rey también. Ahora no solo los clanes del oeste se dirigían a Tioram, sino también el rey y su guardia. Y, con ellos, su madre.

—Alicai, cuando tu tío vuelva, si nuestros caminos no vuelven a cruzarse, dile que es el más fiel servidor de su rey. Haré lo posible para que seáis recompensados, si lo deseáis, y encuentro un lugar al que llamar hogar, seréis bienvenidos tú y vuestra familia como mis más leales amigos. Os doy mi palabra, y una Ruari nunca falta a su palabra.

El muchacho asintió, esperanzado, lo que para Amy podía parecer poco en comparación con la bondad de Neill, para Alicai significaba un futuro con su prometida. No había duda alguna que ahora tendrían la protección de los Leod en sus tierras.

—Gracias, señora, intentaré que mis tíos acepten vuestra propuesta.

Amy quedó pensativa un instante.

—Alicai, nos dirigimos a Tioram, si los ejércitos del rey se cruzaran en tu camino, dile, por favor, a su majestad, que le espero allí. Dile que va a haber una guerra y solo él puede evitarlo. Es el último favor que te pido, ¿podrás hacerlo, Alicai?

El muchacho asintió con una sonrisa, en el último instante, Amy se giró y volvió junto a él.

—Dale un beso de mi parte a tu tío.

El muchacho asintió con fervor, Amy besó su mejilla helada y, ante la mirada indignada de Alec, lo dejaron allí. El chico agitó la mano hasta que desaparecieron de su vista.

—¿Qué quería el muchacho?

Amy hizo un gesto con la mano, Alec no necesitaba saber que ella

tenía un plan muy diferente al de él y su familia Leod. Ahora contaba con un aliado más poderoso, si es que Alicai conseguía encontrar a Neill y al rey.

—Tan solo despedirse.

Alec frunció el ceño, pero lo dejó pasar, sabía perfectamente qué significaba esa rojez en las mejillas de Amy, le estaba mintiendo.

CAPÍTULO XXV

Amy y Alec mantuvieron el paso a la carrera durante millas, internándose en las colinas tras dejar atrás Morar. Podía existir la posibilidad de que Eoghan fuera más al norte y llegara mucho antes que ellos a Tioram, todo dependía de cuándo acabara la tormenta y pudiera atravesar el mar en una barcaza más grande. Amy y Alec siguieron al este, tras encontrar el rastro que los ejércitos de los Leod, Donad y Campbell habían dejado a su paso. No les costó mucho, eran una fuerza arrolladora que solo se había visto durante las guerras de Bruce y a la que todo el mundo temía.

A punto de caer la tarde, a los pies de las montañas, vieron el humo de las hogueras y el campamento. Los vigías les dieron el alto en varias ocasiones, hasta llegar al centro del campamento donde Blake Leod afilaba su espada junto a un grupo de hombres.

—¡Maldito seas, hermano!

Las primeras palabras de Blake Leod no auguraban nada bueno. Amy seguía un poco intimidada cuando el hermano de Alec vociferaba de esa forma.

—Blake, siempre tan amistoso.

—¡No te atrevas a contestarme! Pensé que habías desaparecido, huido, estabas herido o muerto.

—¿Muerto? Te hubiera perseguido como un fantasma entre los árboles.

Chocaron sus antebrazos, se dieron palmadas de oso, como si quisieran derribarse mutuamente. Amy no comprendía aquella forma de saludarse sin control cuando se reencontraban, no había duda del afecto que se tenían, suponía que a más fuerte el golpe, más se adoraban los dos hermanos.

—¡Vaya! ¡Tu reciente esposa ha decidido acompañarnos! Deberías enviarla de vuelta a Dunvegan, Mairi cuida de la fortaleza.

Alec sonrió ante la cara de indignación de Amy, empezaba a ponerse colorada y no era por pudor, sino de furia.

—Blake, Amy es capaz de luchar como cualquiera de nuestros hombres. Estuve en serios apuros en determinado momento.

—¿Duncan? Entonces yo tenía razón, lo siento, hermano.

—En efecto, era él, y si Amy no hubiera intervenido, quizá no estaría aquí. Además, es la mejor rastreadora que conozco, ¡y si la

vieras con un cuchillo!

—¡Vale, vale! Habla un bardo enamorado, no mi hermano.

Amy refunfuñó y pasó junto a Blake como si no lo hubiera visto, resopló cuando la figura de rostro severo de Eric Donald se cruzó con ella.

—Alec, te dije que no debías casarte con ella, tiene un carácter de mil demonios.

Alec rio, si a Eric Donald le parecía que Amy tenía mal genio, es que ninguna mujer había tenido nunca el valor de decirle que era un ogro, apuesto, como decían las mujeres, pero un ogro de carácter hosco. Alec respiró hondo, cuando encontrara a Amy entre aquella maraña de rudos guerreros, la besaría con todas sus fuerzas. Era un placer tener de nuevo a su familia cerca, pero por todos los cielos que ya se hacía largo.

—¿Dónde vas, Alec? Hay que trazar un plan para entrar en la fortaleza Ruari. ¡Tú eres el de los planes! —gritó su hermano—. ¿Y Amy es de fiar?

—No voy a contestar a eso, Blake. Y, por cierto, tendréis que esperar, voy con mi esposa en busca de agua limpia, carne recién hecha y un lugar muy muy cálido.

Eric Donald golpeó el hombro de Blake Leod y ambos se rieron socarrones.

—El chico está enamorado, Eric.

—Tú, Blake, parecías un idiota imberbe cuando Mairi te dijo que te amaba.

—Y tú un tonto, Donald, cada vez que miras a tu esposa pones esa cara…

Alec escuchó en la distancia los gritos de su hermano y de Eric Donald, ya estaban otra vez peleando, seguro que a causa de cualquier tontería.

Anduvo entre los hombres mientras la noche caía, estaban en un valle, lejos de la playa, a salvo de la brisa del mar. Muchos lo saludaban con un golpe en el hombro o la cabeza, se alegraban de verlo bien y lo invitaban a su fuego. Alec desistió, en busca de Amy, comenzaba a inquietarse, ¿dónde se habría metido? Ahora sabía que Amy no era una muchachilla indefensa, pero como ella decía, si eran muchos… Suspiró aliviado al ver su capa al final de un sendero, colgada de una rama. Había dejado una pista de su camino para él, confiada en que la seguiría. Escuchó el agua, probablemente, de una cascada, y bajó hacia una depresión en las rocas, siguiendo un sendero estrecho. Al llegar abajo, buscó con la mirada puesta en la superficie. Amy sacó en ese momento la cabeza del agua del pozo azulado y sonrió al verlo. Trepó entre las rocas hasta él, con la camisa y los pantalones empapados, era muy arriesgado desnudarse junto a un

campamento de soldados que se dirigían a la guerra, con los ánimos encendidos.

—Han acabado peleando, ¿verdad? ¿Por qué son amigos? Se odian —preguntó Amy refiriéndose a su hermano y a Eric—. ¿Y Mairi?

—Cuando Blake sale de Dunvegan, ella es la encargada de proteger a los Leod, nos dirigimos a una guerra que no sabemos cuánto tiempo durará, no podemos arriesgarnos a que Eoghan haya enviado a su ejército contra nuestro hogar.

Amy comprendió la confianza que esos hombres tenían en sus esposas, quizá algún día Alec pudiera confiar en ella de la misma manera, tal vez hubiera un futuro para ambos, pero, para eso, Amy tendría que traicionar a Alec una vez más. La última y la definitiva, porque al amanecer se dirigiría ella sola a cumplir su destino.

Alec tomó su mano, a pesar de estar empapada, la atrajo hacia él como siempre solía hacer. Amy se dejó hacer, era posible que fuera la última vez que se amarían, suavemente, chocó contra la pared de acero de su torso. Alec la besó con una sonrisa dibujada en los labios. Empujó un poco su cuerpo y ambos cayeron a la laguna entre las protestas de Amy. Bajo el agua buscó sus labios. Si Amy pudiera, detendría el tiempo en ese instante, donde no había traiciones ni venganzas.

CAPÍTULO XXVI

Amy se marchó antes del amanecer, a su lado, Alec dormía inquieto. Miró su semblante y deseó acariciar por última vez su mejilla, recorrer la cicatriz sobre su ojo y el contorno de su mandíbula, pero no podía arriesgarse a despertar a su esposo. Dejó su manto Leod junto a él, doblado con cuidado, esperaba que Alec entendiese su amor por él, no podía conducir a su esposo a la muerte. Amy tomó su daga y su espada corta, se colocó el arco a la espalda, la cuerda sobre el hombro derecho y la daga en el lado contrario, era ella esta vez quien iba a la guerra. Mucho antes de conocer a Alec, Amy sabía cuál era su destino, tenía que acabar con Lachlan y su mandato de terror sobre Tioram y su gente, el clan Ruari merecía mucho más que un líder cruel que lo condujera a la guerra. Se deslizó en silencio entre los Leod, con la capucha cubriendo el rostro entre las sombras de la noche. Los guardias apenas prestaron atención a Amy, ella sabía que con esas ropas parecía un muchacho más de los Leod. En la distancia, escuchó las risas de los gemelos y otros hombres, alrededor de una hoguera, Alec decía que los más jóvenes no dormían antes de la batalla debido al miedo.

Amy caminó sigilosa, atenta al camino, la luna desaparecía entre las nubes y aprovechó el momento, abandonó el campamento y se alejó confundida, su corazón clamando que no debía dejar así a Alec y su mente afirmando que jamás lo pondría en peligro. Había tardado en darse cuenta del sacrificio que suponía amar, dar sin mesura ni límites, recibir sin condiciones y con respeto. Amy apretó el paso, para no permitirse volver atrás. No habría guerra, había hecho una promesa a Robby y la cumpliría.

En cuanto estuvo frente a la puerta de madera de Tioram, se descubrió ante los guardias de Lachlan. Enseguida reconocieron su rostro e hicieron que siguiera a uno de ellos hasta el salón principal. Amy se sentó junto a la puerta, en un banco pegado a la pared y esperó a que avisaran a Lachlan. Por los ventanales del salón, la claridad del nuevo día se abría paso en la lejanía, Amy solo esperaba que todo hubiera terminado para ella antes de que Alec se presentase en Tioram en su busca.

Lachlan tardó un buen rato, Amy intentó no impacientarse, seguro que había pasado la noche bebiendo con sus hombres. Entró

moviéndose con torpeza, la camisa por fuera de los pantalones y el pelo revuelto. Amy lo miró con desprecio. ¿Cómo aquel hombre tan infame había conseguido Tioram?

Lachlan enseguida buscó a Amy en la penumbra del salón, al ver que estaba allí sentada tan tranquila, mirando el amanecer a través de los ventanales, sintió ese escalofrío que Amy le producía desde niña al fijar sus ojos verdes en él. La tonta tartamuda, menuda y frágil, había provocado más miedo en él que cualquier guerrero en el campo de batalla. Amy era valiente, un rasgo que detestaba en los demás porque él siempre careció de valor, en la batalla y en su vida, despreciaba a aquellos que eran los primeros en abalanzarse en la contienda y eran capaces de sacrificarse por los demás, él, en ese caso, jamás daría su vida por nadie. Amy pareció siempre no temerle, jamás agachaba el rostro ante él como el resto, por el contrario, lo miraba ya desde niña con esa desconfianza en los ojos que haría helarse todos los lagos de Escocia en verano.

Tras Lachlan, entraron Ragnald MacKenzie y su antiguo prometido, Eoghan MacKinnon, en idénticas condiciones a su tío. Eoghan se tiró hacia ella, con las manos desnudas, sin embargo, Lachlan lo detuvo antes de que llegase a Amy.

—Perra traidora, ¿cómo te atreves a aparecer aquí? Has osado rechazarme, zorra tartamuda, te arrancaré cada trozo de piel mientras gritas llena de agonía.

Amy permaneció sentada, sonrió ante Eoghan, quizá ellos aún no lo habían asimilado, pero ella sí, sabía que no iba a salir viva de Tioram.

—Tu clan te despreciará, Eoghan, cuando sepan toda la verdad, eres incapaz de mostrar la más mínima dignidad.

—¡Déjame matarla! —suplicó ante Lachlan.

—¡Calla, imbécil! ¿Crees que atravesaría las murallas del castillo sin algo que ofrecer? ¿No es cierto, Amy? Quizá no eres tan estúpida como pensaba, ahora estás casada con Alec Leod, tienes el apoyo de su clan, ¿qué ofreces a cambio de la vida de tu hermano? ¿La bandera que Inai robó para nosotros?

Amy se levantó, solo entonces se dieron cuenta de que llevaba en la mano una daga. Agitó el filo captando los primeros rayos de sol, y los tres hombres, aquellos que se habían convertido en sus enemigos y dueños de sus pesadillas, estaban ante ella. El fin de todo estaba cerca, y Amy se preguntó si tendría el suficiente valor para acabar aquello de una vez por todas. Siempre se preocupó de aquello que harían con ella, que le harían a Ruadi y, en ese momento, Amy se preguntó si había merecido la pena. Por Alec, sí, el conocer a su esposo era la más maravillosa aventura que podría haber vivido, servía para llenar el hueco de los días que ya no viviría o las cosas que ya no podría sentir.

—No tengo nada, Lachlan, ni los Leod vienen conmigo ni he robado

la *bandera de las hadas* del clan como ordenaste a Inai y Duncan, la he devuelto a los Leod. Ni siquiera has preguntado dónde están la curandera y el traidor.

—Son solo mercenarios, Amy, creí que habías aprendido algo de los Ruari, usamos, utilizamos y, después, los matamos.

—Lachlan, puedes decir a Ruadi que salga de su escondite.

Lachlan rio entonces, con esa carcajada irónica que Amy había oído tantas veces al burlarse de ella y menospreciarla. De entre las sombras, cerca del estrado que Lachlan usaba para castigar a Amy, salió su hermano Ruadi. Amy ni siquiera dirigió una mirada hacia él, no merecía nada de ella, solo su indiferencia porque jamás podría odiar a su hermano.

—¿Desde cuándo lo sabes, Amy? —preguntó su hermano en la distancia.

Amy se obligó a mirarlo, vestía el tartán de los Ruadi, una impecable camisa blanca bajo el manto y sus botas limpias. No tenía nada que ver con un prisionero, con el hermano que dejó un mes atrás, en aquel calabozo, o eso al menos imaginaba Amy entonces, porque solo escuchó su voz en ese momento.

—Lo supe por Inai, ¿sabes que estaba enamorada de ti? Ella nunca te hubiera traicionado, pensó que yo iba a morir.

—Solo era una furcia, Amy, utilizamos a la curandera y su codicia para entrar en el castillo Leod igual que a Duncan, que solo quería oro.

—«*Semper in unum*», Ruadi, olvidaste nuestra promesa de hermanos, «Siempre unidos». Fue tu error, compartir con Inai nuestro secreto, en el momento que ella pronunció esas palabras, supe que eras tú el traidor. ¿Por qué, Ruadi? Te hubiera dado todo, yo misma te hubiera jurado lealtad como *laird* de los Ruari.

Amy llevó la mano al cinturón y sacó un cuchillo al ver que los cuatro hombres estaban demasiado cerca de ella.

—¿Y qué pretendes, muchacha, matarnos con una daga y un cuchillo de caza? —se mofó Ragnald.

—Yo no, solo tenéis que esperar un poco más.

Los tres hombres y su hermano se miraron entre sí, sin comprender.

—Esperar a qué —gritó Eoghan.

Entonces sonó el cuerno que avisaba que se acercaban extraños a la fortaleza de Tioram, hogar de los Ruari. El agua a esas horas se habría retirado del paso para permitir que los visitantes entraran con sus caballos. Amy suspiró, no había confiado en que se hubieran dirigido hacia allí directamente, cualquier retraso la hubiera obligado a revelar sus planes ante Lachlan.

—¿Quién se acerca? —gritó su tío a uno de sus hombres que estaba junto a la puerta—. ¡Id y averiguarlo!

El soldado no tuvo tiempo tan siquiera de salir del salón cuando otro llegó con la noticia.

—¡Es el rey de Escocia! Robert Bruce y todo su ejército está a las puertas de Tioram y exige entrar con sus soldados.

El rostro de Lachlan se puso pálido, Eoghan se llevó las manos a la cabeza y Ragnald miró a su alrededor buscando otra salida.

—Tranquilos, no es tan raro que el rey visite el norte para negociar, probablemente, le hayan llegado noticias de tus disputas con los Leod —gritó Lachlan a Eoghan—. Manteneos tranquilos, no sabemos a qué viene. ¡Preparad comida y bebida! —ordenó enseguida—. Y abrir las puertas al rey de Escocia, no hagáis que espere un minuto más.

El soldado que había traído la noticia salió corriendo, tropezó al hacerlo y Amy sonrió, volvió a sentarse en el banco mientras los cuatro hombres especulaban sobre la visita de su majestad. Su hermano murmuraba junto a ellos, siempre había sido el hermano de su corazón, pero el poder había enturbiado su alma.

Entonces Lachlan miró directamente hacia ella, llevando demasiado tiempo sometidos a ese juego de voluntades entre los dos.

—¿Por qué sonríes, sobrina? ¿Por qué tengo al rey de Escocia a mis puertas, Amy?

—Porque yo he hecho venir al rey hasta Tioram.

Por primera vez, Lachlan mostró el terror en sus ojos, sus facciones se contrajeron en una mueca mientras en el silencio que se había adueñado de la fortaleza oyeron los pasos de botas acercándose al salón.

El rey de Escocia, Robert Bruce, entró en el salón el primero, vestía su armadura, preparado para la contienda. Tras él, entró su guardia personal y el salón se volvió demasiado pequeño de repente. Amy lo había visto siendo niña, quizá por ello ahora le parecía más bajo que entonces. Lo cierto es que no había perdido la magnificencia de su presencia, casi parecía una inclinación natural postrarse a sus pies. Sus cabellos se habían veteado con dignidad y alrededor de sus ojos oscuros se habían formado infinidad de arrugas por su vida al aire libre, no en vano, una vez fue el rey proscrito de los escoceses, viviendo en las islas y bosques de Escocia, perdiendo batalla tras batalla contra los ingleses y no rendirse jamás.

Amy contuvo un momento el aliento cuando, tras él, entró una mujer, vestida como ella con pantalones y el arco a su espalda. Su largo pelo negro se agitó al mover la cabeza a un lado y al otro buscando a alguien. Sus miradas se cruzaron y Amy volvió a ver a su madre después de tanto tiempo, frunció el ceño, no la recordaba tan mayor, pero su belleza seguía muy presente. Con sorpresa, Amy se dio cuenta de lo mucho que se parecía a ella, nunca había sido consciente de ello al haberlos dejado hacía ya años.

—¿Es que no tenéis respeto a vuestro rey? —bramó su majestad, molesto porque Lachlan y Ruadi murmuraban junto a sus secuaces sin prestar atención.

Amy sabía que estarían buscando la manera de salir de allí o engañar al rey, al girarse, vieron como ella a Cristina, la madre de Amy. Reaccionaron a tiempo ante la orden del rey y postraron sus rodillas ante su monarca.

Cristina no podía moverse, no sin que el rey diera su permiso, permanecía junto a la guardia real, esperando, ansiosa por correr hasta su hija y abrazarse.

—Majestad, es un honor que visitéis nuestra humilde fortaleza, Tioram os guarda lealtad.

—¿Tú me guardas lealtad, Lachlan? No oigo más que murmullos susurrados en mis oídos, dicen que preparabas una guerra en el oeste de mi reino.

—¡Jamás, mi rey!

Robert Bruce ordenó callar a Lachlan con el índice en los labios, con un movimiento de su mano, sus soldados rodearon a los cuatro hombres.

—¿Dónde está Amy Ruari? —pronunció el rey con voz más tranquila al tener a sus pies a los cuatro traidores que tantos problemas le habían traído.

Amy se acercó y se colocó ante el rey, entre los traidores y él. Su madre dio un paso adelante y Bruce la detuvo con la mano.

—Soy yo, majestad —dijo Amy haciendo una reverencia.

—Te has atrevido a reclamar mi presencia, la de tu madre y mi ejército.

—Podéis castigarme si lo deseáis, majestad, pero decirme qué ha sido del anciano Neill.

El rey sonrió complacido, en verdad era la hija de su prima Cristina, tenía su misma insolencia y falta de miedo ante él. Se acercó y tomó la barbilla de Amy para que lo mirase.

—He ordenado que lleven a su granja un rebaño de grandes ovejas y dos vacas, creo que su mujer estará complacida con él. ¿Qué más deseas en prueba de tu lealtad, Amy? Muchacha, a mis espaldas han urdido una guerra para rebelarse contra mi trono, acabar con mis más leales clanes y desheredar mi derecho y el de mi hijo al trono.

Amy sonrió de dicha, al menos Neill viviría sus últimos años en paz y prosperidad, nunca sería bastante para agradecer su buena voluntad con ella y su sobrino, podría casarse con esa bonita joven. Lo cierto es que las intrigas por el trono y la rivalidad de clanes ya no importaban a Amy mientras la paz asegurase la vida de Alec, los Leod y los Ruari.

—Gracias, mi rey, pero no he sido yo…

—Sois en verdad bella, Amy, no es de extrañar que Alec Leod

ordenara que salierais con vida de Tioram. Se atrevió a ordenármelo, a mí, él y esos *lairds* que solo se cruzan de brazos y asienten a lo que él dice. He decidido perdonar a tu esposo, Amy, la cabeza de Alec Leod ya no tiene precio, y te lo debe a ti. Pensé que sería un pago justo, ¿no crees, Amy? —preguntó el rey y guiñó un ojo a Amy.

Lachlan, cada vez estaba más nervioso, se levantó de su reverencia, ya que un guardia del rey los obligaba a mantenerse en esa deshonrosa posición con una espada apuntando a su cuello.

—Vuelve a hincar tu rodilla ante mí, Lachlan, estoy hablando con Amy.

Amy contenía la respiración, así que Alec ya había descubierto su huida y había ido en su busca. Debía estar muy pero que muy enfadado, jamás acabaría de comprender que Amy podía solucionar sus problemas y no estar continuamente poniéndolo en peligro, a él y los suyos.

El rey recuperó la compostura, solo se apreciaba su enorme enfado en la tensión de su cuello.

—Ahora, Ruadi, confiesa ante tu rey tu culpa y la de estos hombres.

Amy miró a su hermano, quizá esta sería la última oportunidad para que se salvase si confesaba ante el rey Bruce. Ruadi se levantó y acudió frente al rey. En ese momento, Lachlan, de espaldas a él, se levantó y clavó su daga de forma certera en el corazón de Ruadi. Amy gritó al ver la expresión de sorpresa en los ojos de su hermano, escuchó a su madre gritar de furia al tiempo que los guardias cogían a Cristina para apartar a la madre de la visión de su hijo asesinado.

Amy apartó la mirada horrorizada, jamás hubiera imaginado ese final para su familia, las únicas dos personas que habían conformado su mundo en la niñez, Ruadi, asesinado por su tío, y Cristina, llorando en el suelo.

Su madre se apartó del cuerpo caído de Ruadi y el rey enseguida le quitó el arma ensangrentada que ella había soltado de su cuerpo ya muerto, abrazó a su hijo colmando de llanto las paredes de Tioram.

Amy se arrodilló junto a ellos, Ruadi había traicionado a todos, a ella, pero no soportaba que ya no estuviera en su mundo y muriera de forma tan deshonrosa.

Los soldados sujetaban a Lachlan, inmovilizando su cuerpo buscaron otras armas. El rey se acercó al rostro de Lachlan para susurrar en su oído.

—Tengo tras mis tropas a Connor Campbell, casado con una Dougall, su hermana, casada con Eric Donald, y, a su vez, Mairi Donald, casada con Blake Leod, así que los tres han decidido forjar una alianza que une a los clanes más poderosos del oeste. Dime, Lachlan, ¿crees que debo mantener con vida al hombre que secuestró a un niño Leod, que quería quitarme mi trono? ¿Que mata a sangre

fría a un muchacho?

—Majestad, él era el traidor…

—Calla, Lachlan, calla de una maldita vez y sal ahí fuera a enfrentarte con ellos.

Lachlan, atemorizado, se levantó incrédulo.

—No podéis entregarme a ellos.

—Claro que puedo, dudaba hasta que has cometido este crimen, sal ahí fuera, Lachlan, junto a Eoghan y Ragnald, no habrá ejércitos que os apoyen, vosotros y ellos, no permitiré más batallas en Escocia, pero comprende que nuestras más ancestrales leyes exigen su derecho a vengarse, si no, yo mismo lo haría.

Los guardias del rey cercaron a los tres, evitaron que Eoghan corriese hacia la salida y Ragnald se resignó sin resistirse. En el instante que salían, Lachlan dedicó una mirada a Amy, con tal odio que un escalofrío recorrió su cuerpo. Al final, Lachlan tendría su merecido, Amy no tenía duda de que, en una lucha contra los más poderosos señores de las tierras altas, los tres acabarían muertos sin remisión. El rey se giró para ver cómo salían los traidores, empujados por sus guardias, una muestra más de cobardía por su parte.

—¡Nos matarán, mi rey! —seguía gritando Eoghan mientras sus voces se alejaban de los salones.

CAPÍTULO XXVII

Amy salió caminando del salón despacio, dejó a su madre llorando la muerte de su primogénito en compañía del rey. Quizá Cristina debería purgar muchas culpas antes de estar en paz consigo misma. Amy pensó que la piedra de los muros de Tioram era más fría que nunca, el pequeño corredor que conducía al patio estaba lleno de corrientes y la puerta estaba abierta de par en par. El estandarte del clan Ruadi colgaba sobre la puerta principal, a ambos lados, la nave surcando las olas. Amy tiró primero de uno, provocando que una cortina de polvo cayera sobre la entrada, después tiró del otro, y pasó por encima de las dos telas sin remordimientos, Lachlan y Ruadi habían acabado con el clan Ruadi, roto su lema y su lealtad al rey. Amy salió fuera, la luz de un tibio sol cegó sus ojos un instante, en el patio, solo quedaban los *lairds* Leod, Donald y Campbell, y entre ellos, salido del mismo infierno por la sangre que cubría su rostro y sus brazos, estaba Alec.

Alec pareció intuir su presencia, desvió su mirada del hombre que aún vivía retorciéndose de dolor a sus pies y miró a Amy. Lachlan era quien, con el rostro ensangrentado, desfigurado por los golpes, aguardaba a los pies de su esposo. Los cuerpos de Eoghan y Ragnald yacían inertes más lejos, como si los hubieran desechado tras acabar con ellos. Amy no se conmovía, habían sido dos hombres crueles y malvados.

Su esposo se lo había prometido, ante ella estaba Lachlan, a merced de la decisión de Alec. Al ver el rostro de Lachlan, Amy comprendió que Alec había devuelto cada golpe infligido a ella sin reparos, en el cuerpo de su tío. Alec no se movió, Amy comprendía por su expresión que después tendría que explicar a su marido por qué había huido en mitad de la noche para enfrentarse ella sola a los demonios y en qué momento había pedido ayuda al rey de Escocia.

—Amy, eres ahora mi esposa, una Leod. Tienes el derecho de la venganza.

Alec pronunció aquellas palabras en un tono duro, el de un hombre que acaba de pelear y tenía a sus pies al hombre que tanto daño había causado a Amy y secuestrado a su sobrino.

—Es justo que ese derecho lo ejerza el *laird* Blake Leod, fue a su hijo a quien secuestraron y mi hermano quien lo organizó todo.

Alec soltó a Lachlan a los pies de su hermano, Blake afirmó con la

cabeza, ahora que Amy había dado su consentimiento, su hermano podía hacer con el tío de Amy cuanto deseara. Ahora lo que más le preocupaba era la expresión de su esposa, Alec tiró la espada a un lado y fue hasta ella, Amy lo esperó ante la puerta a los salones de Tioram con una docilidad poco habitual en ella. Amy se permitió llorar, las lágrimas que ahora se deslizaban por sus mejillas conmovieron el alma de Alec.

—Ruadi ha muerto, Alec. Lo mató Lachlan para culparlo de la traición al rey, pero el rey no dudó, quería que Lachlan muriese en vuestras manos, lo envió a luchar contra vosotros porque sabía que los mataríais, a los tres.

Alec abrazó el cuerpo de su esposa, lo cobijó contra su torso por entero, como si así Amy pudiera dejar de sentir el dolor. Mientras se alejaban hacia el interior de la fortaleza, oyeron el último grito agónico de Lachlan Ruari en el patio de Tioram. Los Leod tenían su venganza y la paz volvería al oeste de Escocia.

CAPÍTULO XXVIII

Amy encontró a su madre sentada en sus antiguos aposentos, miraba hacia el mar a través de la ventana. Hacía años que Amy no entraba allí, estaba diferente a como recordaba de su niñez, alguien había quitado los baúles, el dosel ajado por el paso del tiempo estaba rasgado, y la cama deshecha.

—Madre —susurró Amy.

Cristina se giró y esbozó una sonrisa que no se correspondía con sus ojos hinchados por el llanto.

—Amy, lo siento, lo siento tanto, mi pequeña.

Amy abrazó a su madre, dudaba que Cristina pudiera levantarse, así que la meció contra su cuerpo unos instantes hasta que su llanto se apagó.

—¿Qué harás ahora, madre?

—Creo que me quedaré aquí un tiempo si tú me lo permites, tu esposo me ha invitado a hacerlo. Es un buen hombre, Amy.

—Alec es el mejor de los hombres.

—El rey ha ordenado que el clan Ruari estará bajo la protección del *laird* Eric Donald, sus propiedades limitan con las nuestras. Ha nombrado a Alec protector y *laird* de Tioram, ¿lo sabías? Al casarse contigo, se ha convertido en familia del rey, como nosotras, creo que quiere contentar a todos los clanes y qué mejor hombre que Alec, tiene una fama horrible.

—Supongo que quiere compensar a Alec de alguna forma, los Leod nunca fueron del agrado del rey, ahora se lo han ganado por pleno derecho.

—¡Ya no tartamudeas, Amy! —exclamó su madre que hasta ahora no se había dado cuenta.

—En algún momento, dejé de hacerlo, ni siquiera puedo recordar cuándo, sé que fue junto a Alec…, quizá cuando me sentí segura y apreciada de nuevo.

Su madre miró pensativa hacia el exterior del castillo.

—Os dejé aquí a los dos, persiguiendo el mismo sueño que el rey de una Escocia libre, sabía que Lachlan no era el mejor hombre del mundo, pero jamás pensé que te torturaría durante años y contaminaría a Ruadi de su maldad. He cometido muchos errores, quedé embarazada de Ruadi muy joven, creí que necesitaría un

progenitor y me casé con tu padre, nada resultó como debía. —Cristina pareció perderse en una maraña de recuerdos—. ¿Sabes, Amy, que hace más de veinte años te prometí a un Leod? Fue en el castillo de los Donald, donde nos reunimos para aliarnos con el rey, todos sabíamos que solo la unión de los clanes podría conseguir que Bruce se coronase. Creo que fue cuando Alec te rechazó que empezó a crecer la animadversión entre Lachlan y los Leod.

—Lo sé, es curioso cómo mi sendero me llevó hasta Alec años más tarde. Al final, puede que estuviéramos destinados a estar juntos y unir a los Ruari y a los Leod. Creo, madre, que es hora de olvidar el pasado y perseguir nuestro futuro. Quizá podrías quedarte un tiempo y ayudarme a reconstruir Tioram. No creo que tenga mucho tiempo en los próximos meses.

Cristina comprendió cuando Amy acarició su vientre aún liso y sonrió ilusionada, tal vez aún quedara esperanza para los Ruari y un nuevo *laird* diera la vida para continuar siendo los reyes del mar de Escocia.

EPÍLOGO

Amy estaba segura de que se volvería loca antes de que aquellos festejos terminaran. Por fortuna, el sol había salido y la brisa de otoño era agradable, todos estaban fuera. Pasó por debajo del arco que daba salida al patio de Tioram y enseguida divisó al grupo de niños que corrían de un lado a otro, Robby era de los más altos, al pasar hizo una graciosa reverencia ante ella y siguió a los demás. Al final del grupo, su hijo Malcolm intentaba alcanzar al resto. Amy, orgullosa, vio como caía y enseguida se levantaba para ir tras ellos, era el más pequeño de todos los descendientes de los Leod, Donald y Campbell. Su hijo protestó cuando Alec lo atrapó y lo cogió en sus brazos, hizo cosquillas a Malcolm y después lo soltó ante el enfado del pequeño que quería correr tras los otros niños.

—Es igual que tú, un pequeño Alec malhumorado.

Alec rio, cogió a su esposa de la cintura sin importarle que sus carcajadas resonaran en todo el patio. Amy era consciente de que las miradas de todos ahora se dirigían hacia el nuevo *laird* de los Ruari.

—Es un Leod, me recuerda demasiado a mi hermano, con ese carácter huraño. Pero esta niña… —dijo tocando su vientre hinchado —, ella será una Ruari, una guerrera del norte, como su madre.

—Alec. No sabes si será una niña.

—¿Cuándo me he equivocado yo, esposa?

Amy bufó ante las fanfarronadas de Alec, siempre le maravillaría la fuerza que emanaba de su esposo y lo mucho que ahora bromeaba y sonreía a todas horas. Incluso su hermano Blake y Mairi a veces lo miraban sin poder creer que fuera el mismo Alec que salió de Dunvegan.

Alec empujó su cuerpo con suavidad, al amparo de la sombra de los muros de su hogar, donde toda esa curiosa familia suya no podía verlos.

—Sabes que solo bromeo, esposa. Eres mi vida, Amy, y si me das la mitad de esa luz que llevas contigo a cada rincón de mi existencia, seré el hombre más feliz del mundo. Te quiero, Amy Ruari. Jamás me cansaré de decírtelo.

—Alec, te amo más que a nada en el mundo y eso nunca cambiará, aunque muy a menudo sigas siendo un fanfarrón arrogante.

Las carcajadas de Alec resonaron en cada muro de Tioram, ante lo

inaudito de aquella risa, sus hombres lo miraron atónitos. Comenzaba una nueva vida para Amy y Alec, para el clan Ruari. Y, entonces, Alec, sin importarle quien los observara, encerró a Amy entre sus poderosos brazos y besó sus labios, con la misma pasión con la que se habían entregado su amor mutuo hacía ya años. Amy suspiró, sabedora de que esa mañana se perdería la visita de la extensa familia que había formado junto al clan Leod, perdida en el calor de los brazos de su esposo y la felicidad de saberse amada al fin.

F I N

Nota de la autora

Gracias por acompañar en este viaje a Amy y a Alec, el pequeño de los Leod en *Guardianas de Escocia III*.

Esta historia es ficción, pero como todas mis novelas, existe un trasfondo real sobre la historia de Escocia.

Cristina de las Islas fue un personaje histórico que se ganó su lugar en la historia debido a que cuando el rey escocés Robert Bruce perdió todas sus batallas, cuando todo se creía perdido para su gesta contra los ingleses, ella lo cobijó en las islas de Escocia. Cristina se cree que era prima del rey, fue repudiada por su gente al optar al puesto de jefe del clan y se le negaron sus derechos de sucesión en favor de un familiar no reconocido. Durante años, luchó por recuperar su puesto como *laird*, un legado y una perseverancia que pervivió en su hija y su nieta. Amy, nuestra valiente guerrera, está basada en Aimé Ruari, una de las descendientes de Cristina.

La historia de Escocia está llena de mujeres que, desde las sombras, construyeron una nación con su inteligencia y valor.

Gracias por ser parte de *Guardianas de Escocia*.

Otras obras de la autora

Primer libro *Guardianas de Escocia.* **«Un clan en mi corazón».**
Segundo libro *Guardianas de Escocia.* **«Te diré mi nombre».**
Tercer libro *Guardianas de Escocia.* **«Prisionero de tu voz».**

Títulos bajo el sello HQÑ - Romántica escocesa
Corazón escocés

Trilogía escocesa HQÑ
Vientos de Escocia
La irlandesa
El caballero escocés

Actual escocesa independiente
La flor del sol
El anillo del escocés
Un baile de otoño HQÑ

Histórica
Mi inocente duquesa
Un beso bajo el sauce
Camelias para una dama HQÑ
En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Bilogía Contemporánea HQÑ
El amor no se puede pintar
El arte del amor